

# N O S O T R O S

---

## KANT Y LA PAZ PERPETUA

El Estado de Paz: Problema Básico del Derecho Internacional. — Conceptos de Kant sobre la Paz Perpetua. — Condiciones para la Paz Internacional del Mundo en el Presente. — El Problema Actual de la Paz Latino-Americana.

**El estado de paz: problema básico del derecho internacional**

**E**L instinto y la razón de los pueblos han percibido claramente, a través de los tiempos, que la guerra es un mal, y la paz es un bien. Nada ha logrado destruir la convicción, arraigada en el espíritu humano, de que la supresión de la guerra es eminentemente deseable. Por eso, de todos los sofismas con que el espíritu guerrero ha intentado justificar el homicidio colectivo, ninguno logra mejor su propósito que el que, disfrazando los verdaderos móviles militaristas, invoca la causa de la paz: *Si vis pacem para bellum...*

¿Qué debe entenderse, empero, por supresión de la guerra? Necesario es, a este respecto, mantenerse en el terreno de las realidades, sin acariciar quimera alguna. La guerra, así, como el asesinato, no serán jamás suprimidos del todo en nuestro planeta. Lo que podrá desaparecer algún día, en virtud de inexorables leyes naturales que rigen la evolución social del mundo, es el estado de guerra perpetua, o anarquía internacional, entre pueblos civilizados. ¿Cuándo llegará la humanidad a este resultado? Nadie puede decirlo con exactitud. No obstante los inmensos progresos de la ciencia y la extraordinaria facilidad de las comunicaciones en el presente, múltiples factores adversos, cuya magnitud e influencia es difícil apreciar, retardan el triunfo de las ideas más fecundas para la civilización. Pero, sin formu-

lar ninguna profecía arriesgada, la observación del mundo en que vivimos nos permite afirmar que la idea jurídica, aplicada a la sociedad de los pueblos, logrará tarde o temprano imponerse, sustituyendo el presente "estado de guerra" por un "estado de paz" habitual.

La distinción entre "guerra" y "estado de guerra", es fácil de comprender. Tomemos como ejemplo histórico los acontecimientos que tuvieron por teatro el norte del continente americano hace más de medio siglo. La guerra de Secesión costó la vida a dos millones de hombres; trajo consigo un enorme derroche de capitales; fué, en una palabra, una de las guerras más encarnizadas y sangrientas de todos los siglos. Sin embargo, a raíz de la capitulación de Lee, las tropas federales fueron totalmente licenciadas. Los efectivos del ejército victorioso fueron reducidos en más del 95 por ciento. Ninguna fortificación se levanta hoy sobre las fronteras que otrora separaron a los Estados del norte de los del sur. Análoga observación puede hacerse de las luchas que en el pasado siglo ensangrentaron a nuestro propio país. Resumiendo: en Norte América, como en la Argentina, los Estados y las provincias se hicieron la guerra, pero no viven en "estado de guerra".

A cualquiera puede acontecerle que, al salir de su casa, un individuo criminal se arroje sobre él y lo asesine. La policía mejor organizada será siempre incapaz de impedir la perpetración de asesinatos. Los hombres no llegarán nunca a ser perfectos; siempre habrá entre ellos pasiones y anomalías que producirán crímenes y delitos. A pesar de ello, la inmensa mayoría de los habitantes de las grandes ciudades circula por las calles sin llevar armas. La crónica policial registra diariamente casos de homicidios, mas esos casos constituyen la excepción en la vida ciudadana, no la regla. Del mismo modo, en el seno de un Estado civilizado pueden producirse episódicamente luchas armadas de una región contra otra, como hace poco tiempo en Irlanda, o entre partidos políticos, como en Honduras, o entre clases sociales, como en Rusia; lo que no obsta para que, habitualmente, las relaciones entre provincias, partidos políticos o clases sociales sean jurídicas, no bélicas. Los diversos grupos humanos que integran una nación organizada, viven en "estado

de paz", no en "estado de guerra", sean cuales fueren los accidentes que de tiempo en tiempo turben esa convivencia.

En las relaciones internacionales sucede algo diferente. En estricto derecho, todo Estado independiente es "soberano", es decir libre de declarar la guerra en cualquier momento, a su antojo y por motivos de los que es único juez. De ahí resulta que, en las relaciones internacionales, el "estado de guerra" es la regla. Si la paz subsiste durante algún tiempo, ello es un mero accidente. Ante las relaciones jurídicas la guerra es un caso patológico; en la realidad social presente la paz es tan sólo una feliz eventualidad. Si la paz no ha traído hasta ahora el desarme de las naciones, es precisamente porque no se la considera como estado habitual.

¿Esta situación podrá durar eternamente? Repetimos que la paz perpetua es difícilmente concebible, porque la perfecta justicia está fuera del alcance humano. Aunque se llegue a la organización jurídica total de la humanidad, siempre habrá hombres o grupos de hombres que preferirán morir antes que aceptar situaciones que juzgan depresivas o acatar sentencias que consideran injustas: de ahí surgirán guerras. El ser humano, además, no llegará nunca a ser absolutamente sano, física y moralmente. En los pueblos más civilizados hay dementes que cometen atrocidades; y así como existen aberraciones individuales, existen aberraciones colectivas. Siempre habrá, entonces, crímenes internacionales, es decir guerras. Pero, como los asesinatos individuales, ellas llegarán a ser simples anomalías dentro de un "estado de paz" habitual.

No es dable creer que el derecho internacional obtendrá jamás resultados superiores a los que ha obtenido el derecho interno. El predominio del derecho sobre la violencia es todo lo que se ha logrado en un caso, y todo lo que puede razonablemente esperarse en el otro

\* \* \*

Desde siglos atrás, el problema de la organización internacional ha preocupado a los mejores cerebros de la humanidad. En diversas épocas han surgido espíritus filosóficos que, observando la extensión progresiva del régimen jurídico a grupos

cada vez más numerosos de individuos, se han rehusado a admitir que dicha evolución deba tener forzosamente por límite las fronteras del Estado moderno. La vida de las sociedades humanas, como toda vida, es cambio continuo, incesante renovación. Demuestran verdadera miopía intelectual los individuos que, en cada momento histórico, imbuídos del concepto bíblico de un universo inmutable, imaginan que la organización existente del mundo civilizado ha de ser definitiva. La Alemania de 1618, al estallar la guerra de treinta años, era todo un mundo compuesto de novecientos Estados soberanos, independientes entre sí, listos para defender en los campos de batalla sus puntos de vista particulares. La paz de Westfalia redujo aquellas múltiples soberanías a la cifra de trescientas cincuenta, más o menos. Dos siglos más tarde, un solo régimen jurídico estableció la unidad y el orden donde otrora reinaran el fraccionamiento y la anarquía. ¿En nombre de qué lógica, entonces, puede pretenderse que el noble ensueño de los "utopistas" jamás ha de realizarse? ¿Qué principio científico puede invocarse para afirmar que en Europa y en el mundo, cuyas soberanías no pasan hoy de sesenta en total, no ha de establecerse nunca el "estado de paz" por el imperio definitivo del derecho internacional?

El primero de los filósofos modernos de la organización internacional fué Eméric Crucé, cuya obra, *Le Nouveau Cynée*, fué publicada en el año 1623. En el famoso tratado de Hugo Grotius sobre *El Derecho de la Paz y de la Guerra (De Jure Belli ac Pacis)*, percíbese claramente la influencia ejercida por Crucé. Lo mismo puede decirse del plan atribuido por Sully, ministro de Enrique IV, a este monarca. A comienzos del siglo siguiente, en 1713, aparece el proyecto de paz perpetua del abate de Saint-Pierre, el cual se basa, nuevamente, sobre el plan de Enrique IV. En 1761, finalmente, publica Jean Jacques Rousseau un pequeño tratado que lleva por título *Extrait du Projet de Paix Perpétuelle de M. l'Abbé de Saint-Pierre*, obra en la cual el filósofo ginebrino, además de analizar las ideas de su antecesor, expone sus propios conceptos sobre la materia.

El estudio de las obras que acabamos de mencionar, interesante desde el punto de vista puramente histórico, no guarda, por así decirlo, relación alguna con el problema actual de la paz

permanente. Las condiciones políticas del mundo han cambiado demasiado, desde hace dos siglos. La revolución americana y la revolución francesa, al introducir modificaciones profundas en la vida política y social de los pueblos, abrieron horizontes nuevos en la esfera de las relaciones internacionales. Al célebre filósofo de Königsberg, Emmanuel Kant, estaba reservado exponer, sobre el problema básico del derecho internacional, ideas brillantes y fecundas que aun hoy, después de transcurrido más de un siglo, merecen adhesión y respeto.

### Conceptos de Kant sobre la paz perpetua

Fué en 1784, casi doce años antes de publicar su tratado sobre *La Paz Perpetua*, que Kant se refirió al futuro triunfo del derecho internacional, en su ensayo titulado *El Principio Natural del Orden Político*. Deberá recordarse, en esta ocasión, que el mencionado ensayo apareció cinco años antes de la revolución francesa, y un año después que el tratado de París reconociera el éxito de la revolución norteamericana, en la cual cifró Kant tantas esperanzas. *La Paz Perpetua* fué dada a la publicidad en 1795, es decir el mismo año en que el tratado de Basilea, al consagrar el triunfo de la revolución francesa, pareció inaugurar una nueva era en la historia política de Europa. Esta segunda obra fué recibida con verdadero interés en los círculos intelectuales del Viejo Mundo. Mil quinientos ejemplares se vendieron en el espacio de pocas semanas, y una segunda edición apareció al año siguiente. *La Paz Perpetua* es el más conocido de los escritos jurídicos de Kant, pero en sus dos otros tratados, *El Principio del Progreso* y *La Metafísica de las Costumbres*, se aborda igualmente el problema de las relaciones internacionales.

Dos principios fundamentales, según Kant, deben servir de base al estado de paz entre naciones soberanas:

1. "La constitución política debe ser en todo Estado republicana".

"En la constitución republicana, explica el célebre filósofo, no puede menos de ser necesario el consentimiento de los ciudadanos para declarar la guerra. Nada más natural, por lo tanto.

que ya que ellos han de sufrir los males de la guerra — como son los combates, los gastos, la devastación, el peso abrumador de la deuda pública, que trasciende a tiempos de paz — lo piensen mucho y vacilen antes de decidirse a tan arriesgada empresa. En cambio, en una constitución en la cual el súbdito no es ciudadano, es decir en una constitución no republicana, la guerra es la cosa más sencilla del mundo. En este caso el jefe del Estado, en efecto, no es un simple ciudadano, sino el amo, y la guerra no perturba en lo más mínimo su vida regalada, que transcurre en banquetes, cacerías y castillos placenteros. La guerra para él es una especie de diversión, y puede declararla por levisimos motivos, encargando luego al cuerpo diplomático — siempre bien dispuesto para esa clase de servicios — que cubra las apariencias y busque una justificación plausible.”

Resumiendo sus ideas sobre el sistema republicano, Kant agrega :

“Si la forma de gobierno ha de ser adecuada al concepto del derecho, deberá fundarse en el sistema representativo, único capaz de hacer posible una forma republicana de gobierno; de otro modo, sea cual fuere la constitución del Estado, el gobierno será siempre despótico y arbitrario.”

2. “El derecho internacional debe fundarse en una federación de Estados libres.”

Este aforismo, magistralmente desarrollado por Kant, contiene toda la doctrina que sirve de base a la actual Liga de las Naciones, cuyo pacto constitutivo resulta así la consagración estricta de los principios enunciados ciento veinte años antes por el gran pensador alemán. He aquí los párrafos más salientes que ilustran nuestra afirmación:

“Todo pueblo, para amparar su propia seguridad, puede y debe requerir a todos los otros que entren con él a formar parte de una constitución, semejante a la constitución interna del Estado, que garantice el derecho de cada uno. Esto daría origen a una sociedad internacional de los pueblos, la cual, sin embargo, no debería asumir la forma de un Estado compuesto de dichas naciones. En ello habría, en efecto, una contradicción, puesto que todo Estado, implica la relación de un superior, que dicta la ley, con un inferior —el pueblo que debe obediencia. Además, va-

rias naciones incluídas en un Estado constituirían una sola nación, lo cual contradice el principio sentado como hipótesis; aquí se considera, efectivamente, el derecho de los pueblos unos respecto de otros, en la medida en que constituyen diferentes Estados que no han de fundirse en uno solo."

"Un tratado de paz puede poner fin a una guerra determinada, pero no suprime el estado de guerra, pues caben siempre, para reanudar la lucha, pretextos y motivos que no pueden considerarse injustos, dado que en la actual situación anárquica toda nación es juez de su propia causa."

"La noción del derecho a la guerra no puede propiamente considerarse como parte del derecho internacional, puesto que equivaldría al derecho de determinar lo justo y lo injusto, no según leyes externas de valor universal, limitativas de la libertad de cada individuo, sino de acuerdo a máximas unilaterales basadas en la fuerza. Para los Estados, considerados en sus relaciones mutuas, sólo puede haber un medio, fundado en la razón, de escapar a la situación anárquica, llena de gérmenes de guerra, en que se encuentran. Como en el caso de los individuos, la razón debe inducirlos a sacrificar su salvaje libertad sin freno para someterse a leyes coercitivas, formando de ese modo una sociedad de naciones que, desarrollándose sin cesar, llegue a contener en su seno a todos los pueblos de la tierra."

En su *Metafísica de las Costumbres*, obra publicada después de *La Paz Perpetua*, Kant define con mayor precisión su concepto relativo a una liga de naciones:

"Lo que deseo proponer es un congreso general de las naciones, cuya reunión y duración dependan enteramente de la voluntad soberana de los pueblos que lo integren, no una unión indisoluble como la que existe entre los diversos Estados de Norte América, fundada en una constitución política. Dicho congreso, y la liga de la cual será el órgano, constituyen los únicos medios de realizar la idea de un verdadero derecho público, bajo cuyo imperio los litigios entre naciones se resolverían con sujeción a normas legales, eliminando el bárbaro recurso de la guerra."

Bajo la denominación de "artículos preliminares de una paz perpetua entre los Estados", Kant enumera seis condiciones

accesorias que han de llenarse para establecer el estado de paz. Las reproducimos sin comentarios, pues son perfectamente claras y precisas:

1. "No debe considerarse como válido un tratado de paz que se haya ajustado con la reserva mental de ciertos motivos capaces de provocar en el porvenir otra guerra".

2. "Ningún Estado independiente —pequeño o grande— podrá ser adquirido por otro Estado mediante herencia, cambio, compra o donación."

3. "Los ejércitos permanentes deberán ser enteramente suprimidos con el andar del tiempo."

4. "No deberán contraerse deudas públicas relacionadas con la política exterior del Estado."

5. "Ningún Estado deberá inmiscuirse por la fuerza en la constitución o el gobierno de otro Estado."

6. "Ningún Estado que esté en guerra con otro debe permitirse el uso de hostilidades que imposibiliten la recíproca confianza en una paz futura; tales son, por ejemplo, el empleo en el Estado enemigo de asesinos o envenenadores, el quebrantamiento de una capitulación, la instigación a la traición, etc."

El principio de la diplomacia abierta, que en la actualidad observan, para honra de sus respectivos gobiernos, los geniales ministros Tchitcherin y Mac Donald, fué ampliamente sustentado por Kant. Con argumentos irrefutables, en cuyo detalle no podemos detenernos, el ilustre filósofo de Königsberg afirmó que los propósitos gubernativos, internos o exteriores, que requieren el secreto para realizarse, son incompatibles con el derecho y lesionan los intereses del pueblo.

Como hemos podido comprobar por las consideraciones que anteceden, Kant no propuso ningún proyecto de paz perpetua a los soberanos de su época. En esto su obra se diferencia netamente de los trabajos de sus predecesores, anteriormente mencionados. El sabio profesor no creía que el estado de paz entre las naciones, el reinado del derecho internacional, dependiesen de la buena voluntad de los monarcas para poner en práctica determinados planes de política internacional. Antes bien, como acabamos de verlo, su adhesión incondicional a los principios revolucionarios que acababan de triunfar en América y en Fran-

cia, haciale considerar la caída de los tronos como una de las condiciones vitales de la paz mundial. Para Kant, en realidad, la garantía del definitivo triunfo del derecho sobre la anarquía, no estaba en la voluntad efímera de los hombres, sino en las leyes de la naturaleza. Las mismas fuerzas evolutivas que han impulsado a los individuos a unirse para formar Estados, impulsarán a las naciones a instaurar entre ellos el reino de la paz y el orden, constituyendo la sociedad de las naciones.

### Condiciones para la paz internacional del mundo en el presente

El siglo XIX, que fué una época de inmensos progresos materiales, científicos y culturales, fué también un siglo de cruentas guerras. Pero al mismo tiempo, con el advenimiento progresivo de la democracia, con el perfeccionamiento gradual de las instituciones representativas en diversas partes del mundo, la idea jurídica, aplicada a las relaciones internacionales, fué ganando terreno. Los tratados de arbitraje se multiplicaron, y el número de casos en que la solución pacífica reemplazó al uso de la fuerza en los conflictos entre Estados, fué incomparablemente mayor que en anteriores períodos históricos. Finalmente, cuando en los albores del presente siglo las principales potencias del mundo se reunieron en La Haya, para deliberar sobre la paz y la guerra, una nueva esperanza llenó de júbilo el corazón de la humanidad. La idealista visión de Kant pareció próxima a realizarse.

Sucesos posteriores, cuyo luctuoso carácter y deplorables consecuencias ensombrecen en la actualidad la vida de todos los pueblos, pusieron a prueba la inquebrantable fe de los que, a pesar de todo, seguimos creyendo en el porvenir del derecho internacional. La reciente conflagración mundial, sin destruir nuestro optimismo, nos ha enseñado, y nos seguirá enseñando, graves y elocuentes lecciones. La primera de ellas, de la cual se desprende como corolario toda otra enseñanza, es la ineficacia de la forma representativa de gobierno, tal como existe actualmente, para constituir un verdadero factor de paz.

Los que creían, siguiendo en ello a Kant, que la desapari-

ción de las monarquías absolutas y su substitución por el nuevo tipo de Estado nacido de la revolución francesa, traería como consecuencia el predominio del derecho sobre la fuerza en las relaciones internacionales, han debido desengañarse, o por lo menos, sentirse desorientados. El Estado moderno, en efecto, se ha revelado indigno de la estima que le profesaban los amantes de la paz y de la justicia.

Su pretendido carácter jurídico se eclipsó en presencia de la "necesidad militar". No supo o no quiso mantener la paz, y en lugar de ella precipitó sobre el mundo la maldición de la más cruenta guerra. Ambos bandos beligerantes pisotearon sin reparo alguno la totalidad de las reglas que, en homenaje a la humanidad, limitaban el uso de la fuerza.

Se nos objetará probablemente que los trágicos acontecimientos relacionados con el estallido y desarrollo de la gran conflagración nada prueban contra los Estados democráticos de occidente; que ellos muestran tan sólo el carácter amoral y depredatorio de los Estados imperialistas que los aliados, con su victoria, redujeron a la impotencia. ¿No han establecido acaso las potencias vencedoras las bases de una paz verdadera, al abrigo de las acechanzas de la fuerza, y los cimientos de una sólida organización jurídica internacional?

Plantear la cuestión en la hora actual, equivale a resolverla por la negativa. La inmoral política europea de post-guerra ha abolido hasta el recuerdo de la ideología wilsoniana y de aquellas solemnes declaraciones que, para alistar a su favor el sentimiento de sus pueblos y la adhesión del mundo, formularan los estadistas de la alianza. La paz fué firmada en Versalles, Saint-Germain, Sevres y Neuilly, mas en ningún momento, después de la victoria aliada, ha reinado la paz que tan intensamente anhelaba el universo. Si los Estados de Occidente, diferenciándose de los Imperios centrales, encarnaban realmente la idea jurídica, ¿porqué han basado su conducta, después del triunfo, en las más agresivas y despiadadas normas de la política? ¿Porqué bloquearon y combatieron, despreciando las reglas constitucionales relativas a la declaración de guerra, al heroico pueblo ruso, en el preciso momento en que firmaban la paz de Versalles y fundaban la Liga de las Naciones? ¿Porqué favorecieron

y subvencionaron ampliamente a cuanto aventurero zarista se alzara en armas contra el gobierno de la nueva Rusia? ¿Porqué permitieron que los estrechos vínculos de cooperación y solidaridad económica, creados por las circunstancias, lejos de extenderse abarcando a la Europa entera, fueran relajándose hasta anularse, dejando el campo libre para el choque de los más desenfrenados y voraces apetitos capitalistas? ¿Porqué, en resumen, los Estados cuya victoria costara tanta sangre y despertara tantas esperanzas, han desmentido en los hechos la teoría jurídica que sustentaban, agravando con su acción práctica el desastroso régimen de la anarquía internacional?

Una sola respuesta encontramos a estas inquietantes preguntas. Ella es que la desaparición de los monarcas absolutos es más aparente que real. Hoy no existen, en efecto, monarcas de derecho divino; existen, en cambio, para desgracia del mundo, monarcas de derecho financiero. En todas las naciones poderosas los verdaderos detentores del poder de Estado son los magates de la industria y de la banca. La democracia, en sus manos siempre codiciosas y generalmente implacables, es un instrumento y una farsa. La prensa, los congresos, y hasta las conciencias, se inclinan sumisos y vencidos cuando el dólar da la palabra de orden.

Y estos reyes de nuevo cuño encuentran a veces que la guerra y el imperialismo que a ella conduce, y todo lo que viene después de la guerra, es un excelente negocio. Los periódicos que ellos subvencionan, para preparar al pueblo a afrontar las contingencias bélicas, hablan de patriotismo, pero ellos, al igual del capital que monopolizan, no tienen patria. Juegan a un vasto ajedrez cuyo tablero abarca los pozos de petróleo del mundo y cuyas piezas son la carne de cañón de todas las razas. Para los monarcas de antaño la guerra era, según Kant, una especie de diversión; para los de hoy, más despreciativos, si cabe, de la vida de sus súbditos, la guerra es ante todo una empresa lucrativa.

En la sesión del Senado de Wáshington, del 22 de Marzo del corriente año, el senador Shipstead reveló uno de los aspectos del vínculo que liga al alto capitalismo con los gobiernos de las grandes potencias. Estas fueron sus palabras:

“Después que se nos dijo, el día que entramos en la guerra, que el Gobierno británico había girado en exceso sobre su cuenta corriente contra J. Pierpont Morgan and Company, la suma de cuatrocientos millones de dólares, días después de iniciada la contienda ese dinero fué sacado del Tesoro Federal y depositado en el Banco Pierpont Morgan. Creo que es razonable suponer que tantos dólares estadounidenses hallarian su camino a los campos de batalla de Europa en forma de contratos de material bélico y que unos cuarenta mil millones de dólares y cuatro millones de hombres y la bandera de Estados Unidos tuvieron que cruzar el Océano para protegerlos. Es cierto que se ha destruido el militarismo alemán, pero vemos surgir en su lugar al militarismo francés. Mediante este empréstito a Francia, J. P. Morgan & Co. apuestan cien millones a que Francia ganará en su empeño de conquistar a Europa. Hasta qué punto puede el Gobierno de Estados Unidos hallarse implicado en esto, corresponde averiguarlo a todos los estadounidenses.”

Sin abundar en más detalles sobre esta importante materia, podemos formular la primera de las condiciones para la paz internacional del mundo en el presente:

1. “Para contrarrestar con éxito la política belicosa de los gobiernos, la opinión pública debe penetrarse de un modo absoluto de estas dos verdades: a) la guerra, termine o no en la victoria, es generalmente una fuente de lucro para la minoría de privilegiados constituida por el alto capitalismo; b) para la masa del pueblo — proletariado y clase media — la guerra, en todos los casos, representa miseria y ruina.”

La fortuna de los Stinnes, de los Thyssen, etc., se ha acrecentado no obstante la derrota de Alemania; todo el pueblo francés sufre a causa de la guerra, no obstante la victoria de Francia.

La sociedad de las naciones, tal como la soñara Kant, se halla organizada en la actualidad. En teoría, el régimen del derecho ha suplantado al régimen de la fuerza en el vasto conjunto de la vida internacional. ¿Se atrevería alguien, por ello, a afirmar que los riesgos de una nueva gran guerra han desaparecido?

La verdad es que el mundo se encuentra ahora, como antes de constituirse la Liga de las Naciones, a merced de la política

que les plazca seguir a los gobiernos de las grandes potencias. El mecanismo de la Liga puede ser eficaz, a juicio nuestro, para evitar la lucha armada entre pequeñas naciones, dado que la dictadura, o gobierno de hecho, ejercido por las naciones poderosas sobre el resto del mundo, es susceptible de impedir que los Estados débiles se hagan la guerra cuando así no conviene a las grandes potencias. El pacto de la Liga de las Naciones, en cambio, no sirve para proteger a los débiles contra la agresión de los fuertes. Para las grandes potencias, sean cuales fueren los compromisos solemnes que asuman sus gobiernos, no rigen en la práctica las restricciones del derecho. Los tratados, para ellas, siguen siendo simples "tiras de papel". El único freno a las ambiciones de las unas es el veto opuesto a esas ambiciones por las otras. La ocupación de Corfú por las fuerzas italianas atentaba en forma directa contra la integridad territorial de Grecia, miembro de la Liga: la violación del artículo 10 del pacto era tan clara como fué, en 1914, la violación por Alemania del tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica. Italia retiró sus tropas de Corfú, no por respeto hacia los principios de la Liga de las Naciones, sino porque Inglaterra así lo exigió.

El más grave problema internacional de la hora presente es el estado de guerra, que malgrado las apariencias, existe entre Francia y Alemania. ¿En qué medida la Liga de las Naciones tiende a solucionar este problema? En el otro problema, no menos grave, de la tirantez existente entre Estados Unidos y Japón, ¿qué pasos dan las naciones de la Liga en el sentido de la paz? Plantear estas cuestiones equivale a responder con la más rotunda negativa. La más peligrosa anarquía subsiste en las relaciones de las grandes potencias entre sí, digan lo que digan los portavoces hipócritas de sus gobiernos.

Hemos afirmado que las clases laboriosas, que forman la mayoría de la población en todos los países, son las primeras y más directas víctimas de toda guerra. Dichas clases sociales no poseen el poder avasallador del oro, pero poseen en cambio la fuerza del número. Pueden también, en determinados casos, imponer sus reivindicaciones por medio del arma formidable de la huelga. Es evidente, entonces, que si el proletariado y todos

los otros elementos sociales de análogos intereses en materia de política exterior, resuelven oponerse a una guerra, el logro de tal propósito depende tan sólo de la decisión con que sepan mantenerlo. Y esta firmeza, a su vez, depende del grado de claridad con que las clases productoras perciban su verdadero y permanente interés. Ahí está la misión de las jóvenes generaciones universitarias, cuyo verbo ilustrado puede infundir en las masas la definitiva rebeldía contra el pasado sangriento.

Recordemos algunos hechos históricos recientes, cuyo significado nos parece en extremo elocuente y promisor. Hace pocos años el gobierno de Wáshington tramaba una intervención armada en Méjico, so pretexto de proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos norteamericanos establecidos en aquella república hermana, pero encaminada en realidad a ocupar el país en beneficio exclusivo de las compañías petrolíferas. El atentado que así se preparaba contra el indómito pueblo mejicano se hizo imposible por el veto firme de la *American Federation of Labor*, poderosa entidad obrera que agrupa en su seno a varios millones de trabajadores de Estados Unidos. Cuando dicho veto — amenaza de huelga general, — fué notificado a los intervencionistas, el capitalismo imperialista dió la orden para que los grandes órganos de la prensa cesaran su campaña de difamación contra Méjico. A mediados de 1920, hallándose Polonia en guerra contra Rusia, instigada, naturalmente, por los gobiernos que en vano intentaron derrocar a los Soviets, las armas y municiones que el gobierno británico se proponía enviar al ejército polaco no pudieron ser embarcadas, pues los trabajadores de Inglaterra, representados por el Consejo de Acción de las uniones obreras, significaron en forma enérgica a Lloyd George que desaprobaban toda forma de intervención contra el pueblo ruso. Y más tarde, cuando el mismo gobierno británico hubo de precipitar una conflagración general con su acción agresiva en la cuestión de Oriente, el factor más decisivo en el nuevo giro que tomó dicha cuestión, lo constituyó la oposición categórica de los representantes obreros a toda especie de actividad bélica. Constitucionalmente, los laboristas británicos no tienen mayoría suficiente en la Cámara de los Comunes para impedir, con su acción legal, una declaración de guerra; mas

en su calidad de portavoces de una formidable organización proletaria, verdadero Estado dentro del Estado, tienen poder para inhibir, por acción directa, la nefasta actividad de quienes, hasta hace poco, manejaron la política exterior de la nación británica en un sentido perjudicial para los intereses del pueblo trabajador.

La segunda de las condiciones para la paz internacional del mundo en el presente, podemos expresarla como sigue:

2. "En la medida en que las clases productoras, por evolución o revolución, adquieran influencia efectiva en la dirección del Estado, la política exterior de éste tenderá a asegurar la paz y el imperio definitivo del derecho internacional."

### El problema actual de la paz latino-americana

Refiriéndose a la garantía de la paz perpetua, Kant afirmó que "la división del mundo en Estados independientes es más conforme a la idea de la razón que la anexión de todos por una potencia vencedora que se convierta en monarquía universal; la naturaleza se sirve de dos medios para evitar la confusión de los pueblos y mantenerlos separados: la diferencia de los idiomas y de las religiones." No es pues, en la desaparición de las nacionalidades y su fusión en un solo Estado, que debe fundarse la futura paz mundial, sino en la armoniosa cooperación de todos los pueblos libres.

El problema especial de la paz entre pueblos latino-americanos, en cambio, no debe ser considerado como un verdadero problema internacional, sino más bien como un problema interprovincial análogo al que resolvieron, hace algo más de medio siglo, los organizadores de nuestra república. Con esta diferencia: que las luchas y animosidades entre los diversos pueblos de nuestra América, jamás revistieron, por lo general, el encono y la gravedad de las disensiones que, durante décadas, mantuvieron en estado de guerra perpetua a las distintas provincias argentinas. Si admitimos entonces, basados en nuestro común origen y en la unidad fundamental de nuestra raza y civilización, que las naciones latino-americanas son fragmentos, hasta ahora dispersos, de un solo pueblo, el problema de nuestra paz consistiría en organizar federativamente una nacionalidad común.

Esta organización, a nuestro juicio ha de ser la obra de generaciones enteras. Colocar los cimientos, en forma perdurable y sólida, es la tarea de los hombres de hoy. Los grandes movimientos de la historia se afianzan primeramente en el terreno de las ideas, conquistan más tarde el corazón de las muchedumbres, para triunfar al fin bajo forma de instituciones. La actual generación deberá esforzarse en plasmar una nueva conciencia, definida, amplia y poderosa, que extienda la solidaridad nacional desde México hasta la Tierra del Fuego. Sepamos combatir en las regiones del espíritu. Ya sabrán nuestros descendientes, apoyados en nuestra victoria, poner al ideal de hoy el sello de las grandes realizaciones futuras.

Es cierto que desde Washington se nos ofrece, ahora mismo, la paz perpetua. Mr. Hughes, en un discurso que pronunciara el año pasado, afirmó que Estados Unidos se opone a la agresión de cualquiera de las repúblicas latino-americanas contra otra. Del mismo modo se opondría el gobierno argentino, llegado el caso, a la agresión de una de nuestras provincias contra otra. El secretario de Estado yanqui, que en sus manifestaciones verbales se complace en tributarnos el respeto debido a nuestras soberanías, parece olvidar, al mismo tiempo, que la paz entre naciones independientes e iguales, por más deseable que ella sea, no se asegura en la forma que él proyecta. Si dicha paz ha de organizarse con garantías y sanciones, ese nuevo régimen jurídico debe incluir, sobre un pie de igualdad, a todos los Estados interesados. Otra cosa es dictadura imperialista, pura y simple.

Y a la dictadura de la Casa Blanca sobre todo el continente conduce, en efecto, el panamericanismo, digan lo que digan nuestros gobiernos y nuestra diplomacia. Jamás las grandes potencias han admitido que las naciones débiles se asocien a ellas, en el terreno político, sobre la base de la igualdad. Si nuestra mentalidad latina concibe el panamericanismo como la aplicación efectiva, a nuestro continente, de los principios ideales del derecho internacional, los políticos yanquis, en cambio, sólo ven en él un instrumento destinado a facilitar el logro de sus ambiciones hegemónicas. "Los Estados Unidos, dijo Olney hace un cuarto de siglo, son prácticamente soberanos en el continente". Consagrar de un

modo definitivo, por un proceso hábil y gradual, esa soberanía, tal es el único objeto del panamericanismo yanqui.

No hay duda alguna de que, si aceptásemos la tutela que el capitalismo imperialista de Wáshington pretende ejercer sobre nuestras relaciones exteriores, la paz latino-americana podría establecerse firmemente, porque contaría con la sanción de la fuerza, militar y financiera, de Estados Unidos. Una Liga Panamericana organizada en esas condiciones sería más fecunda en resultados prácticos que la actual Liga de las Naciones, impotente a causa de la rivalidad que existe entre las potencias que tienen su contralor. Pero — necesario es afirmarlo con vehemencia — mil veces preferible es la peor guerra a semejante paz, pues ella sería el sepulcro de nuestra libertad. ¿Habría, en la América Latina, traidores que acepten para nuestros pueblos el rango humillante de colonias?

Valoramos debidamente la paz, pero amamos más aun la nacionalidad. Repudiamos el desorden, pero no aceptamos que el ejecutivo de Wáshington se erija en gobierno continental para imponernos el orden.

La organización de una nacionalidad común latino-americana, lo afirmamos nuevamente, es la suprema salvaguardia de nuestra independencia amenazada y la única base, digna y verdadera, de la paz permanente entre nosotros. Su punto de partida debe ser, en primer término, la solución de todos los conflictos de cualquiera índole, pendientes o que surjan entre nuestras repúblicas, por el arbitraje de tribunales exclusivamente latino-americanos. En segundo lugar, deberemos entendernos, unificando nuestra política exterior, para presentar ante los imperialismos del mundo el frente unido de un gran pueblo consciente de sus destinos.

Contra el monroísmo, hipócrita y equívoco, alcemos el estandarte de la doctrina Drago, ampliándola hasta hacer de ella la expresión perfecta de nuestra solidaridad frente a la diplomacia del dólar, cada vez más codiciosa, amenazante e inmoral. Obremos como un solo pueblo de hermanos, y si revelamos en los hechos tener una sola alma, habremos conquistado, para nuestros hijos, el reino de la paz en la libertad.

ARTURO ORZÁBAL QUINTANA.

Mayo de 1924.

## LAS DOS TENDENCIAS DE LA FILOSOFIA ALEMANA CONTEMPORANEA

**E**N un libro reciente (1), Richard Müller-Freienfels ha trazado el cuadro sistemático de la filosofía alemana de nuestro siglo. Como ya el título de su libro lo indica, no intenta una exposición completa de los sistemas o doctrinas de cada filósofo o de cada escuela. Su propósito se limita a señalar las grandes direcciones. Es, pues, un intento de clasificación y de caracterización; no un manual, sino un itinerario. En el mundo del pensamiento de la hora, confuso y embrollado como que aun no ha adquirido la permanencia de las cosas muertas, va marcando sus coordenadas geográficas — hasta un ecuador, como veremos. Sólo con un conocimiento amplio del asunto, y a una distancia en el tiempo que permita la perspectiva, podrá decirse si estas líneas ideales corresponden a la realidad, o si el pensamiento que pretenden encasillar se mantiene respecto a ellas en la misma relación que los mares y continentes con los meridianos y paralelos.

Aunque el título aspira a la universalidad, el asunto real del libro se mantiene en los límites de la filosofía alemana. El propio autor reconoce en el prólogo que la de otros países sólo le ha interesado en cuanto se relaciona con la del suyo; y omite hasta los nombres de los pensadores franceses e italianos de primera fila. En esta rápida revista se le tomará como una reseña del pensamiento especulativo alemán de los últimos veinte años, aspirando a reflejar especialmente la distinción entre las dos opuestas tendencias que orientan, en el sentir del autor, todas las ac-

---

(1) *La filosofía del siglo XX en sus direcciones capitales (Die Philosophie des 20. Jahrhunderts in ihren Hauptströmungen)*, Berlín, 1923

tuales manifestaciones de ese pensamiento: distinción que es lo más interesante y personal del libro.

Como la filosofía no figura entre los artículos de primera necesidad —*primum vivere*—, ni entre los del lujo vulgar, los nombres ilustres en este dominio de la producción intelectual no se difunden sino cuando pertenecen al pasado, y se origina la creencia de que en la actualidad hay una pausa en la gran producción filosófica y no existen pensadores equivalentes a los consagrados. El libro de Müller-Freienfels bastaría para corregir este error, pues nos muestra en plena labor una muchedumbre de trabajadores de la filosofía, entre los cuales cuentan muchos, surgidos ayer, que ya han marcado con el sello de sus ideas el momento presente de la cultura. Otra creencia equivocada es suponer que los grandes sistemas no son ya posibles. Hubo, es cierto, una época, la inmediatamente posterior a los grandes filósofos románticos, en que escasearon los vastos edificios filosóficos. Pero después de este compás de espera, que termina con el siglo, vuelven a aparecer las construcciones de conjunto, porque sólo el obstáculo de circunstancias muy hostiles puede suspender o desviar la necesidad más alta del espíritu, la de abarcar y plantearse el problema total del mundo y de la vida. El lector que no lo sospeche, puede enterarse por este libro del ardor con que vuelven a elevarse en Alemania nuevas y atrevidas arquitecturas de ideas.

\* \* \*

Comienza el autor explicando los orígenes filosóficos del siglo XX. La especulación ha pasado en el anterior por tres etapas bien distintas. En los primeros decenios la filosofía es aún la reina de las ciencias; alrededor de la fecha de la muerte de Hegel (1831), las ciencias retoñan vigorosamente y llevan una ofensiva general contra la filosofía. Aunque el idealismo no desaparece, se subdivide en diversas direcciones, mientras el favor público va hacia aquellos que pretenden basar exclusivamente sus concepciones en la experiencia científica. Esta segunda época es la de la filosofía materialista de los Blüchner, de los Moleschott; los pensadores de mayor envergadura, en quienes una crítica más profunda hubiera encontrado elementos irreductibles al

vulgar materialismo triunfante, no se estiman sino en cuanto se interpretan como afines a las tendencias de la época. En el último tercio del siglo comienzan a agitarse tendencias francamente opuestas al materialismo, contrariadas, por una parte, por el impulso con que crecen las ciencias, y obligadas, por otra, a someterse a los rigurosos métodos científicos, cuyo valor queda establecido para lo sucesivo. El método histórico se aplica a la filosofía y se enuncia este principio: "Científicamente, la filosofía no es posible sino como estudio de su propia historia"; el método de las ciencias naturales se aplica a la psicología. Estas dos direcciones, historia de la filosofía y psicología experimental, constituyen la fisonomía de la filosofía, por decirlo así, oficial del último tercio del siglo pasado.

Pero esto no es todo el pensamiento del siglo, sino más bien su superficie. Sin duda es éste el pensamiento que se incorpora a la cultura del siglo. Pero otros pensadores independientes construyen mientras tanto sus sistemas, ajenos a las corrientes de opinión dominantes en su tiempo. Así Lotze, que en pleno período materialista pone manos a una síntesis del idealismo y la ciencia contemporánea; así G. Th. Fechner, Hartmann, Nietzsche... Todos ellos son como extranjeros en su época y cobran su verdadera significación en la nuestra, inaugurando en los albores del siglo una nueva época filosófica; porque, con todas las reservas necesarias al delimitar épocas, y más a tan corta distancia, debe afirmarse que el comienzo del siglo señala una nueva era en la filosofía (1). Las ojeadas al pasado no bastan ya, ni la psicología experimental ha cumplido sus ambiciosas promesas. La riqueza del botín de hechos nuevos, de nuevas experiencias, logrado por cada ciencia en su peculiar territorio, exige una nueva sistematización y el aprovechamiento de todos esos nuevos elementos para proponer una nueva concepción del conjunto. Vuelve el afán constructivo a la filosofía, y por todas partes comienzan a levantarse en los dinteles del siglo, atrevidas síntesis, sin que hasta ahora se adviertan señales de cansancio. Y todo este movimiento de ideas, contradictorio, confuso y desordenado a primera vista, se ordena en grupos más o menos ar-

---

(1) Ortega y Gasset ha insistido reeptidas veces sobre esto mismo.

mónicos, que a su vez se reúnen en dos grandes direcciones, opuestas pero complementarias en cierto modo. Estas dos grandes cuencas hidrográficas del pensamiento contemporáneo, estos dos grandes hemisferios filosóficos, los denomina Müller-Freienfels *filosofía de la ciencia y como ciencia*, y *filosofía de la vida y como vida*.

La primera de estas dos grandes divisiones — filosofía de la ciencia, filosofía como ciencia — comprende los pensadores y las ideas más conformes con la gran tradición del pensamiento especulativo; su título, pues, nada tiene que ver con lo que hace algún tiempo se acostumbraba llamar filosofía científica, y que venía a ser una generalización de los resultados, no de las ciencias todas, sino de una sección particular de ellas, las de la naturaleza. Figuran aquí, como grupos independientes, la *escuela logicista de Marburgo* (Cohen, Natorp, Cassirer, Liebert); la *filosofía de los valores* de la llamada escuela de Baden (Windelband, Rickert, Münsterberg, Lask); el *nuevo realismo* de Külpe, Becher, Volkelt; el *positivismo sensualista* de Mach, Avenarius, Ziehen, H. Cornelius, y los *lógicos independientes del kantismo*, Husserl, Meinong, H. Driesch, M. Scheler, Rehmke, etc. Todo este movimiento procede de Kant, hasta tal punto que se puede calificar en general a todos estos pensadores de neokantianos; y hasta cuando ellos se apartan de Kant o lo combaten, continúan inspirándose en él. Más allá de Kant, arraiga este movimiento en Platón, y aún más allá y más indirectamente, en Parménides.

La segunda gran agrupación, es decir, la filosofía de la vida, se reparte en cinco subdivisiones; desde luego se percibe aquí menos cohesión dentro de cada grupo, más vaguedad en el parentesco de los pensadores aproximados para constituirlos. Estos grupos son: *escepticismo*, *pragmatismo*, *fictionismo* (1) y *direcciones afines*; *doctrinas irracionales del conocimiento* (filosofía de la intuición, del instinto; "Einführung", misticismo, psicoanálisis); *metafísica irracionalista* (Simmel, Müller-Freien-

(1) El ficcionismo es la filosofía de H. Vaihinger, cuyo libro *Filosofía del Como-Si* constituye uno de los mayores acontecimientos de la especulación contemporánea; apareció en 1911, y en 1920 alcanzó la sexta edición. Desde 1919 Vaihinger edita con R. Schmidt los *Anales de Filosofía*, donde se discuten desde el punto de vista del ficcionismo los más

fels, C. G. Jung...) y *metafísica racionalista* (Driesch, Uexkull, Wagner, Francé, Ziegler...) de la vida, y *filosofía de la cultura* (Simmel, Tönnies, Keyserling, Spengler, etc.). Se ve bien que no son escuelas o círculos cerrados, sino tendencias; un mismo pensador pertenece simultáneamente a varias, a veces. El autor se incluye en la segunda, tercera y quinta, y aunque él no lo haga, podemos por nuestra cuenta acercarlo un tanto también al ficcionismo, si recordamos que ha colaborado más de una vez en los *Anales de Filosofía*, órgano de esta tendencia (1).

Veamos ahora cómo caracteriza los dos contrapuestos hemisferios en que ha dividido el pensamiento filosófico. Para comenzar, una diferencia, por decirlo así, somática. La filosofía de la ciencia suele florecer en algunas pequeñas ciudades universitarias, Marburgo, Heidelberg, constituyendo escuelas donde los problemas se desenvuelven en un ambiente de tradición académica y local, al calor de la convivencia de los pensadores que los encarnan. La filosofía de la vida, por el contrario, brota aquí y allá, en una gran dispersión geográfica, sin acuerdo ni relación previa de sus obras ni de sus hombres; es independiente de toda condición que no sea su íntima necesidad de manifestarse, y aparece como un fruto natural del tiempo, advirtiéndose la coincidencia solamente

---

variados problemas, y que son una de las más bellas revistas filosóficas alemanas. El ficcionismo, a pesar de las influencias múltiples señaladas en él (Wundt, Paulsen, neofichtianos, Mach, Nietzsche), se relaciona más directamente con el pragmatismo; y no puede menos de sorprender el partido que ya se ha sacado de él, comparándolo con la infecundidad del método pragmático en W. James, en quien fué siempre una estéril agitación sin avanzar un paso —una especie de calistenia mental—, y en F. C. S. Schiller, en quien todo se reduce a argucias y distingos de sofista —por algo intentó la resurrección de Protágoras.

(1) Compárese esta clasificación con la que poco antes ha intentado Willy Hoog (*La Filosofía alemana del siglo XX en sus direcciones y problemas principales*, Stuttgart, 1922). Hoog establece las siguientes direcciones: a) *científico-naturalista* (Haeckel; Ostwald, Avenarius y Mach; Vaihinger; Reinke y Driesch); b) *de las ciencias del espíritu* (Dilthey; Eucken; Simmel); c) *ético-práctica* (herederos directos de Schopenhauer y Nietzsche; individualismo y socialismo; escepticismo y aspiraciones a nuevas síntesis: Spengler, Keyserling; tendencias de la ética científica); d) *psicológica* (Wundt; Külpeé Münsterberg; W. Stern; Stumpf; Brentano; Lipps); e) *lógica y gnoseológica* (lógica y psicología; Nelson, Hesenberg, R. Otto; Liebmann, Volkelt; Riehl; Schuppe; Rehmke; Cohen y Natorp; Windelband y Rickert; Husserl, Meinong); y f) *dirección metafísica* (neotomismo; misticismo y teosofía; metafísica inductiva; metafísica intuitiva; metafísica idealista).

después que se han planteado los problemas y, propuesto las soluciones. De estas primeras notas características no es la filosofía de la ciencia la que sale mejor parada. Se deja entender que es cosa artificial, filosofía de profesor universitario; y fatalmente se recuerda todas las diatribas de Schopenhauer contra la filosofía universitaria. La filosofía de la ciencia, universitaria y profesional; la filosofía de la vida, nacida al aire libre, cultivada por estudiosos procedentes de todos los campos de las actividades científicas, y aún por artistas, por políticos, por hombres de sociedad ¿no serán, en algún oculto repliegue de la mente del autor, respectivamente, la filosofía de los que viven *de la* filosofía y la de los que viven *para* ella? Todo es posible, porque el libro no es una exposición inofensiva, sino un libro de combate. Müller-Freienfels recoge en él el guante lanzado por Rickert al atacar las corrientes irracionistas a que él mismo pertenece.

\* \* \*

La filosofía de la ciencia quiere ser ciencia por su punto de partida: las ciencias; por su fin: dar una visión del mundo estrictamente científica; por su método: rigurosamente científico. A pesar de diferencias accidentales, la concordancia de los resultados acusa una identidad fundamental entre los diversos grupos. Los lógicos de Marburgo y de Baden se hallan con el positivismo sensualista en la negación de toda metafísica y de la cosa en sí; los fenomenólogos y los idealistas neokantianos están de acuerdo al combatir el relativismo y el psicologismo. Y todos coinciden en considerar la teoría del conocimiento como la parte capital de la filosofía, y casi todos, en creer que el mundo puede ser elaborado conceptualmente sin dejar residuo. De aquí el gran predicamento en que se tienen las matemáticas y la física, mientras las ciencias biológicas, si se prescinde de los de Baden y de algunos pensadores aislados, se toman escasamente en consideración; de aquí también la falta de comprensión para lo orgánico y lo teleológico, la aspiración a concebir el mundo como un universal mecanismo. Toda esta filosofía es como una maquinaria muy delicadamente construida, muy complicada, que funciona con grande estrépito y solo echa fuera productos deleznable; como un molino cuyas piedras giran y giran, pero

apenas muelen muy pocos granos. Recuerda el pensador indio que espera resolver el problema del mundo contemplándose fijamente el ombligo; o a aquel que aprende a nadar en tierra, teóricamente, y luego ni puede mantenerse a flote en el agua ni enseñar a nadie cómo tiene que hacer para no ahogarse. Pocos resultados alcanzados en la práctica valen más que todo un programa que no cuenta con una sola aplicación provechosa. Finalmente, los filósofos de estas escuelas hallan en sus mismas filas sus más encarnizados contradictores, y cada grupo ofrece una verdad absoluta que no es la misma de los demás. ¿Quién tiene la razón de su parte? Y ¿no parece esto justificar a los relativistas, que afirman la relatividad del conocimiento, no sólo al establecerla como un hecho sino hasta cuando tienden al conocimiento de lo absoluto?

En esta crítica, notemos al pasar dos puntos. En primer lugar, no es rigurosamente exacto que el complejo designado con el nombre de filosofía de la ciencia parta *siempre* de las singulares disciplinas científicas como de sus *data*. Esa apreciación hace pensar en un saber filosófico que sistematice y prolongue los *últimos* resultados de la experiencia científica. Y el trabajo de estas escuelas es, en buena parte, trabajo de profundización debajo de las ciencias, y no hipotéticos desarrollos de sus doctrinas más generales; investigaciones en torno a los principios de cada ciencia, a esas afirmaciones con que la ciencia se inicia, que no pertenecen a la ciencia, porque si esta se basa en ellas, no es capaz de fundarlas, ni de explicarlas, y se contenta con definir las y aceptarlas a beneficio de inventario. Tanto derecho como tiene la ciencia para apropiarse ciertas proposiciones y erigirlas en postulados, tiene la filosofía para proponérselas como problemas. Es decir, esta segunda actitud es más legítima y más *científica* que aquella, y no supone en la filosofía un préstamo tomado a la ciencia, sino, al contrario, el propósito de darle algo.

Cuando la especulación de estas escuelas versa sobre materia más propiamente científica, la toma como objeto de reflexión filosófica, sin ulterior propósito. Como el conocimiento científico se aplica a la realidad como a su objeto natural, aquí la filosofía hace de la ciencia su objeto, sin más fin que conocerla. Y como la ciencia estudia la realidad objetivamente, sin

proponerse corregirla, así esta filosofía no pretende juzgar ni corregir la ciencia. Entiéndase, *en cuanto ciencia*; porque no hay disciplina científica que alguna vez no se desborde de su propio y legítimo cauce, y siente conclusiones no autorizadas por sus experiencias. Contra esta filosofía inconsciente, mala por lo general, sí tiene derecho a intervenir más ejecutivamente la verdadera filosofía, que por lo menos tiene la conciencia de sus métodos y propósitos.

A esto se refiere nuestra segunda observación. Apunta en el libro una censura a la filosofía de la ciencia considerándola como método. Pero ¿pretende ella ser un método, pretende enseñar a descubrir algo, intenta guiar la mano, la mirada del investigador? "La lógica, ha dicho Rickert, no tiene que *reformular*, sino comprender lo que hace la investigación particular". La filosofía es teoría, y aún la ética, entre sus partes la más inclinada a aparecer como ciencia normativa, nunca es más rigurosamente filosófica que en aquellos pensadores donde se muestra como ciencia teórica, como filosofía *de la práctica*, y no como filosofía práctica. Se puede reprochar a una filosofía que no sea la verdad, nunca que enseñe o no a descubrir verdades.

\* \* \*

La filosofía de la vida no proviene de la ciencia ni pretende tampoco serlo. Brota directamente de la vida y vida quiere ser también. Este concepto de la vida aparece muy diverso en los representantes de esta tendencia, aunque sea el punto donde todos coinciden; pero no ha de hacérseles reproches por tal falta de claridad y exacta determinación en su concepto capital, porque no constituye el punto de partida de sus especulaciones, sino el fin hacia el cual tienden. Para casi todos ellos, la vida es la gran incógnita por hallar, la gran X, oculto corazón del mundo, sin que falten quienes nieguen la posibilidad de comprenderla conceptualmente; se presiente, se adivina, y su determinación es el propósito del trabajo filosófico. Desde luego, no es la vida puramente biológica, como ha pretendido Rickert, acusando a estas tendencias de buscar sus ideas principales en la biología. Sin que envuelvan una definición, se han concretado

más o menos vagamente tres sentidos o maneras de interpretar esta palabra.

Ante todo aparece la vida como algo opuesto a la ciencia y a la verdad científica; ésta ha sido la actitud de Nietzsche, que en la alternativa: *Fiat veritas, pereat vita*, — *Fiat vita, pereat veritas*, se ha decidido por el segundo término. Verdad y ciencia aparecen aquí como formaciones fósiles, despojos muertos de la vida que van quedando al margen de su curso. Otra concepción de la ciencia y de la vida en su relación mutua aparece sin embargo, también en Nietzsche y más aún en los contemporáneos, según la cual la ciencia y la verdad científica no se oponen a la vida, sino que se hallan dentro de su fluir viviente y son medios de conservarla y sublimarla, sin que agoten en sus esquemas la fluyente realidad vital. La tercera concepción de la vida la entiende como el principio metafísico del mundo, y como tal no definible, sino apenas aprehensible en su apariencia eternamente cambiante: esencia idéntica a lo divino, que sólo se manifiesta a nosotros como la "vestidura viviente de la Divinidad". Esta interpretación metafísica proviene de Hartmann y ha sido ampliamente elaborada por los pensadores más recientes.

El problema de la vida aparece, pues, como el problema esencial de esta filosofía, como el del conocimiento lo es en el campo opuesto. Pero a pesar de haberse planteado en común tal problema, no se ha abierto mucho camino la conciencia de una identidad de programa entre los filósofos de la vida, que no forman un conjunto compacto como los de la filosofía de la ciencia, y que si no se hacen entre sí la guerra como estos, responde a que profesan un relativismo apropiado para dejar a cada uno seguir buenamente su camino sin preocuparse del que eligen los demás. Frente al racionalismo rígido de los filósofos de la ciencia, adopta este movimiento una actitud en general irracionalista, sin que el estimar medios de conocimiento del mayor valor el instinto, la "Einführung" y la intuición, acarree el desprecio de la razón y de la ciencia. El conocimiento deja de ser así una cosa abstracta suspendida en el aire y se convierte en un problema humano, relativo con relatividad que a su vez se convierte en un nuevo, interesantísimo problema. Y este re-

lativismo no es inconsistencia y confusión, como los adversarios pretenden, sino que arraiga en la marcha y desenvolvimiento de la vida; de la vida, en la cual se revela un absoluto que se trata de aprehender, porque la renuncia a un conocimiento absoluto no implica renunciar al mismo tiempo al conocimiento de lo absoluto. Al contrario, el fondo último de la realidad parece más fácil de captar mediante los procedimientos inmediatos, directos, del irracionalismo, que con los reticulados arbitrarios e indeformables de la razón.

La filosofía de la vida no se enlaza con las grandes corrientes del pensamiento anterior; reconoce como antepasados a unos cuantos pensadores del pasado siglo, precisamente aquellos que en su época vivieron más solitarios e incomprendidos, pero no es posible saber exactamente todavía lo que debe a cada uno. Entre sus antecedentes están Nietzsche y Hartmann, y tras ellos Schopenhauer, cuya verdadera significación sólo ahora se ha llegado a descubrir. En efecto, él mismo se creía un kantiano, el único kantiano de su época, mientras en las interpretaciones actuales se le opone cada vez más a Kant y más aún a todo el racionalismo neokantiano. Otras direcciones de la filosofía de la vida tienen sus raíces en la filosofía inglesa del siglo XIX. De los antiguos, Aristóteles representa en ella el mismo papel que Platón en la filosofía de la ciencia; y como allí a Parménides, aquí se divisa a Heráclito en el fondo del horizonte.

Schopenhauer tiene aquí un papel parecido al de Kant en la filosofía de la ciencia; y aun no es imposible que con el tiempo logre mayor importancia y trascendencia histórica que el pensador de Koenisberg. Su concepción irracionalista de la esencia del mundo triunfa en nuestros días, y su creencia de que la voluntad de vivir deba terminar necesariamente negándose a sí misma, aparece como accidental y negada por los ulteriores desarrollos de sus ideas, que en Nietzsche particularmente cobran un sentido afirmativo. Nietzsche aparece como el padre del relativismo, como el crítico formidable de la cultura, que explora por primera vez con ojos sagaces su subsuelo psicológico y anticipa las comprobaciones de Dilthey y sus discípulos, del psicoanálisis y de la novísima filosofía de la cultura de Chamberlain y Spengler, mientras por otra parte se adelanta intuitivamente

al planteo del problema gnoseológico tal como hoy lo entienden el pragmatismo, Vaihinger, Bergson, Simmel... La influencia de Hartmann, menos extensa, es visible en el realismo contemporáneo y decisiva en el vitalismo, profesado por Hartmann cuando nadie osaba llamarse públicamente vitalista, y que cada vez gana más terreno al mecanismo. Y el más reciente desenvolvimiento de esta filosofía toma una dirección ya seguida por Goethe, quien sólo ahora comienza a aparecer en plena luz como el grande pensador que fué. No arbitrariamente le han consagrado estudios considerables personalidades tan representativas del pensamiento nuevo como Simmel y Chamberlain; y Spengler ha confesado en *La decadencia de Occidente*: "La filosofía de este libro la debo a la filosofía de Goethe, tan desconocida, y sólo en menor parte, a la de Nietzsche. La posición de Goethe en la metafísica occidental no ha sido bien comprendida todavía. Ni siquiera se le cita cuando se trata de filosofía. Por desgracia, no ha formulado su teoría en un sistema rígido; por eso los sistemáticos lo olvidan. Pero fué filósofo. Adoptó frente a Kant la misma posición que Platón representa frente a Aristóteles; y también es aventurado reducir Platón a un sistema. Platón y Goethe representan la filosofía del devenir; Kant y Aristóteles la de lo producido. Aquí la intuición se opone al análisis. Lo que no es expresable con el entendimiento, se encuentra en advertencias particulares y en poesías, como los versos órficos o las estrofas: "Cuando en el infinito..." y "Dice nadie..." que deben considerarse como encarnaciones de una metafísica muy definida. En las siguientes palabras no quisiera ver cambiada ni una tilde: "*La divinidad es activa en lo viviente, no en lo muerto; está en lo que deviene y se transforma, no en lo ya producido y petrificado. Por eso la razón, en su tendencia a lo divino, se aplica a lo que deviene, a lo que vive; el entendimiento se aplica a lo producido, petrificado, para utilizarlo*" (Eckermann). En estas frases se encierra toda mi filosofía". —A la incitación: "Volvamos a Kant", se empieza a oponer esta otra: "Adelantémonos hasta Goethe".

\* \* \*

La oposición en que sitúa Müller-Freienfels el problema de la vida, motivo central de las corrientes filosóficas en que él

mismo ocupa un puesto distinguido, y el del conocimiento, núcleo de la filosofía que llama de la ciencia, sugiere contrastar ante todo estos dos conceptos. Y la relación primera en que se presentan, la más adecuada para estimar su valor y significación relativos, es una relación de *inclusión*. Procuremos explicarnos.

Para el puro biólogo, el conocimiento es un fenómeno en la serie de los fenómenos de la vida; una función que aparece en un grado determinado de la evolución orgánica. Y, sin más, lo incluye entre los fenómenos biológicos. Para él, el conocimiento está comprendido, pues, en la vida del ser orgánico, condicionado y determinado por la vida, que considera como algo primario y superior respecto a ese fenómeno particular, mero producto de ella y reducido por tanto a la categoría de manifestación singular suya.

Para el filósofo, en cambio, el fenómeno primitivo es el conocimiento; la vida, como toda la realidad, sólo existe en cuanto modificación del sujeto que conoce. Es inútil insistir en este punto, aunque acaso no lo sea recordar estas dos actitudes — estas dos contrarias maneras de incluir un concepto en el otro —, pues de la preponderancia ilegítima de la primera en perjuicio de la segunda provienen esas filosofías de las que Ortega Gasset ha dicho que son más bien “formas de ignorancia filosófica”. Planteada así la oposición, es indudable y se da aquí por resuelto que el conocimiento tiene la prioridad con respecto a la vida, que la incluye.

Pero la vida de la nueva filosofía no es la de la biología, sino una vida extra o super-biológica, es un concepto metafísico. Una vez definido un poco más este concepto ¿en qué relación se situará respecto al conocimiento tal como lo entienden los filósofos de la ciencia? Es una cuestión lógica que aquí sólo corresponde indicar.

\* \* \*

La separación de la filosofía contemporánea en dos partidos en pugna, tal como Müller-Freienfels nos la expone, tiene la ventaja de poner de manifiesto la cuestión filosófica acaso más considerable y general de nuestro tiempo, la lucha entre irracionalismo y racionalismo.

Las tendencias irracionalistas no son exclusivas de nuestra época. La filosofía de la vida, por este lado, tiene antecedentes más numerosos que los anotados por nuestro autor; particularmente debe considerarse una omisión injustificada la de Jacobi. Jacobi (1743-1819) reacciona contra el iluminismo de manera muy semejante a la de Müller-Freienfels y su partido contra el intelectualismo contemporáneo. Según Jacobi, mientras el sentimiento y la intuición inmediata nos revelan "lo que es", el razonamiento y el conocimiento lógico nos alejan de él; lo inteligible es irreal y lo verdaderamente real es ininteligible. El fin último es lo simple, lo irreductible al análisis; y una filosofía que lo pida todo al entendimiento disuelve los seres en sus elementos generales y abstractos, disuelve metódicamente toda poesía, todo misterio, *toda vida*, porque el ser no se deja *explicar* ni *demostrar*, y la intuición que lo revela nada tiene de común con los procedimientos discursivos... ¿No se imagina estar leyendo a cualquier irracionalista contemporáneo, a Bergson, por ejemplo?

Lo característico de nuestra época es el auge innegable de las corrientes irracionalistas. Se ha querido ver el drama del pensamiento actual en el fracaso de la teoría física tradicional, acarreado principalmente por el descubrimiento de Carnot. Pero más vasto conflicto que la quiebra de una doctrina — por fundamental que ella sea — es este choque del irracionalismo con el racionalismo, porque se refiere, no a este o aquel punto de la ciencia, sino a la misma raíz de todo conocimiento. Y prueba de su mayor generalidad es que las dificultades suscitadas por el segundo principio de la termodinámica han podido reducirse y subordinarse a él. Es lo realizado por Meyerson, cuando considera el principio de Carnot-Clausius como la última comprobación de un residuo al superponer a la realidad el esquema de la razón, que es, según él, la identidad del antecedente y el consecuente (1).

FRANCISCO ROMERO.

Abril de 1924.

(1) En Francia, la situación aparece concordante con la de Alemania. Consúltese al respecto el excelente libro de Parodi, *La Philosophie contemp. en France*, especialmente capítulos VI al IX y "Conclusiones".

## POESIAS

### Triunfo

**D**E todas las fichas que yo habré jugado  
en el juego amargo de cada ilusión,  
sólo hay una con la que siempre he ganado  
y es la ficha roja de mi corazón.  
Yo sé que he perdido sobre la ruleta  
del destino, el precio de mi salvación:  
mi fuerza de hombre, mi prez de poeta...  
¡pero guardo siempre puro el corazón!  
Hace mucho tiempo que tengo apostado  
con la vida, un juego de honda sensación.  
Y confío... ¡porque yo siempre he ganado  
cuando, en lo que apuesto, va mi corazón!

### Diccionario

**E**STOY buscando una palabra inmensa  
que sintetice todo lo que intento.  
Hallo: entusiasmo, fe, constancia, gloria...  
¿Por qué traduzco entonces: desaliento?

### Paisajes en el agua

**E**STE claro del agua entre las piedras,  
entre las piedras blancas del arroyo,  
este claro del agua  
azul y pensativo como un ojo...

*¡Todo lo que sugiere,  
 en su quietud, de paz y de alborozo!  
 Es como una palabra de ternura  
 este claro del agua del arroyo.  
 ¡Cómo me dice: "Mira, nada turba  
 mi faz... Soy como un pozo  
 entre el correr de la corriente clara,  
 soy como un pozo en la mañana de oro!"  
 ¡Ay, si bebiera un sorbo,  
 un solo sorbo de esas aguas limpias,  
 cómo vería todo  
 claro como ellas y como ellas puro,  
 extático y radioso!...  
 ¡Si yo pudiera contemplar el mundo  
 con la limpieza de esos ojos hondos,  
 de esos ojos de agua  
 que se ven en los claros del arroyo!*

### Naranjas

**N**ARANJITAS de China,  
*naranjitas doradas  
 que caían, maduras,  
 al corral de mi casa  
 de una casa vecina,  
 rodando, por las tapias...*

*Naranjitas de oro  
 que trae, en su canasta,  
 una niña que viene  
 cantando desde el alba:  
 Naranjitas de China,  
 ¿no me compra naranjas?...*

*¡Ay, cómo me recuerdan  
 el solar de mi casa,  
 con el color alegre  
 de sus hojitas agrías!*

*¡Cómo me dice cosas  
de mi vida lejana  
vendiendo unas naranjas!*

Naranjitas de China,  
¿no me compra naranjas?...

*Sol... provincia... canciones...  
¡Esa niña que pasa  
no comprende que, a gritos,  
va vendiendo mi infancia!*

### La flecha

**Q**UIERO doblar el arco de la vida  
hasta que forme un círculo.  
De mis manos saldrá, entonces, la flecha  
de la verdad por la que vivo.  
Saltará entre las yerbas, correrá por los bosques,  
pasará sobre el río  
y cantando, cantando por los valles de oro  
y silbando en las hojas volará entre los pinos...  
El aire desgarrado por su vuelo  
irradiará, y el signo  
de las constelaciones  
palpitará en lo azul del infinito...  
¡Ay, si pudiera el arco doblarse sin romperse  
hasta formar un círculo!  
¡Ay, si la flecha que lanzara el arco  
llegara a su destino!...

JAIME TORRES BODÉT.

México, 1923.

## CONVERSACIONES SOBRE FILOSOFÍA Y ARTE

### Recuerdos de Tívoli

(DE MI DIARIO)

Excursiones a las montañas de la Sabina. — Los jardines de los antiguos romanos y las villas del Renacimiento. — El Cardenal Hipólito de Este, y la villa de Tívoli. — La vida sensual y atormentada del siglo XVI. — Un artista sentimental. — Dominicus contra Taine. — El célebre pianista Listz. — Su retiro en la villa de Este. — Jacobo Moleschott y Germán Burmeister. — Recuerdos personales. — Moleschott y el Quijote. — La filosofía de Tiberghien. — El *idealismo* de los materialistas. — Volviendo a Tívoli.

Tívoli, octubre 12 de 1883.

**P**ASEO a Tívoli con Enrique Rovira, Encargado de Negocios del Uruguay. Al amanecer salimos de Roma por la puerta de San Lorenzo. La mañana es fresca, deliciosa; el cielo transparente, el aire tranquilo, y el ánimo contento y saturado de entusiasmos, acaso por la perspectiva de emociones nuevas e imprevistas.

Esta puerta de San Lorenzo, construída a principios del siglo V, era llamada *tiburтина*, por abrirse sobre la vía que conduce a Tibur, hoy Tívoli. Está recostada al acueducto del agua Marcia, restaurado sucesivamente por Augusto, Tito y Caracalla, según informan las inscripciones existentes. A poca distancia pasamos por el huerto o heredad de Ciriaca, dama romana del siglo IV, en cuyo sitio fué edificada por Constantino, hacia el año 330, la basilica de San Lorenzo, restaurada en su forma actual, en el siglo XVII. Entre las muchas curiosidades que contiene, aparte del sepulcro moderno de Pío IX, puede citarse el altar mayor, aislado y cubierto por un hermoso baldaquin de mármol, sostenido por cuatro columnas de pórvido.

En la *confesión*, o sea en el sitio que según los cánones primitivos y según la liturgia posterior, debía servir de tumba a los mártires y a los santos, y que ordinariamente está debajo del altar mayor, se encuentra el cuerpo de San Lorenzo y enfrente el de San Esteban protomártir. Detrás de la tribuna el sarcófago de San Zózimo (año 418), adornado de bajo relieves representando genios vendimiadores, argumento artístico que a simple vista no reviste carácter funerario. Lo he encontrado frecuentemente representado en los monumentos de los primeros siglos del cristianismo.

Seguimos la vía tiburtina, que es un tanto monótona hasta el primer contrafuerte de la montaña. El color que predomina en esa parte de la campaña es el amarillo obscuro, mezclado a trechos por las manchas verdes de los pinos y de los cipreses, árboles enormes que por su arraigo secular, hablan con majestad de cosas graves. Pero, continuando la ascensión y tomando altura, el paisaje comienza a desarrollarse con amplitud, y desde arriba presenta un aspecto extraordinario.

Tibur era un lugar de delicias de los antiguos romanos. Allí tenían sus villas Propercio, Cátulo, Mecenas, Horacio y Salustio, para no recordar sino a los más conocidos. La ciudad existía cinco siglos antes de la fundación de Roma, y todo lo que de ella se sabe referente a esa época, es por tradición. En los primeros tiempos de la república romana, Tibur aparece como su amiga, aliada, y también algunas veces como enemiga, hasta que sufrió el dominio y la absorción de la tribu rapaz del Palatino.

Entramos por una calle angosta y tortuosa, cuyas casas parecen tocarse en los pisos superiores y cerrar el cielo, dando la impresión de un túnel. Siguen algunos palacios de piedra con toda la pátina del tiempo, y otras viejas moradas sobre cuyas puertas se conserva ennegrecido por los siglos el escudo nobiliario.

\* \* \*

Las principales villas fueron construidas en estos parajes que eran reputados como los más sanos y pintorescos de la montaña. Servían de sitio de recreo y reposo a los ciudadanos

opulentos, muchos de los cuales hicieron de ellas verdaderos monumentos, con galerías de cuadros y esculturas griegas. Los cuadros se han borrado y perdido. Se pintaba sobre los muros por medio de procedimientos que no aseguraban la permanencia de los colores. Algunas de las esculturas se conservan en los museos de Roma. Cicerón tenía varias casas de campo, y prefería aquella de Tusculum donde databa sus epístolas. Lúculo poseía la suya en las faldas de Grottaferrata, con una pinacoteca que era visitada entonces como hoy se visita el museo de la villa Borghese. Su colección de mármoles griegos era reputada como única por su cantidad y belleza. En la villa del millonario Pollion había un Apolo, un Neptuno y otras estatuas de Praxíteles; una Venus, de su contemporáneo el célebre Cephisodote; las Tespiades de Cleómenes, el autor de la Venus conocida por *de Medicis*, y el magnífico grupo que hoy llamamos *del Toro Farnese*, actualmente en el museo de Nápoles. Agripa hizo construir un edificio especial, en su villa de Tusculum para el cuadro de *los Argonautas*, obra de Cydias, por la que Hortensius, el rival de Cicerón, pagó 144.000 sestercios; lo que no impidió que pronunciara un discurso muy alabado por Plinio el joven, sosteniendo que debían pasar al dominio público todas las estatuas y cuadros famosos, que entonces estaban desterrados, según su expresión, en las casas de los ricos. Una carta del mismo Plinio describe con detalles minuciosos lo que era una villa romana en el primer siglo de nuestra era. Parece que en esas descripciones se inspiró Le Nôtre para sus parques de Marly, Chantilly y Versalles.

Las villas italianas del Renacimiento fueron en realidad una resurrección de las de Plinio y de Adriano. En ellas se realiza de una manera maravillosa la unión de la arquitectura con la naturaleza, la armonía tranquila de las construcciones clásicas con el encanto de los árboles que les sirven de marco, en el cual penetran y se confunden con la vegetación. Esos arquitectos jardineros buscaron perspectivas agradables para colocar las famosas terrazas, desde las cuales se contempla paisajes hermosos; y por eso no es posible copiarlas ni imitarlas sino en aquellos sitios donde la naturaleza acompaña tales efectos. Cierto es que la arquitectura y la escultura quedan predominando, y que los árboles y las flores entran como complemento, pero ese complemen-

to al ser confundido con el edificio, completa el efecto esencial o de conjunto. Entonces el agregado de pórticos, fuentes, columnatas, estatuas, estanques y avenidas, tiene un punto de unión en la masa principal arquitectónica del palacio, y sobre todo un punto de vista general sobre la naturaleza circundante. De cualquier senda o avenida, de cualquier balcón o terraza del castillo central o del jardín, debe dominarse la llanura, los valles, las colinas y los horizontes lejanos de verdura. Así pues, a diferencia de los jardines modernos, que tratan de transformar la naturaleza para embellecerla, esos antiguos se servían de esas bellezas naturales, disponiendo armoniosamente los elementos constitutivos del jardín, buscando aspectos imprevistos y siempre originales. Se procuraba el efecto ideal del paisaje para producir el máximum de emoción, y por eso Carlos VIII, admirado ante tanta hermosura, escribía al duque de Borbón: —“No podéis imaginar la belleza de los jardines que he visto; a fe mía no falta sino Adán y nuestra madre Eva, para hacer de ellos el paraíso terrenal”. Y Montaigne, tan insensible a otros encantos de la naturaleza italiana, se extasiaba ante las frondas, las cascadas y las *trescientas* fuentes de la villa de Este.

Este espectáculo nos atrae a los esplendores del Renacimiento, a esas fiestas del arte, del amor y de la galantería, a la imagen de la elegancia cortesana, a la evocación de las damas, poetas y caballeros, en sus reuniones amables, en aquellas tardes tibias, y al recuerdo de los príncipes y cardenales tan refinados en sus inclinaciones artísticas, como vehementes en las pasiones de su vida mundana, vida que hoy se nos figura licenciosa, y que entonces era simplemente señorial. De todo esto había en la corte cardenalicia de la villa de Este:

“Dame, pittori, musici, poeti,  
Principi, come in un Decamerone.”

Los jardines despleaban ante los ojos una profusión de flores, geranios, narcisos, jazmines, jacintos, rosas, en todos los matices; y entre los surtidores de las fuentes, entre la alegría del color y el placer de los perfumes, siempre una seña de arte, un torso antiguo, un friso de mármol, un blasón de piedra, un

capitel de Grecia, es decir, la unión de la naturaleza con la obra del ingenio y con la cultura del pasado.

Y de todo ello, lo que hoy nos queda como símbolo, es bien interesante para el alma sentimental, acaso por su misma vetustez y abandono. Nada más conmovedor que una columna antigua ceñida por la hiedra, que un vaso de pòrfido desgastado, que un busto de mármol mordido por el líquen, y esas ninfas abrazadas amorosamente por las ramas sarmentosas, y las rocallas húmedas en los senderos, y las balaustradas donde el musgo ha depositado su terciopelo verde sobre el mármol. Y después, las aguas que saltan de las girándulas formando ramilletes caprichosos, alternando sus alegrías y sus rumores con la tranquilidad de los estanques cubiertos de algas y de flores que flotan silenciosas y como muertas.

Y en las enramadas, donde los árboles se abrazan para formar el misterio amoroso de las sombras, un viejo Pan, en mármol pário con pátina como si fuera de bronce, asomando sus cuernos por un rincón de verdura, avanzando su nariz achatada, sus ojos maliciosos y lascivos, sus patas de cabrón, su fealdad viril y enamoradora, esa fealdad tan apetecida que opera por contraste precisamente entre las más hermosas; y las estatuas de Baco y de Sileno, de los faunos, de los sátiros de orejas puntiagudas, de las ninfas y bacantes que sonríen incitando al recuerdo de pasadas lupercales.

Y más tarde, el contraste místico de las tristezas, en el silencio de la noche, al recorrer las avenidas, cuyos cipreses se elevan a lo alto, encumbrando nuestras almas hacia la inmensidad... Y sentirnos flotando en el misterio y luchando entre el amable deseo de vivir, y el profundo deseo de morir!

\* \* \*

Esta villa fué edificada a mediados del siglo XVI, por el arquitecto Pirro Ligorio, y por cuenta del cardenal Hipólito de Este, que es, en la historia, el tipo clásico del prelado gran señor del Renacimiento, con todos sus pecados mayores y con toda la gentileza de su gesto aristocrático y seductor. La familia toscana de este nombre figura desde el siglo IX, y en ese tiempo

eran ellos soberanos de Ferrara, Módena y Reggio. Protegieron las artes, y fueron justos y liberales. Por tradición, la corte de Ferrara acordaba suma consideración a los sabios y a los poetas. Hipólito de Este fué hecho cardenal por Alejandro VI, Borgia, a los quince años. Era reputado como un sabio, especialmente en matemáticas. Los jefes de Estado italianos necesitaban la presencia de alguno de la familia en la corte de Roma, para representar allí sus intereses, y generalmente el hermano menor era educado para ocupar los altos cargos de la Iglesia. El cardenal, más que un sacerdote era un agente político. Hipólito fué preparado con tal fin, pero resultó más instruido en bellas letras que en sagradas escrituras, y llegado el caso se distinguió por sus aptitudes mundanas que alcanzaron todo su esplendor en las fiestas de la villa de Tívoli, donde tenía su círculo de poetas, literatos y sabios.

Hipólito de Este sabía gozar de la vida como un hombre de espíritu. A su gran ingenio agregaba ciertas delicadezas artísticas; amaba las ciencias, las mujeres, los buenos vinos y la espiritualidad en el trato. Con todo eso sus costumbres no fueron más escandalosas ni más recatadas que las de cualquier gran señor contemporáneo. En la corte de Roma no estaban excluidos los placeres, y en la Tivoli el cardenal seguía el ejemplo de León X. Era la época del lujo, del gran ornato y pompa exterior, y ese fausto no comenzó a extinguirse sino cuando apareció el cisma de Lutero. El Papa ordenó entonces guardar las formas y el decoro.

Dice Stendhal que es difícil obtener la verdad histórica, porque los cronistas e historiadores eran venales, y hacían aparecer a sus héroes con arreglo a la importancia del soborno. No excluye a dos de los principales, Guicciardini y Giove, si bien nada habla de Maquiavelo. "Hacia el año 1500 los príncipes comenzaron a tener miedo de la historia y a comprar a los historiadores. La historia de Italia, tan bella hasta entonces, transfórmase hacia 1550, en algo parecido a la historia de Francia. Leyendo a esos historiadores se lee a hombres comprados por dinero, o por el deseo de la consideración, o por la necesidad de respetar preocupaciones bien poderosas. El único que puede citarse como excepción entre nosotros es Saint Simon. En cuanto a Italia, Guicciar-

dini es un vil bribón, y Pablo Giove no dice la verdad sino cuando no se le paga para mentir, y él mismo se alaba de esto". (1)

Es precisamente Guicciardini quien nos cuenta una famosa aventura de Hipólito de Este. El cardenal quería agradar a una dama de su parentela. que tenía por amante a Julio de Este, su hermano natural. "Un día, dice Guicciardini, reprochando a esta dama la preferencia que acordaba a su rival, se excusó alegando el poder que ejercían sobre ella los hermosos ojos de Don Julio. El cardenal salió furioso de su casa, e informándose de que su hermano estaba cazando, fué al bosque a sorprenderle, y encontrándole en la ribera del Po, le obligó a bajar del caballo, y ahí mismo, en su presencia, ordenó que sus escuderos le arrancaran los ojos. Pero, sea que el cardenal vigilara a sus gentes durante la atroz ejecución, el hecho es que Don Julio, aunque desfigurado, no perdió del todo la vista. Alfonso, hermano de Julio y de Hipólito, que entonces reinaba, no tenía bastante poder para castigar a un príncipe de la Iglesia. Hay que recordar que el Papa Alejandro VI, Borgia, había hecho cardenal a Hipólito cuando éste apenas contaba quince años. Alfonso pasaba la mayor parte de sus días vigilando la fundición de sus cañones de bronce, y es sabido que se immortalizó en la batalla de Ravena, por la primer maniobra de artillería en rasa campaña, de que haya mención en la historia. No pensaba sino en pasarlo alegremente, y admitía en su íntima familiaridad a los hombres de espíritu que vivían en Ferrara, entre los cuales se encontraba Ariosto, y además a los bufones y a los hombres de placer. Sus súbditos le juzgaban poco digno del trono, y esto hizo que su segundo hermano don Fernando quisiera sacar partido de tal impopularidad. Mientras tanto un ardiente deseo de venganza perseguía al desgraciado don Julio, que de tan bello habíase tornado en un hombre muy feo. Ambos se buscaron, se entendieron y encontraron cómplices para voltear al príncipe. Don Julio quería vengarse de Hipólito por medio del puñal y del veneno, y también de Alfonso que no lo había castigado. Fernando lo que deseaba era la corona. La dificultad en esta conspiración, era la de deshacerse de los dos hermanos a la vez. No se les veía reunidos sino en

---

(1) STENDHAL: *Promenades dans Rome*. Tomo II, pág. 114.

las grandes ceremonias, y entonces aparecían rodeados de una guardia numerosa. No comían jamás juntos. Alfonso, siempre en alegre compañía, hacía temprano sus comidas, mientras que el joven cardenal Hipólito, con toda la pompa y la delicadeza de un hombre de iglesia, prolongaba las suyas hasta media noche. Los conjurados esperaban una ocasión favorable. Uno de ellos, Giani, que era un célebre cantor, gustaba tanto al duque por su talento artístico, que jugaba con él como con un camarada. Frecuentemente, en los juegos a que ambos se abandonaban en los jardines, Giani había atado las manos al príncipe, y hubiera podido asesinarlo. Pero Hipólito no perdía el recuerdo de lo que él mismo había hecho, y vigilaba de cerca todos los pasos de Julio. En fin, en Agosto de 1506 el cardenal descubrió el complot. El pobre don Julio tuvo tiempo de huir a Mantua, pero fué entregado por el marqués de Gonzaga. La tortura aplicada a Giani y a los otros conjurados, hizo conocer perfectamente el proyecto de los dos hermanos. Los cómplices fueron ejecutados; Fernando y Julio, condenados también a la pena de muerte, obtuvieron la gracia cuando ya estaban en el cadalso, y su pena fué conmutada por la de prisión perpetua. Fernando murió en 1540; Julio fué puesto en libertad en 1559, después de cincuenta y tres años de prisión". (1).

Hipólito de Este, con tales antecedentes pasó a Roma, fué el famoso cardenal tan considerado y alabado por todos, y hasta cantado por el mismo Ariosto, y después de una vida activa, disipada y entregada a los placeres, murió en pleno goce de la consideración general. Ocurre preguntar si sus contemporáneos se engañaron al acordársela. ¿Fué acaso un inmoral, en el sentido relativo del concepto? Para responder conviene tener presente que en la vida todo ocurre en perfecta armonía de causas y efectos; pero como nosotros no alcanzamos a dominar el conjunto de los hechos, ni el encadenamiento de las causas en general, nos vemos obligados a considerar como mal lo que hiere particularmente nuestros sentimientos o nuestros intereses, o nuestras preocupaciones, sin reflexionar sobre las causas. La moral en sí misma no alcanza a ser absoluta, pues jamás pasa de un conjunto

---

(1) GUICCIARDINI: Liv. VI, pág. 357.

de convenciones más o menos solemnes. El vicio y la virtud, lo bueno y lo malo son expresiones de que nos servimos para fundamentar convicciones, reglas de vida, esencia pura de nuestras intenciones; pero esas expresiones cambian de valor en la conciencia, y de intensidad en los hechos, de acuerdo con el sitio, la época, el temperamento característico de la sociedad en que se aplican. Según este criterio, Hipólito de Este vivió como correspondía a un hombre de su nacimiento, de su condición y de su talento, en su tiempo y en su ambiente.

\* \* \*

Aquí en Tívoli nació Aquiles De Dominicis, uno de los mejores y acaso el más sincero y sentimental de los acuarelistas romanos, que siguieron el impulso dado por Fortuny a esta rama de la pintura. Era un gran temperamento artístico. Tenía la delicadeza de la percepción, la emoción intensa y personal, y sabía destacar de las cosas sus caracteres típicos y esenciales. Ponía mucha verdad en sus composiciones, pero la idealizaba elevándola sobre la realidad sensible. Goethe ha dicho que es esa la verdadera idealidad, puesto que sabe servirse de tal modo de los medios reales, que la verdad resultante produce la ilusión de ser real (1). Eso mismo afirmaba Taine, al sostener, sin referirse a las ideas bien conocidas de Goethe, que la obra de arte debe manifestar un carácter saliente, una idea importante, *expuesta con mayor claridad, y de un modo más completo que la realidad misma* (2). Yo creo indispensable, decía De Dominicis, que la obra de arte produzca por la apariencia la ilusión de una realidad superior a la misma naturaleza; y por eso es necesario en la concepción artística, la primordial condición de belleza. Y afirmo esta condición de belleza en el sentido establecido por Ruskin, para quien un cuadro de Téniers, que representa varios borrachos riñendo por una jugada de dominó, es un cuadro hábil, tan hábil que no se ha hecho en su género nada mejor, "pero es también un cuadro completamente mezquino y malo. Hay una

---

(1) *Conversaciones con Goethe*, por J. P. Eckermann, tomo II, pág. 50.

(2) H. TAINE: *Filosofía del arte*, tomo I, pág. 50.

expresión de deleite en la contemplación prolongada de una cosa vil, y entonces ese deleite es una cualidad grosera e inmoral. Es mal gusto; en un sentido más profundo, un gusto de todos los demonios. Por otra parte, un cuadro de Tiziano, o una estatua griega, o un paisaje de Turner, expresan el deleite en la perfecta contemplación de una cosa buena y perfecta. Esa es una cualidad completamente moral: es el gusto de los ángeles". De idéntica manera considero que la interpretación de una baja realidad, o de cosas ruines, por más naturales y verdaderas que ellas sean, no responde al objeto de mi arte. La parte fea de la naturaleza tiene su existencia real, pero como artista, yo la ignoro.

Y adoraba profundamente esa naturaleza, y sabía sentirla en la plenitud de su vida eterna. Hubiera podido agregar la noción de unidad y de necesidad, para tener completa una fórmula panteísta, y llegar al concepto de que todas las normas del espíritu y de la materia se reducen a una ley única, según la cual el Ser tiende a existir. El entreveía esa ley, y se afirmaba en el hecho de que toda la obra de la vida, aparte de su belleza, se desarrolla dentro de las atracciones físicas, por gravitaciones infinitas, y dentro de las simpatías y atracciones morales, por obra del eterno amor.

A la sombra de los cipreses, mientras él pintaba, yo leía y comentaba a Musset, a Marco Aurelio, a Taine. El primero nos consolaba con sus penas, que eran las nuestras; todos hemos sido jóvenes, sublimes y tontos en el dolor. Marco Aurelio calmaba nuestro orgullo juvenil fundado en naderías, haciéndonos doblar la cabeza ante el pensamiento antiguo. Cuando estudiaba la *Filosofía del arte* de Taine, él suspendía su trabajo, y a manera de descanso iniciaba la plática, siempre en contra del filósofo, que no le era simpático por una cierta aspereza que encontraba en su carácter. "Es un hombre sin corazón" me decía. Y yo, en su defensa recordábale esta confidencia íntima de Taine a un amigo: "A lo que yo aspiro es a poder pensar mucho y encontrar muchas cosas nuevas, contemplar y producir cosas bellas; aspiro a tener algo que amar, es decir, a poseer la amistad de personas estimables por el corazón y el espíritu, y en las cuales yo exista, de modo que pueda aumentar y doblar mi ser".

—Y sin embargo, me replicaba, ese filósofo que tanto ha es-

crito sobre la pintura, no la ha comprendido por sentimiento propio y espontáneo, sino a fuerza de pensar. Habla de nuestras artes, no con el lenguaje humano de la sensación, sino con las formas, los términos y los razonamientos de la filosofía. Convento en que la filosofía es de razón, por su origen y por su método, pero hay también una filosofía del sentimiento, y dentro de ésta, Taine no aprecia el amor que el artista pone en su obra, y no sabe sentir la intensidad de ese amor. Las impresiones de Venecia que acabas de leerme, parecen pensadas y escritas en el bulevar de los Italianos, en pleno París, y no en la rivera de los Esclavones.

Taine ha tenido la franqueza de confesarse epistolarmente, escribiendo sus intimidades a unos pocos amigos; y éstos la indiscreción de publicarlas. Cuando las cartas aparecieron, mucho tiempo después de nuestras conversaciones con De Dominicis, pude comprobar que efectivamente esas sensaciones de viaje fueron tomadas de apuntes envejecidos. Y respecto a su manera de sentir, o mejor dicho, de no sentir, De Dominicis había tenido la percepción de la verdad. Taine, en una de sus cartas a Prévost-Paradol, dice que su naturaleza ha sido siempre deficiente y rebelde, *pues no ha sentido las artes, y las ha comprendido sólo por el pensamiento, sin penetrar en lo bello por la sensación, y tan sólo por la filosofía y el análisis* (1).

\* \* \*

Hacíamos entonces una vida tranquila, exenta de cuidados y de ambiciones, y con el minimum de vanidad dentro de la na-

(1) Estas palabras textuales figuran en una carta de Taine publicada en el tomo I, página 79 del libro *H. Taine: Sa vie et sa correspondance*.

De Dominicis figuraba en Roma como verdadero maestro, y lo fué de Augusto Ballerini y de otros compatriotas. Visitábamos su estudio y le acompañábamos a veces en sus excursiones arqueológicas dentro de los muros y a los montes de la Sabina. Entre los compañeros de estos paseos, y entre los que adquirieron algunos de sus cuadros recuerdo al General Roca, a Juan Carballido, Emilio Civit, Federico R. Leloir, Bruno Quintana, Enriqueta Lezica de Dorrego, Juan Peña, Aristóbulo del Valle, Victorino de la Plaza, Ignacio Pirovano, Enrique Garcia Mérou, Pedro Roberts, Antonio Guerrero, Pablo Riccheri, Guillermo Udaondo, José Luro, Manuel Gorostiaga, Juan Crisol, Bartolomé Mitre y Vedia, José María Cantilo, Luis Garrido Iraola, Carlos V. Ocampo y Juan Agustín García.

tural deformación profesional del diplomático. Con otros compañeros, entre los cuales Kirgoussios, Encargado de Negocios de Grecia, Rovira del Uruguay, Godofredo Bohm de Baviera, Pioda y Carlin de Suiza, íbamos los sábados, aprovechando la fiesta hasta el lunes, y nos complacíamos en pasar buenos instantes entre esos paisanos que sentían también el placer de vivir sin complicaciones, y que parecían comunicarnos un soplo calmante de sencillez. En esos tiempos la villa de Este no tenía más habitantes que Franz Listz, tres guardianes jardineros, y la familia del conserje, muy devota a De Dominicis, a quien conocía desde niño. Franz Listz, el célebre pianista y compositor húngaro, era amigo íntimo del cardenal Hohenloe, propietario bien negligente de la villa. Tenía permiso para habitarla, y había hecho arreglar un departamento en el ángulo que mira sobre Roma. Allí iba a pasar, esquivo y solitario, una parte del otoño. Estaba ya avanzado de edad, era escaso en palabras, y no deseaba que las gentes le importunaran. Recorría las sendas y las famosas avenidas, paseando su melancolía y los restos de su orgullo, ocultos, como los del filósofo de la *Imitation*, bajo el aspecto de la humildad, pero asomando, indiscretos, entre los pliegues de su sotana; y reflexionando acaso sobre las vanidades que acompañaron la existencia del artista seductor, a través de los salones aristocráticos de Europa.

Franz Listz nació en Hungría el 22 de Octubre de 1811, y falleció en Bayreuth (Baviera), el 1.º de Agosto de 1886. En 1865 ese mismo príncipe de Hohenloe, que entonces era arzobispo, le tonsuró en una capilla del Vaticano, pero esa *tonsura* fué bien efímera, pues sabido es que conservó su larga cabellera lacia, como adorno de su rostro varonil, y con ella la inclinación persistente hacia las aventuras sentimentales, en las cuales las damas admiraban sus extravagancias y adoraban sus defectos. De tiempo en tiempo volvía a su retiro, y complaciase entonces en recitar el papel de abate *in partibus*, y en escribir sus famosas composiciones religiosas; pero, pasada la ráfaga de misticismo tornaba al combate recio.

Como pianista, según la opinión general, poseía un dominio completo del teclado, con mucho vigor y energía, sentimiento íntimo de los estilos, limpieza, claridad, y con todo esto, como

instrumento de trabajo, dos manos bien grandes, con dedos largos y nerviosos que le permitían realizar prodigios de habilidad y de destreza instrumental. No tenía rival en el piano, como Paganini no lo tuvo jamás en el violín.

Había marcada diferencia entre el Listz de los conciertos, y el Listz de la intimidad. En sus audiciones públicas rodeaba el acto de solemnidades un tanto extravagantes. Se presentaba en escena con desenvoltura y arrogancia, arrojaba sus guantes blancos a un lacayo, paseaba la mirada sobre el público con marcada prosopopeya y comenzaba su ejercicio con toda afectación, animando cadenciosamente sus movimientos, y acentuándolos después en formas extravagantes, a veces hasta la agitación nerviosa, con lo que simulaba un estado psíquico anormal, un remedo de inspiración, o acaso la inspiración misma, que sugestionaba al auditorio y le arrebatava en entusiasmos delirantes. Se le perdonaba esta pantomima en razón de su gran talento musical que era indiscutible.

En privado revelábase, por el contrario, como un artista maravilloso y tranquilo. Interpretaba en el piano los más hermosos adagios de Beethoven, como no los hubiera jamás cantado la misma voz humana, de tal modo sabía expresar lo sublime en el toque de su teclado mágico.

Durante los últimos años él iba frecuentemente a Roma, y recuerdo haberle encontrado en los alrededores de la plaza de España, marchando erguido, con paso rápido, vestido con su larga levita negra cerrada sobre el cuello de tela clara; y otras veces en las alturas de la villa Medicis, contemplando el paisaje de la ciudad, o destacando su alta silueta, un tanto angulosa, sobre la escalinata de la Trinitá dei Monti. A su paso las gentes se detenían; era un conjunto exterior de nobleza, desenvoltura y arrogancia que despertaba simpatía.

Poco se hacía oír en público, y sólo de vez en cuando en algún salón privado, ante escasos admiradores. Tenía miedo al homenaje obligado de cierta *rapsodia húngara* bien conocida, tocada por alguna admiradora. Una de las casas donde iba a menudo era la del senador Jacobo Moleschott, en cuyas veladas tuve la suerte de encontrarle. Moleschott era el médico de la

familia del Ministro argentino doctor del Viso, y de la mía, y teníamos con la suya una cierta intimidad.

\* \* \*

Jacobo Moleschott nació en Holanda en 1822, y estudió ciencias en Heidelberg donde después enseñó fisiología y antropología. En ese curso universitario se hizo notar por la audacia de sus opiniones científicas (1847). Su materialismo confesado le suscitó adversarios poderosos, y tuvo que abandonar Alemania pasando a Zurich donde también enseñó la fisiología. En 1861 comenzó sus famosas lecciones en la Universidad de Turín. En 1876 el Parlamento italiano acordó espontáneamente la gran naturalización, y el Rey le nombró Senador. Ignacio Pirovano, nuestro profesor eximio de la misma especialidad, tenía veneración por él, y me decía en Roma, que, según su juicio, era el sabio contemporáneo más completo, y con Claudio Bernard, los dos más grandes fisiólogos. Tuve el placer de llevarle a casa de Moleschott, y también a otros compatriotas que le visitaron en consulta médica, o como amigos y admiradores, y en aquel hogar sencillo y afectuoso fueron recibidos muy cordialmente.

Al hablar de la Argentina, Moleschott tenía siempre presente el recuerdo de Germán Burmeister, el Director de nuestro museo de historia natural, que había sido su compañero de estudios en Heidelberg. No habían vuelto a verse desde su juventud. En uno de mis viajes a Buenos Aires me encargó que le llevara una carta, le diera en su nombre un fuerte abrazo,— “más caluroso que éste de tinta que te mando en mi epístola”, le decía, — y que le entregara su último retrato. Moleschott aparecía en la fotografía con su larga cabellera nívea, y su cara redonda y gruesa, rodeada de patillas blancas, representando con firmeza sus sesenta y tantos años. El sabio Burmeister, escaso en comercio social con sus semejantes, dividíalos en dos categorías: hombres sabios y hombres brutos. Los primeros eran los cultivadores de su ciencia, y todo el resto de la humanidad no ostentaba para él valor alguno. Yo bien sabía que su acogida no era amable. Me recibió en su gabinete de trabajo,

y me fijó sus ojos iracundos por haberle interrumpido. Me apresuré a decirle de parte de quien iba, y entonces, cambiando repentinamente de expresión, con asombro y amabilidad me tendió las manos. — ¿De parte de Jacobo Moleschott, de mi amigo más querido? Y tomó la carta, la leyó con creciente emoción, y, al terminar, casi con lágrimas en los ojos me pidió el retrato que llevaba con la afectuosa dedicatoria consiguiente. Al verle, no volvía en sí de su asombro. ¡Pero éste es Jacobo! exclamaba, ¡qué cambio dentro del enorme parecido que conserva! La última vez que nos vimos no creímos separarnos por tanto tiempo. ¡Estábamos tan unidos por afección fraternal y por la índole de nuestros estudios científicos! Hemos seguido después en comunicación por correspondencia y por nuestros libros, pero no tenía retrato alguno de él. Recuerdo bien sus mejillas sonrosadas, su cara redonda de genuino holandés, con su expresión ingenua y bondadosa, tan fresca y juvenil. Y ahora ¡es éste el trasunto de esa misma juventud después de cuarenta años!

El doctor Burmeister recibió y transmitió otro abrazo a Moleschott, entregándome a su vez el último retrato fotográfico, en que figuraba también harto demolido por la misma cantidad de años. Al volver a Roma con la fotografía de Burmeister, igual sorpresa por parte de Moleschott al querer reconocer en ese viejo de cara agría, surcada de arrugas, al alegre condiscípulo y camarada de Heidelberg.

Burmeister, en edad, era mayor que Moleschott, pero habían hecho juntos diversas campañas científicas y se habían ligado en íntima amistad. Cuando publicó su *Historia de la Creación* (1843), Moleschott daba a luz su *Crítica de las teorías de Liebig*. Entonces Burmeister, según me lo recordó, ocupaba la cátedra de zoología en la Universidad de Halle, y Moleschott la de antropología en la de Heidelberg. Burmeister desempeñó también puestos públicos en su patria; fué dos veces elegido diputado, pero como combatiera la política de Bismark en Prusia, se vió moleestado y acaso perseguido en su carrera de profesor. Le consideraban como el émulo de Humboldt, que publicó en Berlín su *Cosmos*, de 1847 a 1851, varios años después de aparecer la famosa *Historia de la Creación*, de Burmeister, quien entonces sólo contaba cuarenta años, mientras que Humboldt era ya un

anciano de setenta y cinco. Se ha dicho que éste aprovechó en su obra clásica, de muchos estudios que figuran en la obra de Burmeister. El Director de nuestro museo tenía en el mundo científico europeo una reputación muy superior a la que nosotros le acordábamos. Se dijo que era egoísta y que publicaba el resultado de sus investigaciones en las revistas de Berlín o en forma de libros escritos en alemán. Burmeister consideraba que dicho idioma era el de la ciencia, y que cualquier publicación en español hubiera resultado casi inédita. En nuestro país no había entonces una veintena de personas que leyeran esos estudios.

\* \* \*

Moleschott era también un políglota. Le vi presidir el Congreso Internacional de antropología criminal, que se reunió en Roma en 1885, al cual asistimos con el doctor Angel D. Rojas. Dirigió los debates demostrando un dominio completo de todos los temas. Traducía y extractaba, desde su sede presidencial, los discursos de los Delegados extranjeros, hablando para ello correctamente en doce idiomas. Había estudiado el español, directamente, sin otro maestro que Cervantes, y precisamente para poder penetrar en la médula de Don Quijote, según nos decía; y lo hablaba empleando los mismos giros y la misma sintáxis figurada de aquellos autores antiguos. Conservo diversas cartas escritas en ese estilo, todas de su puño y letra bien clara, y con la vieja ortografía cervantina.

El Quijote, para él, así como para toda esa crítica alemana que adoraba la alta trinidad de Cervantes, Shakespeare y Goethe, era algo como un organismo viviente, en plena marcha y evolución, presentando nuevos aspectos, nuevas sorpresas, nuevas bellezas, a cada generación que pasa. Decía que Don Quijote y Sancho son dos personajes, pero en realidad no forman más que uno solo. "Son dos partes que se completan, y es éste el rasgo más profundo de la obra, pues el autor ha practicado entonces el método que dos siglos más tarde iba a ser definido por Hegel: ha planteado la tesis y la antítesis que forman juntas la síntesis llamada Hombre; puesto que en el interior de todo ser humano hay un Don Quijote y un Sancho, que se querellan y

añen, pero juntan sus capacidades para realizar la vida". Era ese el Quijote que él concebía leyendo el texto en nuestra pura lengua castellana.

En los salones de Moleschott, con poco aparato y mucha cordialidad, allá en el segundo piso de un palacio de la via Volturno, en el Esquilino, se reunían algunos hombres eminentes, políticos, artistas, diplomáticos, filósofos, sabios de reputación europea que frecuentaban a Roma durante la estación invernal. Allí conocí también a Ricardo Wagner, casado, como es sabido, con Cosima la hija de Listz. En ese tiempo, Moleschott y Federico Carlos Büchner eran considerados en el mundo filosófico como los jefes de la escuela que había evolucionado hacia ese franco materialismo que llamaron científico. Aprovechando muchas ideas de la escuela positivista, tomaron por base de su filosofía el conocimiento de la naturaleza, en lo cual Goethe ya les había precedido. Sus fórmulas de  *fuerza y materia, circulación de la vida*, y otras, vinieron a substituir las muy conocidas de  *la razón pura, la razón práctica, el imperativo categórico*, que los discípulos franceses, en adoración de Kant y de Hegel, repetían y comentaban en sus lecciones, y a afirmar aquello de que en filosofía hay modas, que obedecen a un cierto ritmo del tiempo, como cualquiera de los usos sociales en los diversos pueblos.

\* \* \*

Complaciase en practicar el español con nosotros, mezclando los vocablos puros y arcaicos de su Cervantes, con los giros y expresiones pintorescas de nuestro castellano criollo. Le agradaba que le consultaran e interrogaran sobre temas científicos, lo cual le daba ocasión para hablar enseñando. Y estas ocasiones no faltaban, pues yo frecuentaba su casa por ser amigo íntimo de su hijo Arminio Moleschott, hombre de mi edad, estudioso, de espíritu sagaz y discreto, que fomentaba nuestras conversaciones e intervenía glosando los temas favoritos de su padre. Hablamos así alguna vez del libro de Tiberghien, el célebre profesor de la Universidad de Bruselas (1), sobre introducción a

---

(1) Guillermo Tiberghien nació en Bruselas en 1819. Fué discípulo de Ahrens, que le inculcó el eclecticismo de Kausse, floreciente en Alemania al mismo tiempo que el de Victor Cousin en Francia. Substi-

la filosofía y preparación a la metafísica, en el cual estudia analíticamente los fundamentos de la ciencia moderna, y critica el positivismo de Augusto Comte, también a la moda en aquellos tiempos, de quien decía que era un ateo disfrazado y un materialista inconsecuente; y en su disquisición ataca acerbamente a Moleschott, transcribiendo los siguientes párrafos, tomados aisladamente de su último libro: "Toda verdad viene de los sentidos. El pensamiento es una propiedad de la materia, así como la conciencia. La voluntad es un movimiento de la materia". (1) Y también este pensamiento de Büchner: "La actividad del alma es una función de la substancia cerebral". (2) Y de Vogt: "Entre el pensamiento y el cerebro hay la misma relación que entre la bilis y el hígado, o si se quiere, entre la orina y los riñones". (3) Comentamos la fuerte réplica del profesor belga, y comprobamos que, desde el punto de vista en que él se coloca, no cabe discusión con las escuelas del positivismo experimental, pues sus doctrinas son netamente espiritualistas, y además dogmáticas, como las de todo buen filósofo que se estima. Pero su filosofía tiene un cierto encanto de forma que la hace amable, y un fondo de sinceridad que le dá valor aun en su intransigencia.

Para él la filosofía es una ciencia de principios y nó de hechos. No es una ciencia de fenómenos variables y contingentes, sino de leyes inmutables y de causas necesarias; no es la ciencia del *devenir* sino de lo que es, ciencia de las ideas, si es que se entiende por idea la expresión de la esencia eterna de las cosas. Pero si la filosofía no se ocupa de los hechos, de los individuos, de lo que pasa en el tiempo, estudia, sin embargo, el hecho mismo, la individualidad en general, los conceptos del tiempo y del devenir. Aunque todo varía en el tiempo, el tiempo no varía, y aunque todo llega en la vida, como repetía a menudo Eduardo Wilde, el devenir queda como es, como la serie conti-

---

tuyó a su maestro en la cátedra de filosofía de la Universidad de Bruselas, fué Rector de la misma y jefe del movimiento filosófico espiritualista y liberal de Bélgica.

(1) J. MOLESCHOTT: *La circulation de la vie*. Lettres 2-18-19.

(2) L. BUCHNER: *Force et matière*, pág. 140.

(3) C. VOGT: *Physiologische Briefe XII*.

nía de los estados que pasan de la posibilidad a la realidad. En una palabra, en todo ser cambiante hay algo que no cambia, y que constituye la esencia del ser, y esta esencia tiene importancia primordial en la especulación filosófica.

Corresponde señalar que empleo esta palabra castellana *devenir*, anticuada según la Academia, porque expresa en nuestra lengua con toda claridad la noción del cambio de las cosas, en el sentido de sobrevenir, suceder, acaecer. Según Heráclito, el devenir incesante del mundo, es el movimiento progresivo por el cual las cosas se hacen o se transforman. Según la fórmula hegeliana, lo absoluto se desenvuelve por una evolución constante, para realizarse y volver de nuevo a lo absoluto. Tiberghien opone la unidad racional del ser, que, a su juicio, es lo único digno de ocupar al filósofo, porque los sentidos no dán la certidumbre, ni la verdad en sí misma, sino en su relatividad.

Comentando estos principios encontramos exagerada la réplica que Tiberghien dá a las doctrinas de Moleschott, a quien trata, nó como filósofo positivista o materialista, ni como panteísta, sino como ateo. Moleschott no se sintió incomodado al leer las páginas del libro (1), y dijo que no le causaba extrañeza, porque en esos ataques hay una lamentable confusión y desconocimiento de los móviles y propósitos. "Al mismo tiempo que hombre de ciencia, yo soy un ente religioso y moral, porque el sentimiento religioso constituye una facultad, o al menos una fuerza en el fondo de la conciencia, *independiente de los conocimientos de carácter científico o experimental*. Los críticos en su visión unilateral de la doctrina, no lo quieren saber, y por consiguiente no lo reconocen. Hablan de materialismo en el sentido grueso y ordinario del vocablo, sin imaginar que dentro de eso puede existir oculto un intenso idealismo".

Estas palabras vinieron a explicarme la actitud de los filósofos que niegan todo con la inteligencia, y creen en todo con el corazón, practicando la antigua doctrina de la doble verdad, y contentándose, como lo dijo Hegel, con tener en un bolsillo la razón, y en el otro el sentimiento. Saben que fuera del mundo

---

(1) G. TIBERGHIEU: *Introduction à la philosophie*. Bruxelles, 1868, págs. 17 y siguientes.

visible hay regiones inexploradas, casi inasequibles, dentro de las cuales tratan de dar entrada a sus premisas. En esas regiones evolucionan la fe y la gracia, establecidas ya como en casa propia, precediendo a la metafísica científica. Moleschott, para precisar su idea, me leyó los últimos párrafos del discurso inaugural de sus lecciones de fisiología en la Universidad de Turín, los señaló con lápiz en el libro y me entregó el ejemplar con una amable dedicatoria, ejemplar y señales que tengo a la vista en este momento. Lo marcado por él dice así: "Ese hervor del entusiasmo en la juventud es sagrado y benéfico sólo en el caso en que es acompañado y custodiado por la cordura, y por el pudor, diré, de la religión, si se me quiere conceder que ésta es la más sagrada entre las facultades humanas, y es independiente, pero independiente en modo absoluto, de la opinión que el hombre se forme sobre las causas del universo y de sí mismo, independiente de cualquier creencia; ya que Sócrates y Spinoza no eran menos religiosos que Jesús y Agustín; y que Galileo fué más religioso que sus perseguidores y Voltaire mucho más que todos los inquisidores del mundo" (1).

\* \* \*

Volviendo a Tivoli. Una tarde llegamos de improviso a la villa de Este. De Dominicis había trabajado todo el día al aire libre en las terrazas, y recogía sus pinceles y acuarelas. El viejo conserje nos pidió que nos desviáramos del camino habitual, sin pasar por el ala principal del edificio, porque su huésped Franz Listz había llegado el día anterior y arreglado sus cosas para pasar una temporada, y, como de costumbre, no deseaba la presencia de extraños. Seguimos así conversando hasta un gran salón, uno de esos salones inmensos, decorado con frescos de Zuccari, y de ahí oímos los sonidos de un piano colocado en la estancia inmediata, sonidos suaves como murmullos de melodías que lloraran, se apagaran y volvieran a sonar. Era Listz que conversaba con su piano, improvisando o recordando sus poemas. Rogamos al conserje que nos permitiera permanecer silenciosos

---

(1) JAC. MOLESCHOTT: *Dei regolatori della vita umana*, pág. 27. Torino, 1880.

y ocultos detrás de las cortinas. El piano estaba colocado cerca de la ventana abierta sobre el valle. Listz, sentado frente al teclado venía a quedar de espaldas a nosotros, y por cierto bien lejos de imaginar que alguien le escuchara. El sol acababa de caer en el horizonte, y las sombras a velar los contornos de las cosas. Nada más hermoso dentro de la melancolía de aquella tarde de otoño, que el aspecto de la llanura romana contemplada a través de la ventana, y que Listz tenía ante sus ojos. Sus dedos acariciaban las teclas arrancando melodías que parecían cantos de ángeles, de voces celestiales nunca oídas. Deteniase, miraba atentamente el paisaje, y proseguía diciendo con las teclas lo que su alma sentía acaso ante la inmensidad. Jamás he escuchado una música semejante. Jamás armonía alguna penetró más honda y profundamente en mi alma, tanto que parecía llegar directamente de la suya sin pasar por mis sentidos. Es indudable que en aquel momento, creyéndose solo, se abandonaba a su fantasía, y expresaba en su lenguaje, en plena libertad de ideas, el dolor o la majestad solemne de su inspiración. Aquel fué para mí un instante de bienaventuranza, de posesión abstracta de la belleza, algo como la beatitud del estado de gracia. Habíamos quedado inmóviles y asombrados. El murmullo fué apagándose, las notas se perdieron en lentos estremecimientos hasta que vino el silencio... De pronto un rumor extraño nos sorprende, como de algo que de improviso hubiera caído sobre las teclas, golpeándolas bruscamente... y después, la misma quietud y el mismo silencio.

—No hagamos ruido, nos dice el conserje en voz baja, avanzando en el salón; él tiene la costumbre, en esta hora del crepúsculo, de sentarse al piano, y toca hasta quedar adormecido. ¡Está ya tan viejo! No le despertemos.

Yo avancé algunos pasos y le ví con los brazos cruzados sobre el teclado, y la cabeza apoyada sobre el atril, esa cabeza hermosa, grande, cubierta por su larga cabellera blanca que caía sobre el cuello de su vestidura de abate. Y así silencioso, pisando suavemente con las puntas de los pies, di la vuelta al piano observándole con admiración; y colocado detrás contemplé por la ventana el paisaje amado que él buscaba en ese sitio, a esa hora de

las transformaciones de la luz, de las formas y de los colores. Y allá a lo lejos, al morir el horizonte, detrás de una línea caliginosa, se dibujaba vagamente la cúpula de Miguel Angel: ¡el genio eterno, sobre la eterna majestad de Roma!

BELISARIO J. MONTERO.

## EL PARALITICO

Mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza.—JOB, cap. VIII, vers. 6.

**E**N el verano, alguien empujaba su sillón de ruedas hasta una ventana que daba a un patio interior. En invierno también lo acercaban a la misma ventana, durante el tiempo que una gran franja de sol penetraba por los vidrios sin cortinas. Su mundo era aquel patio, profundizado bajo sus ojos que miraban desde un tercer piso; su horizonte era la gran pared obscura del edificio frontero. Alcanzaba a divisar, hacia la izquierda, un trozo de azotea, en donde mujeres humildes tendían al sol pobres ropas lavadas. El patio estaba pavimentado de húmedos ladrillos; sólo entraba y salía por él un carro solitario, guiado por un carrero silencioso, quien tenía su vivienda en el derruido galpón del fondo. Pero había en aquel patio dos hermosos árboles, esbeltos y frondosos. En la primavera cubriéndose de hojas de un verde fresco y claro, que temblaban ligeramente cuando soplaban por la tarde tibias brisas venidas del grande río cercano. En las épocas lluviosas, sus ramas despojadas resistían altivamente, con cierta fiereza varonil, el recio chubasco torrencial.

El paralítico conocía sus árboles. Hacía largos años que los contemplaba silenciosamente desde su solitario apostadero. De sus ramas subían hasta él sanos efluvios de vegetal y fecundas comunicaciones de naturaleza; algo como profundas y agresivas expiraciones de selva y hálitos de silvestre libertad. Había designado a cada uno con un nombre, que se repetía mentalmente allá en el fondo de su horrible y eterna mudez. Habíalos

visto crecer y desarrollarse, aumentando en vigor y elegancia como jóvenes adolescentes llegados a la mocedad. Sabía cual de sus ramas era la primera que anunciaba el advenimiento de la buena estación apuntando pequeños brotes violáceos que después desplegaban finas y jugosas hojitas verdes. Sus ojos ensombrecíanse en las mañanas del otoño, siguiendo el pausado caer de aquellas hojas que viera cubrir de umbroso follaje las ramas de sus árboles. Y voluntariamente, una ansiosa pregunta subíale tímidamente desde lo profundo de su corazón: ¿Estaría en su ventana cuando la golondrina del año venidero anunciara piando el retorno del bello tiempo primaveral?

Hacía tantos años que el paralítico yacía inmóvil en su sillón que ya nadie recordaba haberlo visto marchando por sus pies. Era la suya una parálisis que solamente dejara vivos y animados sus ojos, llenos siempre de angustiado fulgor. Era de aquellas antiguas y terribles parálisis que sólo sabía curar la mano milagrosa de Jesús.

A su vera, en torno suyo, la Muerte había trabajado con silencioso tesón, llevándose consigo a la compañera elegida de su vida, a aquella que una vez tomara entre sus vigorosos brazos juveniles como un presente de fresca belleza y alegre confianza ofrecido a sí mismo en los días ya lejanos de la salud y la energía varonil. También algunos hijos desaparecieron, hundidos lentamente en el negro torrente insondable que ronda alrededor de la vida. Nuevos semblantes, nuevos corazones, rodeábanlo como la maleza reciente que brota en tumultuosos empellones junto al viejo tronco del árbol ya caduco. Las gentes no son tiernas cuando la miseria ensombrece su vivir; el paralítico sentía flotar en torno suyo la áspera indiferencia de las almas desnudas de simpatía. Su cuerpo inmóvil era una gravosa molestia para la casa pobre. A veces, tal mocetón apurado, al tropezar con el sillón detenido como un escollo en la habitación vacía, mascullaba una brutal imprecación iracunda. En otras, cuando la última de sus nueras prestábale esas atenciones premiosas y malhumoradas que se prestan a los ancianos, el tullido descifraba en el fondo de sus ojos la íntima y malvada cólera que enciende la muerte por la tardanza que pone en recoger lo suyo. Huihanle también los niños, intimidados bajo la expresión son-

bria de su semblante inmovilizado, por el fulgor ansioso de aquellas miradas suyas, reflejo de un alma recogida en sí misma y encarcelada implacablemente en su silencio eterno.

El paralítico no tenía recuerdos y hundíase su pensamiento en el vacío de sus días pasados como en una sima de árida y huraña soledad. Había pasado por la vida como el obrero en la entraña del barco errabundo, atento a su tarea mientras los viajeros de cubierta deslumbran sus ojos y solazan su espíritu con el espectáculo suntuoso de las puestas de sol en el horizonte del mar. Su infancia fué dura, estéril su mocedad y trabajosa su madurez. Vivió su existencia como un andar encorvado y penoso por esas callejas húmedas y oscuras que limitan los muros humosos de altas construcciones melancólicas, en cuyos senos se adivina el amargo vivir de gentes atareadas e infelices. Nunca se abrieron en ella esas desgarraduras con que lo imprevisto descubre espaciosas y profundas perspectivas a la visión interior, campos nuevos descubiertos al latente y mortecino anhelo del ensueño. Hay vidas que son como obreros mercenarios doblados en la ruda faena sempiterna de segar la espiga que sacia el hambre de hoy. La vida del paralítico transcurrió así. La terneza del amor, el calor de la emoción, el impetuoso hervor del entusiasmo pasaron por sus días lejanos como unció efímera de nobles ungüentos, como resonancias enigmáticas de las actividades profundas y sonoras en que se ejercita constantemente el insomne espíritu de la humanidad. Fué un transeunte de la tierra, sumado a las innumerables caravanas que huellan los senderos del mundo, insensibles al angustioso acicate de la inquietud.

Algunos días, cautivo en la inmovilidad espantable de su parálisis bíblica, el paralítico intentaba penosamente recordar. En el alma opaca y desierta reavivábanse imágenes borrosas y en otro tiempo familiares; ascendían lentamente los evocados recuerdos con la perpleja vaguedad de las creaciones de los sueños. ¿No eran aquellos oscuros ojos los ojos de la joven mujer que amó? Inclinado su espíritu sobre el lento y vacilante movimiento de sombras en la sombra del tiempo huidizo, ocurriale preguntarse si hubo realmente en su vida una mujer y un amor. Obstinábase en recordar como quien naufragó se aferra

a esas cosas flotantes y evasivas que dan la efímera impresión de un apoyo salvador. Pensaba. En una mañana luminosa, detúvose a contemplar una enredadera que florecía, caudalosa y fragante, sobre un muro blanqueado hasta el deslumbramiento por la dispersa claridad solar. Y más tarde, allá en la entraña penumbrosa del barco, frente a las bocazas rojas del fogón ardiente e insaciable, ensordecido por el trepidar fragoroso de la gigantesca maquinaria en función, había recordado fugazmente aquella luminosidad matinal y la enredadera que coronaba de frescas flores la pared humilde del suburbio. ¿Y no habría otra cosa, no habría otra cosa Señor? ¿Algo que lo enlazara con nudo de amor, con energía de sentimiento e intimidad de emoción a todo lo que vió, a todo lo que rozó y habló en el tiempo que fué? Y entre tanto el ala invisible de la Muerte hería la vida a su alrededor.

Refulgía entonces en sus ojos una luz vaga y cansina; como un reflejo de agua remansada y muerta en las subyacencias de su alma clausurada.

—El paralítico tiene hoy su mal día — decíanse en esas ocasiones las gentes de la casa.

Y alguna mano solícita, movida por un fugaz sentimiento piadoso empujaba la silla hasta el balcón abierto sobre el patio profundo.

Allí estaban los árboles, esbeltos y frondosos. Bajo el cielo algodonoso de la tarde invernal, empinábanse con la varonil resolución de las vidas enérgicas. Llegada la primavera cubríanse de hojas de un verde fresco y claro que temblaban levemente, con ligero temblor de inquietas alas, cuando soplaban por la tarde tibias brisas venidas de quién sabe qué lejanas selvas, cargadas de agrestes fragancias y acres olores de tierra labrada.

El paralítico contemplaba sus árboles. De sus ramas ascendían salubres efluvios vegetales y sanas comunicaciones de Naturaleza. En el apostadero eterno de su sillón inmóvil sentía el tullido que el vacío espantable de su soledad poblábase de amistosas presencias y era frecuentado por la caricia tibia de cercanos efectos. Existía una ardiente correspondencia entre los jóvenes árboles del patio solitario y el hombre silencioso que miraba ansiosamente desde lo alto. El paralítico repetíase

mentalmente sus nombres con la misma efusión de amor que un día — ¿cuándo, Señor? — dijérase a sí mismo el nombre de la mujer muy amada.

Y aconteció que cierto día, alguien que podía hacerlo, dió orden de que los árboles fueran derribados. Y el paralítico los vió caer... (El narrador ha tenido un momento de vacilación. El arte de componer exige que el relato tenga un desenlace dramático. Existen razones para decir que aquella mañana los deudos del paralítico lo encontraron muerto en su ventana, roto el corazón por la íntima tragedia. Sin embargo...)

El paralítico siguió viviendo. Por que la vida es así.

VÍCTOR JUAN GUILLOT.

## UN AUTOGRAFO DE ANATOLE FRANCE

**E**RA la hora del *cocktail*.

En el Bosque el bullicio decrecía; finalizaba en las alamedas el desfile multicolor; volvían a la ciudad los más variados concursos, y a pie, y en carruaje, y cabalgando, en dirección a ella iban las gentes.

En las plazoletas y en las calles de salida, cada vez que un rayo de sol asaetaba traviesa e intrépidamente el barniz de una caja o el cristal de una portezuela, al punto, y con silencioso zigzag, el chispazo relampagueante de un destello fustigaba la hojarasca trémula de plátanos y castaños circunstantes.

Por todas partes peatones, amazonas y carretelas; por todas partes automóviles en rápida y confusa caravana.

Como a una señal predeterminada la ciudad se reintegraba a la ciudad; huía afanosa la muchedumbre volandera y tras ella, siguiéndola y en prolongado séquito de rumores, se alejaban las voces, los silbidos y las risas...

También nosotros regresábamos: Anatole France y yo.

Durante mi estada en la capital francesa, unas veces en su casa de la Avenida del Bosque de Boloña y otras, las más, en correrías matutinas por los muelles del Sena; con charla placentera el viejo maestro había glosado para mí, y sólo para mí, la grande ilusión humana magnífica y desconsoladora.

Mas, como todo tiene término, aquellos meses encantados tocaban el suyo. Días después, partiendo de El Havre, el *Ouessant* había de restituirme a mi tierra de América. Y así, mientras abandonábamos el paseo agreste y ciudadano, en cuya fronda el otoño inminente comenzaba a amputar, con podadera invisible, las ramas y las hojas más tiernas, insensiblemente se insinuaba en mí, a pesar

mío y por adelantado, la melancolía acibarada de los adioses prematuros.

A poco andar, apretando el paso, por la puerta Delfina entráramos en París; declinaba la tarde, y el Sol al proyectar su pos-trimería luminosa sobre los faroles de la gran Avenida los encendía anticipadamente.

Llegamos al número 5.

—“*Villa Saïd*”. — Más allá de una hilera de sicomoros, la casita de France mostraba en la atmósfera tenuemente anochecida, el reflejo apacible de las luces interiores.

Una idea fija me preocupaba. Momentos antes, sabedor de mi próxima partida, el maestro habíame prometido un pequeño recuerdo, un autógrafo sin duda.

—¿Me lo daría realmente? ¿Estaría escrito en prosa o en verso? ¿Sería extenso o sería breve? — Estos eran los tres interrogantes que entonces, con perentoriedad de Esfinge, me proponía a mí mismo.

Una vez en su despacho, Monsieur Bergeret les dió pronta respuesta.

—En cambio del autógrafo de circunstancias — me advirtió amablemente — prefiero, ya que de usted se trata, amigo mío, transcribirle y dedicarle luego, algunos de los aforismos que desde hace tiempo, y sobre los temas más varios, vengo reuniendo en este cartapacio, sin intención, claro está, de publicarlos.

Y dicho esto y sin mayor preámbulo, con su letra de escolar aplicado, empezó a trasladar los pensamientos que siguen:

\*

Cielo, Tierra y Mar: la Naturaleza es la Trinidad del Artista.

\*

No se es tan original por no haber imitado a nadie como por no haber podido ser imitado por nadie. Y este es el caso de Shakespeare, y el de Cervantes, y el de Rabelais.

\*

En potencia creadora nadie le aventaja al hombre. El hombre es capaz hasta de crear dioses, — mientras que quizás no fueron dioses los que crearon al hombre.

\*

Nos parece trágico que el tiempo pase, pero encontramos divertido pasar el tiempo.

\*

“Tiempo de llorar y tiempo de reír”, dice el Eclesiastés; y yo agregó: Tiempo para perder el tiempo.

\*

“Sólo sé que no sé nada”. Para llegar a esta conclusión el pobre Sócrates tuvo que estudiarlo, que aprenderlo todo.

\*

En saber que sus fuerzas son pocas, en eso consiste la fortaleza del sabio; — nada más que en eso.

\*

—¿Nuestro mayor defecto? Pues... descubrir el ajeno.

\*

Y, llegado a este punto, bruscamente, sospecho que por la intervención de un geniecillo maligno, mi viaje, mi mágico viaje, se ha interrumpido.

De tarde en tarde la imaginación suele jugarnos una mala pasada.

Estaba yo en mi cuarto y entre mis libros releendo y comentando perezosamente *Le Jardin d'Epicure*, cuando de pronto, he aquí que empiezo a ver cosas y sucesos inauditos: creo estar en París, creo visitar al maestro y creo recibir un autógrafo; y he aquí, también, que al poco rato, y con igual premura, vuelvo a encontrarme en mi cuarto, entre mis libros, sin París, sin Anatole France y sin autógrafo.

Hay más; los pensamientos que en mi fantaseo libresco le viera escribir al gran ironista eran — suprema e imperdonable irreverencia — las pocas e insignificantes reflexiones que aquella lectura había suscitado en mí.

Por eso, hace un instante, abominando de la imaginación y de sus falsas especies, tomé la cuartilla en que tales reflexiones aparecían escritas y airadamente se la arrojé a este cesto; a este cesto que con la boca dilatada en un bostezar eterno, y con la inmovilidad atenta del galgo acechador, se pasa las horas junto a mi mesa de trabajo siempre pronto para engullir en su pantagruélico esófago de mimbre entretejido mis frecuentes engendros no viables.

Ahora me siento más tranquilo; precisamente M. France cumple hoy ochenta años, y sospecho que el mejor homenaje que yo pueda rendir al maestro es el de no atribuirle, en fecha tan jubilosa, la paternidad de aquellos malos pensamientos.

ANGEL J. BATTISTESSA.

Abril 16 de 1924.

## EL TEMOR A LA MUERTE

**O**h!, el temor de morir sin ser del todo "un muerto"!  
Angustia pavorosa del "más allá" incierto,  
de ese muro de sombras donde acaba la Vida,  
donde empieza la Muerte...  
de esa playa remota donde llega vencida  
la ola... y cae inerte...  
Idea obsesionante, pertinaz, punzadora,  
de la última hora...  
pensar, dudar si todo termina al tiempo mismo  
en que rueda esta carne pecadora  
de la Nada al abismo...  
A la esencia sutil que el cuerpo guarda,  
el frágil vaso roto: ¿qué le aguarda...?  
¿Termina todo  
con este pobre lodo...?  
Enigma pavoroso del "más allá" incierto,  
angustia de morir y no estar muerto...  
miedo cerebral, dantesco suplicio, cruel tortura  
de quedar sofocado por la materia impura,  
sin que la voz responda ni la mirada vibre,  
sin que nadie nos oiga, sin que nadie nos libre...  
Ser dentro la noche espesa, ilimitada,  
con el miedo animal, instintivo a la sombra...  
"sentir" que alguien nos llora, "saber" que alguien nos nombra,  
sin poder hacer nada...  
Y el horror a la tierra fría, helada, viscosa  
de la húmeda fosa:  
húmeda, se diría, del sudor de los muertos,

*viscosa por los crasos gusanos que resbalan  
 en las tinieblas, siempre despiertos...  
 y helada por el soplo que por la noche exhalan  
 todas las calaveras...  
 Oh!, temor angustioso de no morir de veras,  
 de no morir bastante, del todo: en absoluto;  
 que, cuando el cuerpo rinda su postrero tributo,  
 quede en nosotros algo que alienta todavía:  
 una llama, un reflejo, una idea tardía,  
 mas, en fin, algo vivo  
 y que sea impotente  
 para decir que vive, que sufre, que aún siente  
 y que, ahogado de espanto, se debate cautivo...  
 Oh!, el terror de morir... y no morir del todo...  
 y sentirse, indefenso, sofocar en el lodo  
 de la mísera arcilla,  
 como en un tremedal de horrible pesadilla.  
 Desesperar de espanto,  
 y no tener siquiera el alivio del llanto,  
 el recurso infantil de gritar, y gritar...  
 desahogo, aunque inútil, humano, de clamar  
 y llamar a la madre, y llamar a la amada...  
 no poder implorar  
 con una voz, un gesto, siquiera una mirada...*

*Ahogado por la angustia, he salido... Afuera,  
 ebrios de luz piaban los gárrulos gorriones  
 bajo la tibia gloria del sol de primavera...  
 Gracias, Señor, mil gracias... pero no me abandones  
 el día que me muera...*

JUAN BURGHÍ.

## EL NACIONALISMO CATALAN

### Exposición del problema de Cataluña

**A**NTE todo: ¿de dónde arranca el problema nacionalista de Cataluña? ¿Cuál es, en sustancia, la enjundia de su significación? ¿Se trata meramente de un artificio político, de una predicación postiza?

La propia permanencia, la continuidad del problema a través de tantos años, de tantos y tan reiteradas vicisitudes adversas, dice ya mucho en favor de su verdadera, eficiente y sustancial realidad.

Pero no basta definirlo. La primera razón del catalanismo, su fuerza inicial frente a la incomprensión de la política española, estriba, precisamente en que, por encima de todo, la aspiración catalanista — el sentimiento de una patria catalana — es un hecho biológico, es la existencia de una personalidad catalana que tiene conciencia de su propia realidad que ha sido y es en Cataluña, como su esencial razón de ser, su fe de vida ante la circundante realidad universal. Varia y distinta, venturosa o infortunada, en libre soberanía o en resignada o mal sufrida dependencia, siempre Cataluña ha tenido despierta y viva — más o menos activa y patente— esta conciencia, este sentimiento de su personalidad, cuya permanencia histórica es prueba suficiente de su realidad biológica.

En esto, el caso de Cataluña se parece al de Irlanda que siente viva y real su personalidad y desde los albores de la Era Cristiana tiene historia y durante ocho siglos lucha por restaurar en ella el pleno sentido de su significación como en Irlanda (véase el libro de Daniel Figgs y Erskine Childers) en Cataluña, la existencia de un hecho biológico da realidad, consistencia

y fuerza al problema nacionalista. En definitiva el nacionalismo como tal exige esa previa existencia.

Naturalmente, en un problema nacionalista, esta previa realidad biológica es el germen, la célula generatriz. Su funcionalidad produce la plasmación de una fórmula jurídica que tiende a dar satisfacción a los deseos de aquella personalidad.

Y estos son los dos factores esenciales del problema. Sin ellos no hay verdadero pleito nacionalista. Los dos aspectos concurren evidentemente — la lección de la historia lo confirma — en el problema catalán.

Bastará — y es, desde luego, conveniente, — la somera indicación de algunos sucesos políticos e históricos para patentizar la permanencia de esta conciencia de Cataluña como personalidad definida, como realidad étnica distinta, como nación.

Recordemos, entre otros, los siguientes: la apelación a Inglaterra en 1736 solicitando un auxilio para borrar la injusticia de que había sido víctima Cataluña por el decreto de 1714 llamado de *Nueva Planta*, en que le fueron arrebatadas sus libertades; las gestiones realizadas durante la Revolución Francesa (1793 a 1795) y que no llegaron a cuajar en la realidad de soluciones y pactos; la formación de la llamada Junta Superior del Principado, después de la anulación efectiva del Poder Central en 1808; el mandato de reclamar las libertades catalanas anteriores a 1714 que los diputados de Cataluña llevaron a las Cortes de Cádiz (1812).

Todo el siglo XIX nos ofrece ejemplos elocuentes, algunos de ellos llamados a especial y peculiarísima resonancia histórica, de la persistencia de este inextinto, siempre vivaz y consciente sentimiento de libertad que es la característica racial e inconfundible de Cataluña. El más excelso de sus poetas, Juan Maragall ha podido escribir "Libertad: he ahí el alma catalana".

No nos interesa aquí, porque no es nuestro propósito hacer una exposición histórica del problema, recoger, analizándolas, todas estas manifestaciones. De alguna de ellas nos será preciso hablar con algún detalle en esta crónica.

Pero desde que a impulsos del Romanticismo, que Cataluña fué la primera en incorporarse entre todas las tierras ibéricas, surgió el Renacimiento literario, tan influido del fervor román-

tico y de la pasión histórica, tan en boga en los albores de aquel siglo, como del inextinguible sentimiento étnico, hasta nuestros días en que el problema ha entrado indudablemente en una fase gravísima y quizás inicio y alumbramiento de la definitiva — he aquí la razón de esta crónica — no hallaremos periodo de tiempo en que el problema catalán planteado frente al gobierno y a la política de España, vibrante y vigoroso ante la vida y la realidad de España, sufra eclipse de consideración o amenguamiento de idealidad. Ha podido la política, merced a las circunstancias, ser más o menos activa, eficiente o apasionada, pero el sentimiento, por debajo, al lado, o por encima de las condiciones fortuitas se ha agrandado, se ha extendido, ha florecido en la tierra feraz, ha dado lozanía de flores y dorada madurez de frutos. Y ahora puede decirse que en Cataluña la fórmula jurídica, la autonomía, es una “conciencia colectiva”.

Desde que en 1859 tuvo lugar la restauración solemne de los Juegos Florales, torneo literario en que la lengua, expresión del alma colectiva halló redención y homenaje hasta la última manifestación del pueblo catalán, hallamos en estos tiempos contemporáneos, y antes de llegar al calamitoso estado actual, tentativas políticas, agitaciones nacionalistas, actos de propaganda cuyo examen y comentario, han de ayudarnos, no de cualquier modo sino muy eficazmente a la exposición imparcial y serena del problema que Cataluña tiene planteado a España.

\* \* \*

Primeramente, conviene examinar a qué tiende la fórmula jurídica que es credo del nacionalismo catalán. La primera verdad de este dogma es la de que Cataluña es una nación y de que, a pesar de las mudables contingencias históricas, no ha dejado de serlo. Al establecer este principio básico, hay que separar dos conceptos: Nación y Estado.

Un eminente hombre de la Iglesia, gran catalán y cultivadísima inteligencia, en un libro suyo, maravilloso y profundo (1)

---

(1) *La tradició catalana* del Dr. José Torres y Bages, 1892, 2ª ed. 1906.

demonstró que Cataluña no solamente tiene una lengua, un espíritu, un carácter y un derecho nacionales sino que posee, además, un pensamiento nacional.

Otro catalán eminente, en cierto modo creador y ordenador de las energías políticas y espirituales de Cataluña, Enrique Prat de la Riba, primer presidente de la Mancomunidad Catalana, definidor y verbo del catalanismo moderno, que fué energía y cauce, luz y fuego, arrebatado demasiado pronto, para dolor de su patria, a la vida mortal, tomando pié de estas conclusiones, escribía en su obra *La Nacionalitat Catalana*, verdadero catecismo catalanista, estas palabras:

“Si ser patria, si ser nación era tener una lengua, una concepción jurídica, un sentido del arte propios, si era tener espíritu, carácter, pensamiento nacionales, la existencia de la nación o de la patria era un hecho natural como la existencia de un hombre, independiente de los derechos que de hecho, le fueron reconocidos. El esclavo romano era hombre, aunque por las leyes de su tiempo era una cosa en manos de otro hombre, del hombre oficial que las leyes reconocían. La nación era nación aunque las leyes la tuvieran sujeta, como el esclavo romano, a otra nación, la nación oficial, la nación privilegiada. El hombre era hombre aunque no lo fuese por la ley; la nación es nación, aunque no lo sea por la ley.”

He aquí, en suma, el verdadero meollo de la doctrina nacionalista. Pero conviene ahondar más todavía, antes de seguir adelante. Este concepto de nación independiente de las circunstancias fortuitas y mudables creadas por las leyes, llevó a Prat de la Riba, apóstol y caudillo, a una distinción profunda, expresada así:

“El Estado quedaba fundamentalmente diferenciado de la Nación, porque el Estado era una organización política, un poder independiente en el exterior, supremo en el interior con fuerza material de hombres y dineros para mantener su independencia y su autoridad.”

De ahí, el que ambos conceptos no pudiesen equipararse, ni confundirse. Prat de la Riba citaba como ejemplos Polonia, Grecia y Hungría. Modernamente, la historia ha aportado nuevos casos ejemplares.

De todo ello deducía Prat de la Riba las siguientes conclusiones, que son, en definitiva, el credo catalanista de hoy y la razón de que el catalanismo, el regionalismo, haya adquirido en las luces lustrales de un bautismo científico el nombre de nacionalismo, que es el que, ciertamente, mejor le cuadra:

“Las relaciones de la Nación con el Estado, la tendencia de cada Nación a tener un Estado propio que traduzca su criterio, su sentimiento, su voluntad colectiva; la anormalidad morbosa de vivir sujeta a un Estado, organizado, inspirado, dirigido por otra Nación; el derecho de cada Nación a constituirse en Estado y la determinación del dominio propio del Estado federal en las Federaciones o Estados compuestos, todo fluía naturalmente; no era preciso otra cosa que relacionar la nueva concepción con los principios de la ciencia política”.

Está ahí, en vigorosa síntesis, todo el contenido del catalanismo. Los esfuerzos, intentos y actividades dirigidos a esa relación de las concepciones nuevas a los principios de la ciencia política, constituyen su historia.

Basta todo lo expuesto para comprender clarísimamente el movimiento nacionalista catalán. Cataluña tiene plena conciencia colectiva de su nacionalidad (hecho biológico) y en obediencia a un derecho natural e histórico, aspira a tener un Estado propio que traduzca fielmente su personalidad (fórmula jurídica).

Por tanto, en cuanto a partido político, el partido nacionalista catalán, en su actuación, aspira no sólo al reconocimiento de Cataluña, como Nación, sino de Cataluña, como Estado. De la diversa extensión e intensidad con que se aspira a este Estado, en relación a una España federada o con independencia de ella, nacen las diferencias y discrepancias de que luego hablaremos.

Pero, virtualmente y en puridad ideológica, el problema queda planteado tal como hemos dicho. Y concretando hasta su última posibilidad los términos, podríamos añadir que la cuestión catalanista se enuncia así: Cataluña, Nación que aspira a constituir su Estado propio, contra España, Estado que se niega incluso a reconocer a Cataluña como Nación.

Esta situación ha sido definida antes de ahora, de tan magistral manera por autoridad indubitable, que no parecería com-

pleto este bosquejo sino recogiéramos aquí íntegramente su sentido.

El gran escritor americano José Enrique Rodó, al pasar por Barcelona, durante el viaje postrero de su vida terrena, celebró una conversación con el ilustre político nacionalista D. Juan Ventosa y Calvell que, en unión de D. Francisco Cambó, ha llevado la responsabilidad de la política catalana en estos últimos años, como habremos de comentar en seguida. Rodó recogió con genial y generosa fidelidad estas palabras de Ventosa:

"...la España actual, que es un Estado único, no es, ni con mucho, una única nacionalidad, sino un mal armonizado conjunto de nacionalidades. Alrededor de la hegemonía de Castilla, que razones de transitoria oportunidad justificaron o explicaron a su hora, conviven pueblos distintos a quienes la tutela castellana ha privada políticamente de su autonomía, pero no ha podido despojar de su naturaleza y su carácter. Cataluña que dentro de la actual organización española no constituye siquiera una unidad administrativa, es clarísimamente una unidad histórica, y única, viviente, una unidad espiritual, creadora de un idioma y de un derecho, inspiradora de un arte que atestiguan las obras de sus arquitectos y de sus poetas. Es, pues, consiéntalo o no la voluntad de los hombres, una nacionalidad".

Y añadía después:

"Puesto que esa originalidad no tiene aun su satisfacción y complemento en la autonomía política que se nos niega y en la espontaneidad jurídica que, en parte, se nos ha arrebatado, afirmamos ser una nacionalidad oprimida. Y puesto que no nos conformamos con que alcance a nuestros hijos la falta de esos bienes, tenderemos a reivindicarlos" (1).

Queda con todo esto, según creo, explicada suficientemente la ideología del nacionalismo catalán.

---

(1) *El Camino de Paros*. — José Enrique Rodó. — Editorial Cervantes, 1918.

\* \* \*

He aquí, pues estructurada, una realidad. No vaga y declaratoria, no puramente política y verbalista, no artificiosa y fingida, sino profunda, étnica, racial y consciente, cada día más extendida, esta realidad ha gravitado sobre todo desde hace unos treinta años en que las doctrinas nacionalistas adquirieron normal vertebración, de un modo innegable y a veces decisivo en la política general española.

Y es porque, frente a los viejos partidos políticos españoles, sin arraigo en la opinión, sin ideología ni contenido, el nacionalismo catalán ha sido más que un partido, ha sido y es, como lo dijo Ventosa a Rodó "una conciencia nacional en acción".

Por lo mismo que es un hecho biológico la conciencia de la personalidad de Cataluña se ha pluralizado y extendido. En el fondo de todo buen catalán —no cuentan los traidores arribistas ni los politiquillos trepadores— hay un catalanista.

Pero se equivocaría quien juzgase por la verdad indiscutible de esta afirmación, que existe unanimidad absoluta, en la política, en la estructuración del problema al encararlo con la realidad. La diversidad se inicia, no en el sentido, sino en el procedimiento.

El alma catalana es libertad; pero quizá por eso mismo, cada catalán se toma la libertad de ir hacia ella libremente por el camino que gusta de abrirse él mismo. Y así, el pueblo catalán, tan ardoroso y unánime en las manifestaciones colectivas, es profundamente individualista; del mismo modo, práctico y utilitario, es un pueblo esencialmente sentimental.

Esta inquietud, esta separación, producidas en la rebusca colectiva de la libertad, ha producido varios modos o cre-los sustantivos de catalanismo. La pugna entre ellos ha robustecido la fe catalanista, la ha extendido y la ha fortalecido.

Primero fué agruparse, estrecharse, abrazarse todos en un mismo ideal, tan amplio y tan concreto además, que era un infinito con límites geográficos; después ha sido —frente a la evo-

lutiva serenidad de unos, la impaciencia de otros— la tentación de nuevos caminos tan viejos como el mundo.

Si dejamos a un lado la ingénuu equivocación del Sr. Maciá (1), caudillo intrépido de un ejército fantasmal (a quien cuadra ciertamente la fórmula que Andreiew dió a sus *sobrinos*, “dos pasos al frente, un paso atrás”) podemos considerar en el catalanismo actual, desentendiéndonos un poco de las clasificaciones partidistas, tres grandes núcleos distintos:

a) El catalanismo infuso, puro, sin nomenclatura, ni orientaciones partidistas. Siente en lo más vivo del alma, como algo primario y fundamental, la personalidad nacional de Cataluña. Se llaman sus creyentes *catalanistas* a secas. Por lo mismo que no repugnan ningún procedimiento con exclusión intransigente de cualquier otro, estos catalanistas o no militan en ninguna zona de actividad, esperando el santo advenimiento en el recogido fervor de sus corazones, o se alistan circunstancialmente en grupos distintos, según les dicta la impaciencia, la esperanza o el desaliento. Pero su ideal catalán les lleva a un servicio constante, tenaz, empeñado y fervoroso de Cataluña. En todas sus actividades, el nombre y la causa de Cataluña son finalidad y objeto. Cualquier acto de su vida responde a esto, aun por muy apartado de la política que sea.

A este catalanismo profundo, cordial, pertinaz, perseverante y fervoroso, pertenece, en el fondo, y con máximos privilegios de excelencia el ex senador D. Luis Durán y Ventosa. Afiliado al grupo que vamos a nombrar en seguida, es, no obstante, catalanista *per se* y político por *accidens*. Su habilidad sutilísima — famosa en España — no es artificio político sino convicción catalanista; sacrificaría cualquier éxito personal a un paso hacia adelante en las reivindicaciones catalanas, aunque el triunfo aparente fuese para su mayor enemigo. Si no hubiese existido el catalanismo, él lo habría inventado. Todos los minutos de

---

(1) Francisco Maciá, por quien siento un profundo respeto por la sincera convicción de sus ideales, vive alejado de la patria, donde la vida le sería imposible por las persecuciones decretadas contra él, es políticamente, en el terreno de las realidades, un visionario. Cree que debe liquidarse el problema catalán en el terreno de la violencia organizando un ejército, de milicianos nacionalistas. Es francamente extremista. Cataluña le debe sacrificios personales, el abandono de la carrera militar. Es un gran patriota; pero un político nulo.

su vida son catalanismo en acción; ha sido, además, uno de los mejores, más atinados y profundos definidores del credo catalanista, en su obra, de verdadero contenido doctrinal *Regionalisme i Federalisme*. Ha desempeñado en Cataluña, siempre afiliado a la *Lliga Regionalista*, multitud de cargos políticos. En todos ha merecido el aplauso.

b) El catalanismo nacionalista. Es propiamente el catalanismo constructivo. El de la evolución ascensional hacia la integral autonomía de Cataluña, como nación dentro de la federación ibérica. Sobre todas las formas de gobierno, monarquía o república y sobre todas sus cualidades, bueno o malo, plantea la previa cuestión del gobierno propio. Pero no la plantea de una vez, con intransigencia, sino aprovechando todas las propicias coyunturas que, sin romper la convivencia con el resto de la Península, van dando a Cataluña no sólo razones en favor del reconocimiento de su personalidad, sino, además, con utilidad de todas las ventajas posibles, medios cada vez más eficaces para el desenvolvimiento de esta personalidad y para el libre y propio régimen de la misma.

Este es el catalanismo llevado a la política práctica por la *Lliga Regionalista* y dirigido en estos últimos tiempos, en mi sentir con tanto acierto como heroico sacrificio, por el gran patriota Francisco Cambó, secundado por hombres de tanta capacidad y de tan sensible percepción de los problemas como el ilustre Ventosa.

Estos dos grandes políticos, de una catalanidad indiscutida y ejemplar, han sido, con Durán y Ventosa, los directores de la política catalanista en estos últimos años, recogiendo el credo sustancial de Prat de la Riba.

El órgano periodístico de este partido es *La Veu de Catalunya* y su lema el de la Cataluña grande en una España grande. Pero de esto hablaremos más adelante.

c) El catalanismo separatista. Es el extremismo intransigente. Al *tot o res* (todo o nada) de la vieja *Unió Catalanista* le ha dado un nuevo sentido. *Tot* por la Cataluña pequeña, *res* por la España grande. (Conviene advertir, de paso, que esta concepción de la *España grande* para resolver el problema catalán fué la última manifestación política, algo como el testamento

doctrinal del gran Prat de la Riba). Este separatismo, esta manifestación política, algo como el testamento doctrinal radical del catalanismo, es la que defienden desde *La Publicitat* los dirigentes del nuevo grupo titulado Acció Catalana.

El concepto no ha menester nuevas aclaraciones. El nombre de separatismo es suficientemente expresivo.

*Acció Catalana* se ha levantado frente y contra la política conciliadora y constructiva de la *Lliga Regionalista* y de Cambó, el pendón altivo de la separación, *Acció Catalana* se desentiende de España y le vuelve la espalda.

Sin embargo, ya se habrá advertido que los tres modos de catalanismo a que me he referido tienen una coincidencia profunda: la reivindicación de la personalidad nacional de Cataluña. A esta verdad pura y primaria tienden todos ellos por unos u otros caminos.

Como ya he indicado estas diferencias nacen de la intensidad distinta o de la varia extensión que, frente a la realidad de España se pretende dar por unos y otros, al Estado que corresponde, por derecho propio a la Nación catalana. Quizá reduciendo la cuestión a sus términos más sintéticos la diferencia estriba en si se cree en la necesidad de crear una Federación ibérica o de prescindir de ella. De contar o no contar con España. Naturalmente, las distintas posiciones dependen del concepto que se tenga de España, como entidad, como estado.

Situado en este plano, el problema tiene unos términos sencillos, rotundos, clarísimos. ¿España es una realidad viva? ¿España es una grandeza muerta? He ahí los dos interrogantes que abarcan la trágica cuestión. De la distinta manera de contestarlos nacen las dos opuestas corrientes del catalanismo. Y toda la dificultad, toda la terrible angustia del problema estriba precisamente en que, España, puede ser calificada, con truculencia de melodrama o de folletín, como la *muerta viva*.

Naturalmente, partiendo de la creencia en una España viva, aunque debilitada por sus reveses, desorientada por sus políticos, insensibilizada por su inercia, la fuerza dinámica del catalanismo se encauza de muy distinto modo que si arranca de la desoladora creencia en una España muerta e irredimible; tenemos ahí la diferenciación básica. Dicen unos: Puesto que España es una

cosa viva, infinitamente descaecida, fortalezcámosla, hagámosla fuerte, restituyámosla a su natural conciencia, a su propio vigor para que, logradas estas condiciones, tenga suficiente fuerza, serenidad y conciencia bastantes para resolver el problema de las nacionalidades ibéricas. Es la teoría de una Cataluña grande en una España grande, propugnada por Cambó y seguida por la *Lliga Regionalista*. Dicen otros: puesto que España es una cosa muerta, desentendámonos de ella; hay que volverle la espalda, prescindir de ella y resolver por nosotros mismos nuestro problema. Es la teoría de abandonar el ideal de una España grande de cara a una Cataluña pequeña, propugnada por Rovira y Virgili y seguida por el nuevo grupo de Acció Catalana. Tiene, quizá, su origen en una conferencia pronunciada hace tres años o cuatro por el señor Bofill y Matas, uno de los poetas más extraordinarios de que puede ufanarse la Cataluña contemporánea, cuando era vicepresidente de la Mancomunidad y estaba afiliado todavía a la *Lliga Regionalista* (1). La otra teoría emana directamente del claro manantial encauzado por el genio de Prat de la Riba. Léanse por ejemplo, algunas de las palabras con que el gran catalán terminaba su libro *La Nacionalitat Catalana*.

“Si el ideal complejo que enciende en nueva e intensa vida las energías catalanas; si el nacionalismo integral de Cataluña sigue su camino, y consigue despertar con su impulso y su ejemplo las fuerzas aletargadas de todos los pueblos españoles; si puede inspirar a estos pueblos fe en sí mismos y en su porvenir, se redimirán de la actual decadencia y el nacionalismo catalán habrá dado cumplimiento a su primera acción imperialista”.

Cambó y los hombres de la *Lliga Regionalista* representan la realización, la interpretación práctica de esta política. La intervención en la política general española, adaptada a las circunstancias — oposición a los Gobiernos o participación en ellos — y aprovechadora de todas las ventajas que ellas han ido ofreciendo, no obedece a otro propósito.

Durante algún tiempo fué unánime la esperanza. Acompañaba a Cambó la total pluralidad de las ansias catalanas. Y en algunos instantes pareció que la muerta viva se incorporaba en la

---

(1) *Les juventuts catalanes*. Publicaciones de *La Revista*. Barcelona, 1919.

yacía y se atrevía a afrontar con ávida mirada la maravilla del porvenir. Se alzó el credo de una nueva Covadonga. Después, la enferma descaecía de nuevo y en las pupilas febriles se apagaba el vigor. ¿Seguir adelante? En el umbral estaba el cuerpo tendido impidiendo el paso. ¿Pasar por encima, pisotearla? ¿Arrastrarla, contra su propia voluntad, hacia los lejanos horizontes? ¡Ay! A cada nuevo intento, la muerta se sentía viva, se erguía iracunda y febril, histérica y declamatoria, con la desesperada energía de los esfuerzos supremos. Y todo volvía a su quieta desolación terrible.

Fueron inútiles, en orden a una comprensión y a un acercamiento en el terreno práctico de una solución armónica los esfuerzos del catalanismo para llegar a un resultado feliz, para convencer a España, o por lo menos a sus políticos y gobernantes de que era preciso enfocar el problema con ánimo, no desdeñarlo, no de aparentar desconocerlo, sino de resolverlo mediante una fórmula jurídica de buena avenencia.

Todo ello produjo los efectos naturales y obligados. La política de Cambó fué careciendo para Cataluña o al menos para una parte de Cataluña de justificaciones prácticas y remuneradoras. La muerta viva o, si se quiere, los gobiernos centrales no respondían con la eficacia vivaz que se deseaba a la reiteración, infatigable y entusiasta, de tantos esfuerzos. En opinión de muchos, la política constructiva no llegaba a pasar de los cimientos. Claro está que, para otros, estos cimientos eran ya, tanto como una realidad, una halagadora esperanza.

La impaciencia frenética prendió en el impulso sentimental y surgió la escisión de los intransigentes. El ideal de la Cataluña pequeña de espaldas a España tuvo ya su vertebración en la práctica política. *Acció Catalana*, surgió a la vida pública, y su credo separatista, radical, extremista o intransigente tuvo medios de expresión, partidarios militantes y a los pocos meses de su constitución ganó unas elecciones.

En este momento se produce el hecho trascendental de la retirada de Cambó. Hombre sensible a las realidades, nuestro gran político, al ver triunfante por mayoría el credo contrario al suyo, se apartó a un lado.

Esta renuncia ha agudizado los términos del problema. Para

la *Lliga Regionalista* es un incidente lamentabilísimo, el más lamentable que ha sufrido después de la muerte del gran Prat de la Riba.

Para *Acció Catalana*, ha significado la inminencia de un ejercicio político, la necesidad de una concreta aplicación a la realidad de los postulados extremistas que propugna su radical intransigencia.

Para Cataluña entera, esta retirada de su gran conductor, este voluntario ostracismo de su más alta figura, esta mudez de su claro y rotundo verbo definidor representó la declaración paladina de que con la España actual, con la exterior y activa formulación política de España habrán fracasado todos los intentos de una política intervencionista. Le cerraban todas las posibilidades. Pero no han deducido de esta desoladora y patente imposibilidad los hombres de la *Lliga Regionalista* que falle en lo sustantivo su credo político, sino que es preciso cambiar la estructura política de España y derribar las viejas oligarquías que la gobiernan. Era preciso arrinconar la vetustez caduca y corrupta de la política española y abatido este obstáculo levantar un nuevo régimen.

Se estableció, así, una coincidencia. Lo mismo los separatistas que los nacionalistas están virtualmente conformes en que la labor previa, la primaria y más urgente necesidad consiste en acabar con los procedimientos políticos, con la corrupción política que desde hace tantos años, viene desangrando a España.

\* \* \*

De todos modos, es evidente que había surgido un hecho aparentemente nuevo: el separatismo, — fantasma espectral con que en Madrid entretuvieron, hostilizaron y envenenaron el problema, — surgía en Cataluña a la vida pública, a faz descubierta, con plena conciencia de su significación.

Aparte todos los antecedentes que según habrá podido intuir el lector se desprendían de todas las vicisitudes que acabamos de relatar, un hecho trascendental justificaba, a ojos de muchos, esta aparición efectiva del separatismo: el fracaso de los esfuerzos — colectivos casi hasta la unanimidad — conducentes

a que el Estado español aprobara el *Estatuto Regional* presentado al gobierno de España, "con el voto favorable de más del 98 por 100 de los ayuntamientos de Cataluña, votación unánime que jamás en país alguno obtuvo ningún ideal sometido a plebiscito" por la totalidad de su representación parlamentaria y regional presidida por el presidente de la Mancomunidad de Cataluña, Sr. Puig y Cadafalch, el 29 de noviembre de 1918. En este *Estatuto*, estructurado en cuatro bases ("Del territorio de Cataluña", "Del gobierno regional de Cataluña", "Medios económicos" y "Régimen transitorio") se definía y reglamentaba la aspiración concreta y mínima de autonomía. Cataluña presentaba una fórmula de concordia, una posibilidad de solución, ya vertebrada y regulada.

No fué posible la avenencia (1). Aquel último aldabonazo fué desoido también.

En varias ocasiones se han esforzado los catalanistas que militan en la *Lliga Regionalista* en resucitar el Estatuto. En la última legislatura, retirado ya Cambó de la vida pública, y surgida a ella *Acció Catalana*, el senador Durán y Ventosa, en un discurso en la Alta Cámara y pocos días después de declarar *Acció Catalana* ante el Tribunal Supremo de Justicia, por boca de uno de sus más cultos componentes, su credo separatista, exponía esta realidad de una efectiva corriente de separatismo en Cataluña, argumentando en la siguiente forma. Los pueblos no reclaman la autonomía o la independencia por capricho, sino como instrumento para conservar su personalidad colectiva, sus esencias nacionales. Es evidente que si se realizase el ideal de la Lliga (en su forma mínima y de inmediata realización se concretaba a la aprobación del Estatuto) es decir si Cataluña no hallase ningún obstáculo al libre desenvolvimiento de su personalidad nacional, no habría en Cataluña ningún separatista. Pero es evidente también que si Cataluña no halla en el Estado español la efectividad de este desenvolvimiento, la buscaría fuera.

Y esta cultura es, en esencia la doctrina de *Acció Catalana*

---

(1) Diversas, numerosas y significativas causas contribuyeron a ello. Su historia — expresiva y ejemplar — es interesantísima pero alargaría todavía más este artículo puramente informativo.

que nació a la vida política precisamente por creer sus partidarios que el desenvolvimiento de la personalidad nacional de Cataluña hallaría siempre obstáculo insuperable en la hostil incomprensión del Estado español.

Aunque este partido catalán extremista nació en la llamada "Conferencia Nacional Catalana" celebrada en los primeros días de junio de 1922, el documento en que puede considerarse detallado y por primera vez expuesto el programa político de la *Acció Catalana*, es la conferencia que con el título "Els camins de la llibertat de Catalunya" pronunció en el Ateneo Barcelonés el 14 de setiembre de aquel año el señor Rovira y Virgili, espíritu catalán perfecto y hombre cultísimo, especializado en el estudio de los problemas nacionalistas. En ella decía el señor Rovira y Virgili:

"Nosotros no condicionamos el nacionalismo a ninguna forma de Gobierno; tampoco podemos condicionarlo a ninguna forma de combate. No podemos ser violentos de un modo sistemático; pero, no podemos rechazar la apelación a la violencia. Ningún pueblo, ninguna religión han podido renunciar al precio de la sangre y aquellos que, por sentimientos religiosos, se sintiesen opuestos a una posible apelación a la violencia, recuerden que Cristo murió, manchada su carne por la sangre roja y que la sangre es la señal de la redención. Todos quisiéramos que el problema catalán pudiese ser resuelto sin sangre y sin violencia; pero ello no depende de nuestra voluntad, los tiempos han de decirlo."

Este es, pues, el catalanismo *incondicionado*.

Clarísimas están, después de todo lo expuesto, las discrepancias y las coincidencias. Entre estas últimas y como aglutinante poderoso e indestructible, hay que tener en cuenta, en primer término, la conciencia de la personalidad nacional de Cataluña y la necesidad urgente de acabar con la situación política de España, derribando el tinglado con estrépito y con definitiva eficacia.

\* \* \*

Esta última coincidencia, que explica una unanimidad de criterio en el modo de juzgar en Cataluña la política española, ayuda a comprender también la favorable acogida que obtuvo el golpe de Estado promovido el 12 de setiembre de 1923 por el general D. Primo de Rivera y Orbaneja, en la actualidad jefe del gobierno español y en aquella sazón capitán general de Cataluña.

Si toda España deseaba un cambio en las costumbres y en los modos de la política, Cataluña, más castigada y perjudicada, deseábalo más que cualquier otra tierra de España. En este sentido, pues, el éxito y la adhesión hubiesen acompañado a cualquier otro movimiento, a no importa que otra audaz iniciativa que hubiese tenido, inicialmente, idéntico propósito.

Además, el manifiesto hecho público el 13 de setiembre por el general Primo de Rivera en Barcelona era halagador para los catalanes. Aparte de declararse su autor catalanizado de espíritu y prometer una urgente y bien entendida nueva organización regional (que aun no se ha realizado) que permitiese a las *regions* el libre desenvolvimiento de sus peculiaridades, el general supo incluir en los párrafos de su prosa eficaz todo lo que podía, en aquella hora de renovación, ser grato al espíritu de libertad de Cataluña.

Derrumbado con el golpe de Estado, el obstáculo tradicional, en tales disposiciones el caudillo derribador, Cataluña podía creer que había llegado la hora de hallar el cauce por donde naturalmente fluirían, fortificantes y fortificados, sus seculares anhelos.

Y lo creyó durante algunos días. Todos los catalanismos, en efecto, podían abrir el pecho a la esperanza. La coincidencia esencial, el básico anhelo colectivo empezaba a cumplirse.

Pero, a los cinco meses y medio de actuación del Directorio Militar que actualmente intenta gobernar a España, las cosas han cambiado mucho. Y hoy Cataluña tiene, en este sentido, menos esperanza que nunca.

Lejos de cumplirse los felices augurios y de realizarse las

gratas promesas, el régimen político en que vive Cataluña es más restrictivo, menos libre, más intransigente que nunca.

Devuelta la Mancomunidad ha sido entregada a la vanidad incompetente de sus enemigos que, como zafios criados disfrazados de señores se entregan, con peligro de instituciones esenciales para la cultura catalana, a la baja satisfacción de sus pueriles apetencias. Le prohíbe el uso del catalán en los actos públicos y oficiales, se le borra de los carteles, de los mojones de los caminos construídos por la Mancomunidad y se le persigue hasta en el seno de las corporaciones. Se han clausurado casi todos los centros catalanes, aun aquellos que ninguna relación tuvieron nunca con las agitaciones políticas pero que, catalanamente, en catalán fueron bautizados. Se prohíbe el uso, legal y siempre consentido, de la bandera regional; se llega hasta la persecución de las danzas y de las canciones genuinamente catalanas. No se atienden las reclamaciones que respetuosamente se elevan al poder dictatorial. Se encarceló a centenares de ex concejales y ex diputados provinciales por el hecho de haber firmado o votado, en sus sendos ayuntamientos o cabildos provinciales, hace unos dos o tres años, una proposición — aprobada por la casi totalidad de dichas corporaciones — en que se elevaba a los poderes centrales la afirmación de la conciencia que Cataluña tenía de su personalidad nacional (1).

Basta esta enumeración — que podría ser más detallada — para hacerse cargo de la situación actual.

Una secreta angustia tortura el corazón de los catalanes. Sin libertad de emisión; el pensamiento condensa una coincidencia unánime, pero en opuesto sentido a la inicial. El extremismo más radical se va acentuando en esta escuela de separatismo que semejante proceder político, ciegamente instituye.

La opresión siembra rencores y odios. Nadie en Cataluña puede sentirse apartado de la gran inquietud que todo esto despierta y el malestar colectivo no es precisamente propicio en esta

---

(1) Hay que advertir que estas detenciones se han efectuado siendo subsecretario de la Gobernación el general D. Severiano Martínez Anido, el mismo que, ocupando el Gobierno Civil de Barcelona, transmitió en su día al Gobierno los acuerdos que hoy se consideran delicativos.

hora para afianzar lazos de amor y concordia con el resto de España.

La política del Directorio dará los frutos que haya que dar. Cataluña es maestra en la espera; pero resuelta en la hora de la acción. En la confusión y en el dolor sabe hacerse luz con el propio fuego que la consume. Con sus paciencias alimentadas nutre su impaciencia combativa.

Y sobre todo Cataluña tiene conciencia de sí misma. En este momento de su historia sabrá no olvidarlo. Pase lo que pase, Cataluña se salvará a sí misma, gracias precisamente a esa virtud étnica, racial y sustantiva de la *catalanidad* de todos sus hijos, sentimiento y fuerza que ata, consolida, afianza y reúne todos los catalanismos. Hija de sí misma, madre de su propia energía gloriosa, Cataluña, tierra de libertad y de gracia, de áspera dulzura materna, tiene conciencia de sus propios destinos y seguridad de su exacta naturaleza. Sobre todas las cosas cree en esta virtud. Ella salvará a mi tierra catalana que, diciéndolo al modo de Eça de Queiroz, "entre todas las tierras sea siempre bendita y alabada".

RAFAEL MARQUINA.

## CARTAS DE ESPAÑA

### La cuestión militar

**E**L Estado español está infectado de militarismo. Esto no quiere decir que España sea una potencia militar respetable. Muy al contrario; gastando, como gasta, en sostener su ejército mucho más — en proporción a sus recursos — que cualquier otro país europeo; manteniendo una oficialidad de veinte mil individuos y un Estado Mayor General bastante, por el número, para mandar los ejércitos de Guillermo 2.º, se halla prácticamente indefensa. Si un pueblo regularmente armado la atacase, España no podría por sí sola, con sus recursos y su organización actuales defender la integridad del suelo nacional. Soporta por gastos militares una carga pecuniaria formidable; ha consentido, por sostener lo que llaman “prestigio” del ejército mutilaciones en su libertad, como las que impuso la ley de jurisdicciones (1905), todavía en vigor; ha dejado a los militares campar por sus respetos, sindicarse, administrarse y organizarse a su antojo; y cuando un puñado de moros, mal armados y sin organización, se ha atrincherado en los cerros del Rif o de Yebala, ciento cuarenta mil soldados, con sus tanques, sus lanzallamas, sus gases asfixiantes no han podido sujetar, en tres años, la rebelión. La realidad es esta: España se arruina y se esclaviza en obsequio de un ejército que no sirve para nada. Para nada bueno, se entiende. A los oficiales del ejército les indignaría esta verdad, que es, no obstante, una verdad de experiencia: los “institutos armados” han sido el mayor obstáculo para el progreso de España y los verdugos de su libertad.

En ningún país se habrá festejado, adulado y mimado al ejército tanto como en España, ni con menos motivo. Se le ha

substraído, bajo penas severas, a la libre discusión; se le ha otorgado privilegios desusados; parecía, en la decadencia general, el relicario de la virtud, el tabernáculo del patriotismo; se ha llegado incluso a aceptar la leyenda de que las libertades constitucionales las había traído el ejército. Quizás por eso se ha decidido a quitarnos lo que graciosamente nos había dado. Para un espíritu reflexivo, el hecho de que los militares españoles se hayan pasado el siglo diez y nueve promoviendo conspiraciones y pronunciamientos, no es prueba de liberalismo, sino de caudillaje y de indisciplina, enemigos de un Estado normal, y, en definitiva, los peores enemigos de la libertad civil y de la igualdad. Es cierto que algunos generales se sublevaron contra la tiranía de Fernando VII, bisabuelo de Alfonso XIII; todos perecieron en el patíbulo; y si después algunos caudillos se sublevaron en favor de una Constitución liberal, otros se pronunciaron por el absolutismo, de suerte que, ateniéndonos sólo al aspecto formal de la Constitución del Estado se vería, haciendo un balance, que el ejército le ha dado a España tantos déspotas y tiranos como libertadores. Un grupo de generales, enojados con Isabel II la destronó. Otros generales, con Martínez Campos, restauraron a los Borbones. Antes, el general Pavia había disuelto a tiros las Cortes republicanas. La república española, único régimen libre y popular que ha conocido este país, murió a manos de los soldados. Y es de creer que la proeza sea una de las más brillantes de nuestro ejército, porque el general Primo de Rivera, que ha derrocado por teléfono la Constitución, ejecutando valientemente los deseos del rey, recibió de manos de un grupo de admiradores, como recompensa, la espada del general Pavia.

El ejército ha visto minada la base de su organización por los resultados de las guerras civiles y coloniales y por la astuta desigualdad en el reparto de las cargas militares; achicada su capacidad intelectual por el sistema de reclutamiento de la oficialidad; arruinada la disciplina por la flaqueza de los gobiernos, que lo toleraban todo, y por los halagos e intromisiones del rey; y corrompida su moral, por la impunidad en que las faltas más graves (incompetencia, concusiones, desfalcos), han quedado. En España es tradicional recompensar a los generales por las batallas que pierden o que no dan. De las guerras civiles y colonia-

les han salido docenas y docenas de "grandes jefes" que no habían hecho, en los casos más favorables, otra cosa que dejarse agujerear el cuero por una bala perdida. Al concluirse cada guerra civil, el ejército regular absorbía a la oficialidad insurrecta, reconociendo sus grados y empleos; las guerras coloniales (dos largas guerras en Cuba, una guerra en Filipinas), producían una oficialidad improvisada que venía luego a engrosar los cuadros ya plétóricos de la Península. Por no disgustar al ejército (es decir, a los oficiales), único sostén de la monarquía, no se reformaba seriamente la organización; se creaban unidades y cuerpos en el papel para dar empleos a la numerosísima oficialidad; pero el ejército no estaba contento: primero, por el escozor de sus fracasos en las colonias; segundo, por la paralización de las escalas. La intervención en Marruecos fué adquiriendo poco a poco, desde 1909, los caracteres de una gran campaña, incubadora de desastres, no sólo por el deseo de hacer carrera que animaba a los oficiales, sino por el afán de recobrar la reputación, maltrecha en Cuba y Filipinas. No podríamos asegurar que este segundo punto del programa les haya salido tan bien como el primero.

Los gobiernos parlamentarios de la Restauración y de la Regencia tenían al ejército y lo adulaban para que no conspirase contra la monarquía. Alfonso XIII, al llegar a la mayor edad, se vistió de uniforme, se calzó las espuelas, y se puso a gobernar solo las cosas militares. El ejército fué, por su influjo, cada día menos nacional, cada día más palatino. El rey daba los destinos y escogía a los generales. Los ministros de la guerra, militares todos, condescendiendo con el rey, y a espaldas del Parlamento, se creaban clientelas entre la oficialidad. El régimen era de favoritismo y de protección a familias privilegiadas. Cundió el descontento entre los no favorecidos. De esto, y de los primeros fracasos en Marruecos, que anunciaban la catástrofe de 1921, surgieron las Juntas de Defensa. En 1907 los oficiales, sindicados, se sublevaron (1.º de junio). Hubo gentes tan necias y tan pedantes que saludaron aquel movimiento como el principio de una nueva era en España. No fué más que la iniciación del movimiento que ha terminado ahora en el golpe de Estado, bajo el que gime la nación.

Los gobiernos se sometieron a las Juntas, que no quisieron

apoderarse ostensiblemente del mando. Durante seis años, los oficiales sindicados han deshechos ministerios, impuesto leyes y reformas al Parlamento, trazado planes para Marruecos. Ni el Parlamento se atrevió a sojuzgarlos, ni los periódicos osaban nombrar a las Juntas, valiéndose de perífrasis ridículas para designarlas. Tal es el pavor que infunde la ley de represión de 1905. Pero en lo más fuerte del imperio de las Juntas, ocurrió en Melilla la catástrofe de 1921. A favor del descrédito que estos sucesos echaron sobre ellas, las Juntas pudieron ser disueltas oficialmente; pero la cuestión no hizo más que cambiar de nombre. El pueblo pedía el abandono de la campaña militar en Marruecos y el castigo de los culpables. Las Cortes y el ministerio se movían perezosamente en esa dirección. Pero el sentimiento público se encrespaba cada vez más, y era evidente que iba a ventilarse la gran cuestión implicada en el problema militar de España: o la libertad o el despotismo; o el ejército o la nación. Mientras a los militares les han dejado hacer su voluntad o les han consentido gobernar detrás de la cortina, se han abstenido de violar abiertamente la Constitución y de apoderarse del mando. Pero a mediados del año 1923, cuando la comisión de los veintiún diputados comenzaba a investigar las causas del desastre; cuando llamaba a declarar a generales y oficiales y se descubrían incontables miserias; cuando el rebote de las responsabilidades alcanzaba al rey y el amor propio de los militares iba a sufrir una chafadura intolerable, fué evidente que la crisis se precipitaba, y que los dueños de España arrojarían la máscara violentamente, para impedir que la nación, en uso de sus derechos y por los órganos de su representación legítima, hiciese justicia y sacudiese el yugo que venía sufriendo.

La crisis se produjo en la forma que referí en la revista *Europe* (noviembre 1923) (1). En España mandan actualmente, sin disfraz, los que desde hace años vienen mandando: el rey, con sus militares. Toda la cuestión está en saber quien puede más dentro de esa alianza, quien está sometido, o en qué medida se reparten el poder. El rey dice, en privado y en público (discursos de Valencia, de Barcelona, de Córdoba), que "se ha jugado la

---

(1) Dicho artículo, enviado como el presente por el autor, fué publicado en el N.º 176 de *Nosotros* (enero, 1924).

corona, pero que está muy satisfecho de lo sucedido, porque el país iba a la ruina". Lo cual puede ser verdad en todas sus partes, sin que la conducta de unos y otros se justifique.

En suma: España está hoy acogotada, más que gobernada por su ejército. Sin Cortes, sin prensa, sin jurado, sin libertades de ninguna especie; por todas partes generales y oficiales: en los gobiernos civiles, en las direcciones generales, en las subsecretarías, en los "chef-lieus" de cada distrito, ¡hasta en la dirección del matadero de Madrid! Se gastan millones en Marruecos y se suprimen conserjes en los ministerios; se clausuran escuelas y cátedras, se cierra el Ateneo (la histórica institución cultural de Madrid) se persigue el uso de la lengua catalana, se difama a los políticos que formó el rey, su antiguo amo, y se amenaza continuamente con crueles escarmientos. En fin, Miguel de Unamuno, el gran escritor, acaba de ser destituido de su cátedra en la universidad de Salamanca y enviado entre policías a un islote de las Canarias. En la misma nota oficiosa donde Primo de Rivera publicaba la deportación de Unamuno, se defendía de las murmuraciones que ha provocado al intervenir cerca del juez en favor de una mujer pública apodada la Caoba (presa por expender cocaína), diciendo que él, Primo de Rivera, "ha sido siempre benévolo con las damas y tiene a gala haber defendido a una *señorita alegre*..." Tal es el rango de este régimen, y tal es el trance en que se encuentra España, que devora los amargos frutos de un militarismo tan imbécil como ruinoso.

X. X. X.

Madrid, 1924.

## EL ASUNTO DEL ARZOBISPADO Y LA OPINION INDEPENDIENTE

**E**N este asunto del arzobispado pasa algo que sería curioso si no ocurriese igual desde algunos años a esta parte con todos los asuntos que afectan intereses personales o en que está en juego el chauvinismo: todo lo que se publica, por lo menos en los órganos importantes que aparentan traducir la opinión pública — y que tanto contribuyen a formarla — dando la impresión de existir una opinión general, está en perfecta contradicción con el juicio de la mayoría. Por una parte nadie quiere ganarse enemistades publicando lo que piensa; y por otra es difícil encontrar publicidad para opiniones sinceras e imparciales cuando afectan a intereses personales o cuando se va contra la corriente de nuestro nacionalismo criollo.

Es así que la verdadera opinión pública independiente ha estado del todo ausente en este famoso asunto del arzobispado, aunque tanto se haya hablado a nombre de ella por los fervorosos defensores del Patronato nacional. Siendo de notar, de paso, que tampoco se ha dejado oír con la claridad y franqueza deseables — salvo una publicación descalificada por anónima — la voz de los católicos y de la Iglesia explicando las verdaderas razones que han tenido para oponerse a la consagración del candidato sometido por el Gobierno Nacional, a la designación a la Santa Sede de Roma.

La cuestión del Arzobispado es cosa que interesa principalmente — en realidad aparte de la cuestión moral del Patronato, exclusivamente — a los católicos y a la Iglesia. Y es bien original que la única opinión que no se oye y que no se quiere respetar sea la de los católicos y la de la Iglesia.

No vamos a investigar las condiciones intelectuales, físicas y morales del candidato incluido en la terna por una mayoría del Senado, compuesta por elementos políticos sin significado alguno para los intereses de la Iglesia, y elegido por el P. E. gracias a las influencias que son necesarias en nuestro país para conseguir cualquier nombramiento desde peón de aduana hasta arzobispo de Buenos Aires. En rigor no hacen al caso.

La verdad es que cualquiera que sea la moralidad, el espíritu de humildad, el celo apostólico del candidato elegido, la parte más seria y más respetable de los católicos y del clero argentino, lo consideran — con o sin razón, no importa, repetimos — como un sacerdote mundano, ajeno a todo espíritu de humildad religiosa y de renunciamiento cristiano, que movido por pasiones individuales de ambición y exhibición comprometería fatalmente los intereses de la Iglesia Católica y la seriedad del clero argentino, al que sus mismos enemigos — y más estos que los otros *et pour cause* — deben reconocer una actuación generalmente discreta y correcta.

Podrá discutirse, insistimos, la justicia de esa opinión; pero si se acepta, como no es posible dejar de hacerlo, ante la auscultación de la conciencia de los católicos en general, y la prueba de la actitud decidida de la casi totalidad de los miembros de la Iglesia, que ella existe, no es posible desconocer que merece ser tenida en cuenta por las autoridades y por la opinión independiente.

Más todavía: el hecho mismo de que el candidato rechazado se haya convertido en pendón de lucha de las fracciones, grupos o individuos sin vinculación directa, o apartados y hasta contrarios de los intereses de la Iglesia, es casi la justificación de aquella hostilidad aun en el supuesto de que fuera injustificada.

Así como un socialista es tanto peor para su secta cuanto mejor parece a los contrarios, porque la simpatía en el campo enemigo es casi una prueba de defección; así un sacerdote que merezca el entusiasmo incondicional de los enfriados, indiferentes y hasta descreídos, es perfectamente justo que los creyentes entiendan que no es el mejor elegido para la defensa de los intereses de la Iglesia. Y conste que no hablo de religión porque en todo esto no entra para nada la religión.

Comprendemos el entusiasmo de los liberales. Para ellos el monseñor elegido es el mejor de los candidatos precisamente porque no es el mejor para la Iglesia. Ellos, están, pues, en su justa posición de combate al defender intransigentemente tal candidatura, buscando la desmoralización de la Iglesia. Pero por eso mismo hay que reconocer igual derecho a los católicos y a la Iglesia que lo resisten por idénticas razones desde el punto de vista contrario, con la ventaja a favor de estos que juzgan que obran en salvaguarda de la autoridad y prestigio de la institución a su entender comprometida por la elección gubernativa. De ahí lo absurdo del violento ataque llevado por el nacionalismo a *outrance* bajo el estandarte del Patronato Nacional contra el *non expedit* de la sede romana.

Es cuestión de Patronato y está en juego la Soberanía Nacional se proclama. Y entonces, claro está, tratándose de soberanía nacional, San Martín, Belgrano, Salta y Tucumán, la bandera azul y blanca y hasta la Quiaca.

Pero también es original esto que ocurre con el Patronato. No vamos a hacer la historia del asunto, pero si en dos palabras la síntesis.

La cuestión del Patronato consiste en que mientras el Gobierno Argentino pretende ejercer libremente el derecho de nombrar arzobispo sin la anuencia de Roma, Roma pretende el mismo ejercicio absoluto del mismo derecho; y que en tanto se resuelve la cuestión se ha creado un *statu quo* por el cual el gobierno argentino elige el candidato y trasmite a Roma la elección para que esta le preste el *exequatur*.

Existen pues dos soberanías frente a frente y una beligerancia reconocida en los hechos. El gobierno argentino reconoce la del Papa puesto que le remite la elección. ¿Cómo entonces hacer cuestión unilateral de nacionalismo, prescindiendo de la soberanía extraña — tan respetable como la nuestra para los que la reconocen — y consagrada por la creación del *statu quo*?

Cierto que el gobierno argentino mantiene la integridad de su derecho; pero no menos cierto que con igual intransigencia lo mantiene la Iglesia de Roma; y entonces, creado el conflicto, por falta de uniformidad de opiniones sobre la elección en que ambas soberanías se consideran con derecho a resolver omnipo-

tentemente, lo justo es respetar el derecho contrario, sin perjuicio de hacer respetar el propio, a la espera de una solución amistosa o de un rompimiento.

O nos ponemos de acuerdo o rompemos; pero mientras no suceda una u otra cosa no podemos enojarnos porque no se reconozca nuestro exclusivo derecho, desde que tampoco reconocemos el opuesto.

La verdad — que nadie y menos los seudonacionalistas que en su mayor parte “hacen” de católicos se atreven a tocar — es que el mal radica en la falsedad de la posición.

Los intereses de la Iglesia, pertenecen exclusivamente a la Iglesia. Es perfectamente justo que ella los atienda y defienda porque es ella la única que los entiende. La designación de la terna por un cuerpo político y la elección del candidato por el P. E., constituido en su generalidad por hombres desprovistos de todo sentimiento religioso y ajenos sino reñidos con las prácticas y la moral religiosa, movidos por influencias personales, generalmente de carácter político o sociales, no pueden menos que tener por resultado la peor designación para la Iglesia, cuyos intereses ellos no pueden conocer ni les interesa defender; siendo lo más probable que los mejores candidatos, precisamente por serlo, han de tener en sus propias virtudes cristianas la valla más insalvable para ponerse de relieve y hacer triunfar sus candidaturas.

Lo lógico, lo justo sería dejar librada a la propia Iglesia la elección de su gobernador. Pero como esta autonomía está reñida con la mantención de la Iglesia por el Estado, que exige su tributo de dominio puesto que la paga, de ahí la falsa posición de ambas partes en el asunto. El gobierno elige como puede y sabe, porque paga; y la Iglesia se defiende como puede del mal ejercicio del derecho de elección.

Allí está el mal: en la participación del Estado en los asuntos propios de la Iglesia; y allí hay que buscar el remedio; que no puede ser otro que la cesación de esa coparticipación y para ello la supresión de la causa que lo origina: la vinculación entre la Iglesia y el Estado.

La cuestión religiosa fué resuelta por nuestros constituyentes con un criterio de contingencia, que en el desenvolvimiento

inmigratorio y progresista del país resulta anacrónico. De la falsedad de esa posición esencial resultan los conflictos como el actual del arzobispado; y de la falta de compenetración sobre la existencia de esa causa sustancial o del valor para encararla, resulta la indecisión de ambas partes y la absurda actitud de encarar el problema desde el punto de vista unilateral del Patronato Argentino.

La conclusión es pues la separación de la Iglesia y del Estado y entre tanto, si no se quiere llegar a ella, el mutuo respeto de los respectivos derechos, empezando el Estado por respetar los de la Iglesia y los de los católicos pues que son única y exclusivamente de estos los intereses afectados en el asunto.

Si se necesitara una prueba de los perjuicios que acarrea para la seriedad y majestad del Estado y de la Iglesia los extremos a que ha llegado el conflicto — rayano en el sainete — por virtud del falso punto de partida y de la falta de comprensión o de voluntad para encararlo en sus verdaderos y definitivos extremos, ahí está la expulsión o insinuación de extrañamiento de un sacerdote — el Presidente ha matado el punto en casuismo a la propia Compañía de Jesús — por el sólo hecho de haber publicado un artículo si es no es atacando al gobierno de la Nación, contra las más elementales normas de libertad individual y periodística.

En definitiva, que no es exacto que la opinión pública independiente considere injustificada la oposición de la Iglesia Argentina a la designación del candidato vetado por el Papa, como parecería desprenderse de la uniformidad de las opiniones publicadas en la prensa diaria sobre el asunto; que es injustificada la agresividad seudonacional, a base de una falta de respeto igual al que se pide para la propia soberanía, contra el "non expedit" de la Santa Sede a la elección presidencial; que el conflicto proviene de la falsa posición forzada de la Constitución al transar la cuestión religiosa de su época manteniendo la Iglesia sin profesar la religión; y que la única solución noble para ambas partes y que ninguna de ellas se atreve a afrontar es la de la separación de la Iglesia y del Estado.

EDUARDO F. MAGLIONE.

Sábado de Gloria, 18 de Abril de 1924

## TRANSPARENCIAS

**S**OBRE tu cuerpo sagrado e ímpoluto,  
sobre tu cuerpo querido y purísimo  
de novia,  
yo fijé mi mirada ardorosa de amante,  
yo fijé mi mirada sutil y clarividente  
de poeta.

*Mis fuertes sentidos callaron.*

*Y te vi tendida:*

*toda tu carne era opaca,  
todo tu cuerpo era denso,  
tus cabellos grávidos, tu rostro, tu cuello.  
tus senos vibrantes al ritmo de vida,  
tu vientre tibio, tus muslos  
de turgencias lisas,  
todo era opaco!*

*La sangre fluía con ritmo pulsátil y vivo  
a flor de piel, de tu piel  
sensual y morena.*

*Mas de pronto ¡oh milagro, oh milagro inaudito!  
mis ojos te vieron más grácil,  
más fina y más blanca.*

*Tu piel tan ardiente  
se fué poco a poco enfriando;  
todo tu cuerpo volvióse  
de mármol inerte, y luego ambarino,  
y luego más diáfano y claro,  
de una claridad láctea  
de a'abastro o de témpano.*

*Toda tu carne hasta entonces  
vibrante de amor y deseo  
fué perdiendo la vida.  
¡Oh raro milagro! ¡Oh visión extrahumana!*

*Yo ví con mis ojos sutiles  
de poeta,  
apagarse el vaivén de tus venas;  
tus venas se fueron haciendo muy finas,  
como hilos sinuosos de flúida amatista;  
y luego la sangre  
se volvió agua pura,  
inmóvil, serena;  
tu carne se hizo leve y transparente,  
astral, intangible:  
tu cuerpo, tu cuerpo querido  
se desvanecía!*

*Temí de pronto perderte,  
mas luego, triunfante y seguro  
yo dije: "Si ahora, si ahora  
más que nunca eres mía!"*

MARCOS LENZONI.

Rosario, 1924.

En prensa estos versos, nos sorprende la dolorosa noticia de la muerte de su autor, ocurrida en el Rosario el 25 de Abril, a la temprana edad de 29 años.

Apenas a mitad de camino, en plena actividad creadora, con un porvenir que se le brindaba lleno de promesas, y decidido a colmar sus días con los frutos de su espíritu selecto, cae Marcos Lenzoni vencido por la muerte.

Los que, como amigos, le vieron acrecentar día a día sus conocimientos, pulir con sincero amor de artista su estilo y aguzar su gusto estético, para arrancar a su alma los mejores tesoros de belleza, saben que Marcos Lenzoni poseyó una personalidad inconfundible y una sensibilidad de verdadero poeta.

Su figura un poco escueta, sobre la que descollaba una cabeza de rasgos firmes, que ennoblecía un rostro de frente ancha, nariz aguilina y boca pequeña de labios delgados, recordaba la del malogrado poeta Amado Nervo.

Hijo del norte de la provincia de Santa Fe, fijó su residencia desde muy joven en la ciudad del Rosario, donde pronto se destacó en el mundo intelectual con personalidad propia. En *Nosotros* publicó algunas de sus mejores producciones poéticas, relatos de un viaje al viejo mundo, cuentos y artículos literarios. Colaboró asimismo en *Mundo Argentino*, *El Hogar*, *Atlántida* y varias otras revistas de esta ciudad.

Hombre sabio y libre, amaba Lenzoni el pequeño rincón en que, como un gnomo, ocultaba a la mirada de los profanos sus tesoros. Eran estos sus libros, sus revistas, sus recortes, sus escasos objetos de arte y su propia producción. Nunca a nadie pidió nada y a todos brindó generosamente su corazón, que era grande, noble y bello.

Sus amigos se han propuesto reunir su producción dispersa y publicarla en dos libros, en los que irán sus versos, novelas cortas, cuentos, artículos y obras teatrales.—N. DE LA D.

## NOTAS DE ACTUALIDAD

### Las reparaciones y el plan de los peritos

**L**os peritos comisionados para resolver el problema de las reparaciones han entregado su informe a la Comisión respectiva presidida por M. Barthou, habiendo sido dado el mismo, simultáneamente, a la publicidad.

El informe es el documento más imparcial que se haya publicado sobre la riqueza alemana desde 1924 y la única tentativa inteligente y honesta de sacar a Francia y Alemania del atolladero en que se encuentran; y hemos podido conocerlo en su integridad, gracias a *La Prensa*, lo que significa ahorrarnos el trabajo de apartar la paja del grano que hay en los despachos de los corresponsales.

El Comité de Peritos, presidido por el Sr. Charles G. Dawes, ha creído conveniente definir cuál ha sido la orientación de los trabajos y el espíritu mismo del informe; dice al efecto: "Nos hemos interesado por los aspectos técnicos y no políticos del problema que nos fué sometido". "Las recomendaciones del Comité deben ser consideradas, no como penalidades sino, como insinuación de los medios para contribuir a la reconstrucción económica de todos los pueblos europeos y para la iniciación de un nuevo período de felicidad y prosperidad, libre de las amenazas de la guerra".

Es, quizás, esta última declaración la única ilusión pasajera del informe, que no tiene más que un solo valor, el único que puede exigírsele: resolver el problema de las reparaciones. Los peritos, por cierto, ni se han propuesto, ni se les ha encomendado la terapéutica para el cáncer de la competencia egoísta que va pudriendo el mundo de los hombres.

Han declarado, de antemano, que la unidad económica de Alemania debe ser un hecho indiscutible. Y ¿no es atentar contra ella, por cierto, toda la acción de la política francesa que vió en el declinar de la guerra por las armas la ocasión favorable?

Para que el plan de los peritos no sea una obra inútil, Francia tiene que abandonar el Ruhr. Los peritos, consecuentes con su buena intención de no inmiscuirse en política, lo han colocado entre líneas en el cuerpo de su informe. ¿Aceptará Poincaré?

Dawes ha dicho: "la actividad económica de Alemania no estará trabada ni afectada por ninguna organización extranjera, a no ser las fiscalizaciones a que se provee en este documento".

No hay en esta declaración elasticidad ninguna que permita a Poincaré continuar deefndiéndose en el Ruhr. "Las fiscalizaciones" serán solamente comités de control, destinados a asegurar a los aliados la regularidad de los pagos por reparaciones, comités de consulta, de índole económica.

Si el gobierno Francés insiste en continuar aplicando sus actuales métodos con respecto a Alemania se va de cabeza al abismo. Esa política daría brillantes resultados en Madagascar o en el Congo; pero en la orilla del Rhin no.

Mac Donald, al inaugurar la Conferencia del Partido Laborista Independiente, declaró: "Alemania no constituye un peligro por las armas sino un peligro por el predominio industrial". Francia quiere retardar ese predominio adueñándose del Ruhr; detiene las manecillas del reloj y la maquinaria cesa de funcionar; pero, mientras ella se condena a estar inmóvil el tiempo vuela, los otros relojes marchan.

La advertencia de Dawes, escrita para Alemania, es una advertencia, también, para Francia: "El rechazo de estas proposiciones por el gobierno Alemán significaría la deliberada actitud de continuar en su desmoralización económica, manteniendo, eventualmente, a su pueblo en la mayor miseria".

Miseria para los proletarios franceses y alemanes es mantener el caos económico actual. La fortuna pública se dilapida, la estabilidad monetaria desaparece, los grandes grupos industriales absorben la riqueza de la nación y el porvenir se presiente como una Meca del egoísmo.

Los puntos capitales del plan de los peritos lo constituyen la

estabilidad de la moneda, el presupuesto y los medios y cantidades de que se valdría Alemania para atender los pagos por concepto de reparaciones.

La situación creada por la caída del marco ha merecido una especial atención por parte del comité de peritos. Es una situación, no sería sino pavorosa para las clases trabajadoras alemanas. El señor Grassegann, portavoz ante la comisión de los intereses de la clase que representaba, declaró: "las clases trabajadoras alemanas no podrían soportar otro período de inflación y debían dirigirse al mundo para lograr una moneda estable que les permita comprar algo con sus salarios hasta después de transcurrido un plazo de cuatro semanas después de haberlos recibido". Situación de verdadera angustia para un período floreciente como el que atraviesa Alemania.

Propone la Comisión de peritos la creación de un Banco, emisor de un medio circulante único y estable, cuya duración sería de cincuenta años. Las diversas clases de papel moneda actualmente en circulación serían retiradas gradualmente, a excepción de las emisiones limitadas de ciertos Bancos de Estado, y serían reemplazadas por el nuevo papel moneda, garantizado por una "reserva normal legal del treinta y tres por ciento y otros valores líquidos. La reserva se conservará en gran parte bajo la forma de depósitos en Bancos extranjeros". El régimen de conversión a oro se establece para lo futuro, una vez que las condiciones económicas lo permitan.

Se fija el capital del nuevo Banco en 400.000.000 de marcos oro, el que será suscripto parte en Alemania y parte en el extranjero; su administración está reservada a alemanes y aliados, teniendo el gobierno una participación en las ganancias. Las operaciones del Banco quedan perfectamente establecidas, a los efectos de asegurar su prosperidad. Los depositantes de dinero en Bancos del Estado y particulares de nuestro país debían leerlas detenidamente. Dice el informe en su anexo correspondiente. "El Banco no podrá acordar préstamos ni hacer descuentos a plazos mayores de tres meses. Tampoco podrá acordar préstamos ni hacer descuentos al Reich o a otro gobierno, pero la junta administrativa está facultada para hacer al Reich adelantos cuyo total no podrá exceder de cien millones de marcos oro.

ni por un término mayor de tres meses. El Reich tendrá que liquidar sus cuentas con el Banco al terminar cada año financiero de la institución, el que coincidirá con el fin del año financiero del Reich. El Banco no podrá acordar préstamos ni adelantos sobre bienes raíces, minas, propiedades petrolíferas, ni sobre acciones u obligaciones del gobierno. Tampoco podrá comprar, vender o producir mercaderías, bienes raíces o valores de otras corporaciones”.

Y aquí una noticia interesante para los compradores de marcos: “Si el presente plan se pone en práctica por la transformación del Reichsbank, éste reembolsará sus billetes en circulación a razón de un trillón de marcos papel por marco oro”.

Observados, pues, los Estatutos del Banco, que en su parte principal se han transcritos, desaparecerá todo peligro de inflación.

Sobre esa sólida base, el plan de los peritos entra a considerar la cuestión presupuesto.

Los peritos establecen que todas las necesidades domésticas de Alemania no deben ser el primer gravamen sobre sus recursos, pues de lo contrario sería nulo o escaso el superávit que se destinaría para el pago de las reparaciones; las necesidades domésticas deben reducirse a su *mínimum* durante el período de equilibrio del presupuesto, el que no será alterado, pues comprometería la estabilidad de la moneda. La restauración de la confianza y la repatriación de los capitales colocados en el exterior; el aumento de la carga impositiva que soporta el contribuyente alemán, hasta aproximarse a la que soportan los contribuyentes de los países aliados son parte esencialísima, también, para el saneamiento del presupuesto, con vistas a la probabilidad de acrecentar su capacidad de pago.

Los peritos aliados, en efecto, sin quererlo, le ofrecen la gran oportunidad a Alemania de constituir el Estado mejor administrado de toda Europa. No cometerá Alemania la estupidez suicida de no aprovechar esta hermosa ocasión.

En cuanto a los medios y cantidades de que se valdría el Reich para atender los pagos por conceptos de reparaciones, los peritos señalan las siguientes fuentes:

- a) De su presupuesto ordinario.
- b) De sus acciones ferroviarias e impuestos sobre transportes.
- c) De sus debentures industriales.

La contribución del punto a) comienza en el periodo 1926-1927 con 110 millones de marcos oro; aumenta a 500 millones en el periodo 1927-1928; a 1250 millones en el de 1928-1929, continuando con este aporte, o sea la mitad del pago típico total hasta 1934, época en que el monto de la contribución ascendería a 2.500 millones de marcos oro.

La contribución del punto b) se obtiene parte con el impuesto directo sobre los transportes y parte con los intereses y amortización de 11.000 millones de marcos oro en bonos que se deben pagar por los ferrocarriles alemanes, cuya explotación, estará a cargo de una compañía particular. El valor en capital de los ferrocarriles se ha fijado en 26.000 millones de marcos oro, que se distribuirá en la compañía por acciones en la siguiente forma: 13.000 millones estará representado por acciones comunes; 2.000 por acciones preferidas y el saldo de 11.000 lo constituyen los bonos que se entregarían a la Comisión de reparaciones. El producto de la venta del total de las acciones comunes y el 25 % de las preferidas se destinaría al gobierno alemán.

Los bonos entregados a la comisión de reparaciones y que constituyen una 1.ª hipoteca sobre los F. C. gozarán del 3 % de interés el primer año; 4.23 % el segundo; 5 % el tercero; agregándosele desde el cuarto a este interés fijo el uno por ciento de amortización.

La contribución del punto c) se obtendría mediante la emisión de debentures por valor de 5.000 millones de marcos oro, que sería el aporte directo de la industria alemana al fondo de las reparaciones, en calidad de 1.ª hipoteca; no rendirían interés en el primer año; en el segundo sería del 2 ½ %; en el tercero el 5 %; y a partir del subsiguiente agregariasele a este interés fijo el uno por ciento de amortización. Resumiendo, los recursos y cuotas anuales de pago por parte de Alemania serían los siguientes, expresados en millones de marcos oro:

Período 1924/25:		
Empréstito exterior .....	800	
Intereses de los bonos de los F. C., 3 % .....	330	
Cuota a pagar .....		1.000
Saldo para el período subsi- guiente .....		130
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.130</b>	<b>1.130</b>
Período 1925/26:		
Intereses bonos F. C. 4,23 %..	465	
Id. debentures industria 2 ½ %	125	
Saldo período anterior .....	130	
Venta de acciones pref. F. C...	250	
Empréstito alemán interno ...	250	
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.220</b>	
Período 1926/27:		
Intereses bonos F. C., 5 %...	550	
Id. debentures industria, 5 %.	250	
Contribución presupuesto ....	110	
Imp. transportes .....	290	
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.200</b>	
Período 1927/28:		
Intereses y amortizaciones bonos F. C. 6 % .....	660	
Intereses y amortización de- bentures ind. 6 % .....	300	
Imp. transportes .....	290	
Contribución presupuesto ....	500	
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.750</b>	
Período 1928/29 y subsiguientes hasta 1934:		
Bonos F. C., 6 % .....	660	
Debentures Ind. 6 % .....	300	
Imp. transportes .....	290	
Contribución presupuesto ....	1.250	
<b>TOTAL.....</b>	<b>2.500</b>	

Desde 1934 en adelante la contribución sería de 2.500 millones de marcos oro establecida en el presupuesto. Las cantidades anuales pueden variar en más o en menos siempre que esta diferencia no exceda de 250 millones. La Comisión de reparaciones, una vez puesto en práctica el plan de los peritos, entrará en posesión de los 16.000 millones de marcos oro, representados por los 11.000 en bonos de los F. C. y los 5.000 en debentures industriales, que podrá enagenar. Podrían, luego, emitirse títulos con referencia al impuesto sobre los transportes y la contribución del presupuesto lo que equivaldría a que los aliados obtuvieran el total de sus reclamaciones.

Las cuotas antedichas han sido cuidadosamente fijadas; se ha especificado cuáles son las buenas fuentes de recursos que podría explotar el gobierno del Reich, especialmente el comercio del tabaco. Se ha investigado y aclarado cosas muy interesantes, que vale la pena transcribir. Dice el informe: "El comité acusa a las clases más pudientes de Alemania de haber obtenido un alivio sin pagar los impuestos que pagan las clases correspondientes en los países aliados". "Las personas más pudientes de Alemania en los últimos años no han sido alcanzadas por el régimen impositivo". "Los grandes propietarios han obtenido grandes beneficios con la caída del marco a expensas de los empleados". "Ha sido destruida la costumbre del ahorro". "Se declara que uno de los principales motivos del quebranto de las finanzas alemanas ha sido el hecho de que el Reich se vió obligado a multiplicar la emisión de billetes para hacer frente a los pedidos continuos de subsidios por parte de sus Estados dependientes". "Las empresas industriales han sacado provecho de diversos modos de la depreciación de la moneda, como ser el pago de los impuestos, postergado durante largos plazos, los subsidios otorgados y los anticipos hechos por el gobierno alemán y también mediante la depreciación de la moneda de emergencia que han emitido". Agregando en la sección referente a la estabilidad de la moneda: "Los obreros también saldrán beneficiados porque sus intereses dependen sobre todo de la estabilidad de la moneda. Algunas clases de la comunidad podrán hallar compensaciones en los asombrosos vuelcos de la fortuna que la inflación trae consigo y por los cuales unos salen beneficiados y otros sufren, pero para las clases trabajadoras la insta-

bilidad es desde todo punto de vista un mal sin ninguna compensación”.

Esas sencillas palabras dan un idea muy clara de cuál ha sido la verdadera y segunda intención del drama de la guerra, cuales han sido y siguen siendo sus víctimas.

En resumen, el plan de los peritos establece: Que Alemania está en condiciones de pagar, debiendo para ello estabilizarse su presupuesto y sanearse su moneda, creando, al efecto, el Banco emisor de un nuevo medio circulante. Que los Ferrocarriles deben ser explotados por una Compañía comercial durante el tiempo necesario para amortizar los bonos destinados al pago por reparaciones, no perdiendo el Estado por ese motivo el dominio sobre ellos. Que la industria debe desembolsar parte de sus ganancias pingües. Que la unidad fiscal y económica de Alemania es indispensable para asegurar los pagos, lo que equivale a un repudio de la política de intervención franco-belga. Y que “la reconstrucción de Alemania no es un fin en sí mismo. No es más que una parte del problema más amplio de la reconstrucción de Europa”.

El monto de la deuda que tiene a su cargo Alemania no ha sido fijada por los peritos, ni esa era su misión, que consistía, solamente, en establecer la posibilidad y los medios de pago.

Los países interesados han manifestado su conformidad, ya incondicional, ya con reservas, el plan de los peritos; el terror hipócrita de la Francia política, el prusianismo ponzoñoso de la Alemania reaccionaria y militarista, y por debajo de todo esto las fuerzas de los grupos industriales lastimados, han comenzado su ataque a la labor imparcial e inteligente de los peritos, verdadero documento de la historia contemporánea de setenta millones de hombres, no condenados por el enemigo de afuera al hambre, según la falsa afirmación de Scheidemann, sino, condenados los más por los menos dentro de los límites de la República a sostener la esclavitud y amasar la guerra: ayer por el hierro, mañana por el petróleo, hoy por el tanto por ciento.

Cualquier resolución que implique un rechazo parcial del plan de los peritos sería desastrosa para el porvenir de Europa, no porque sea él un resolutorio del mal íntimo que la aqueja sino porque implicaría que se prescinde del puente y se dá el salto mortal sobre el abismo.

En Versalles los gobernantes empezaron a ser saltimbanquis perfectos.

Concluida la guerra, en la que se sacrificó, inicuaamente, vidas e idealismos a las conveniencias de determinadas industrias, los vencedores de aquel día se propusieron dar amplia satisfacción a sus comitentes. Eran Wilson, Lloyd George, Clemenceau y Orlando los cuatro cantantes principales de aquel teatro que se improvisó en Versalles, la ciudad eterna de la farsa; los demás tenían que contentarse con un modesto lugar en la orquesta o el coro. El pueblo asistía a la representación, fijada de antemano por el empresario, y los viejos espectadores de las gradas, que conocían de memoria la letra y la música, molestaban a sus vecinos anticipándoles a media voz, fragmentos.

Y mientras en el sencillo espíritu del pueblo la farsa había asumido todas las proporciones de una tragedia real, el empresario anotaba los gastos y hacía el recuento de las entradas.

¿No es cierto que fué todo, más o menos, así, Señores empresarios de la guerra?

En Versalles os atrincherásteis contra la paz, la generosidad y la concordia. Y Europa no pasa de Versalles.

LUIS REISSIG.

Abril 1924.

## LETRAS HISPANO-AMERICANAS

El *Médano florecido*, novela, por R. Francisco Mazzoni. — "Buenos Aires". Cooperativa Editorial Ltda., 1924.

**D**ECÍA Flaubert en una de sus cartas que no hay bellos pensamientos sin bellas formas, ni la idea existe sino en virtud de su forma. El gran escultor de *Salambó* sintetizó en esa afirmación todo un copioso volumen de estética, concordante con su ejemplo.

Es atrayente el tema; propicio al comentario. Cabe recordar las palabras del maestro francés, hoy que se confunde la libertad del arte — única efectiva, tal vez, entre el cúmulo de libertades que alardea poseer el hombre — con el libertinaje de la forma y el pensamiento disparatado y hay quien, so pretexto de afirmar la muerte de la antigua retórica, mejor dicho, la inutilidad y vacuidad de las clasificaciones retóricas, se desenfrena y lanza su Pegaso en caótica carrera, rompiendo el equilibrio, que es elemental fundamento de la belleza.

Algunas son las limitaciones que habríamos de hacer. Casi todas de un orden más filosófico que literario, a la afirmación de Flaubert. Cada generación que ha traído valores reales al campo de la literatura, se ha apasionado con el tema dándole el nuevo sentido acorde con sus puntos de vista. En torno a la antítesis, que más tiene de círculo vicioso, han labrado sendos comentarios unos y otros; pero en el fondo siempre ha habido un cierto acatamiento al principio de que, sea el bello pensamiento padre o hijo de la bella forma, la bella forma era indispensable al arte, por no ser el arte otra cosa que belleza condensada... Y vuelta al círculo vicioso...

Ahora, la apreciación de la belleza es otro elemento, y no el menor, del problema. Si la belleza es una, la sensibilidad huma-

na es tan infinita en matices como el número de hombres. Y siendo la sensibilidad el receptáculo de la belleza, ¿cuántas no serán las reacciones con que ésta se manifestará?

Todas aquellas que esten más cerca de la nuestra nos serán más accesibles, lógicamente, y, esta circunstancia permitirá la formación de líneas emocionales que demarquen los límites de las distintas categorías de sensibilidades. Esta necesidad de limitar, tan humana, la misma naturaleza del hombre se encarga de violarla. El instinto social del hombre las crea. Su nativa independencia, su perpetuo evolucionar y la necesidad innata de moverse sin límites del poder creador, las destruye.

Y por cualquier lado que se tome el problema se llega a la misma conclusión: la obra literaria es el individuo, es decir, la unidad, y, aún dentro del individuo, el momento de la creación; todo lo que sea construir géneros, armar casilleros, sobre vacío es atentatorio al principio esencial del arte: la libertad. Entonces la obra literaria debe ser *juzgada* por sí, dentro de la más estricta autonomía. Sin perjuicio de poder ser *comparada* — hacemos notar la diferencia de procedimiento — tanto como se quiere y siempre que la comparación no resulte un ejercicio de Ollendorf: esta casa no tiene ventanas pero el sombrero de mi abuelo tiene cintas.

Nosotros, algunas veces hemos *comparado*, en esta tarea de comentar libros. Nos hemos referido, bien a otros libros, bien a patrones determinados de la herencia dogmática; pero siempre, o casi siempre, hemos procurado aquilatar aunque más no fuese un adarme de belleza intrínseca, para ostentarla como ejecutoria de la obra en juicio.

Y en la ocasión presente, respondiendo a un interlocutor lejano, tal vez el autor de *El médano florecido*, volvemos la vista a la preceptiva y argüimos: lleva este volumen la etiqueta, *novela*. ¿Lo es en realidad, juzgando con las reglas establecidas? No, deberíamos contestar. ¿Qué es, entonces? Una bella obra de arte, nos apresuraríamos a decir. Y añadiríamos: todo lo que le falta para ser novela, la novela clásica de los tratados, le sobra para ser obra de arte y de belleza.

*El médano florecido* nos revela un fino espíritu de artista, en cuya obra se cumplen las palabras de Flaubert con que co-

mezamos estas notas: bellos pensamientos porque bellas formas ... o viceversa.

En el ambiente provinciano del que el Sr. Mazzoni nos da unas cuantas acuarelas acabadamente realizadas, muévense las figuras en pos de su destino, guiadas por la fatalidad.

“Sobre la tierra y sobre el mar caían las nubes grises”, comienza *El médano florecido*. Y todo en él, está impregnado de esta tonalidad que pone suavidades en los horizontes del paisaje y en las almas. Gris, aquél, resignados los hombres, dulces y melancólicas las mujeres. Así como la vida en esos rincones provincianos que son a modo de remansos.

Glosa el Sr. Mazzoni en su obra un conocido lied de Arrieta, que tiene su ascendencia directa en Wordsworth. Amor y Muerte. Con gran sentido lírico, en una prosa impecable, desarrolla los motivos siguiendo una línea de musicalidad tanto interna como externa que da a *El médano florecido* valor de sinfonía.

No tendrán los personajes el acabado dibujo que pudiera pedirseles; la misma ingravidez fatalista con que se mueven los esfuma. Con trazos de croquis les define Mazzoni. Y sin embargo se vé que no son hijos de su sola fantasía, sino que han tenido vida real en algún momento, antes de entrar en su existencia novelesca. El autor les ha visto y después les idealizó llevándoles al libro. Al efectuar esta transposición ha pasado el difumino como para ocultarlos. Quedan, de visión certera, los paisajes y los hechos, el ambiente, todo el aparato exterior, que alcanza, como hemos dicho más arriba, encomiable realización.

Una suave poesía, de delicadeza aristocrática, de buen gusto innato, fluye de *El médano florecido*.

Mazzoni en la prosa tiene marcado contacto con Arrieta en el verso; en ambos domina igual tendencia a la serenidad de expresión, a la cuidada arquitectura, de líneas sencillas y armónicas, donde ningún exceso turba el impecable conjunto. No hay grandes arrebatos de concepción y por consiguiente de expresión, aún en los momentos en que serían lógicos, porque las preferencias del Sr. Mazzoni se inclinan hacia la medida y la retención. La escasez de fuerza se esconde en la gracia que la

simula. Lobo es un personaje de *El médano florecido* que afirma nuestras anteriores palabras.

Afirmábamos más arriba de *El médano florecido* que todo todo lo que le falta para ser la clásica novela de los tratados le sobra para ser una obra de arte y de belleza.

No queremos decir con esto que basta ser un espíritu insurrecto para lograr un propósito de belleza, dentro del arte. El señor Mazzoni, a lo que se nos alcanza, muestra cierto respeto por lo respetable y, a veces, no sabemos si voluntaria o impensadamente olvidase de todo y de todos para ser él: entonces, es cuando nosotros creemos que *El médano florecido* es bella obra de arte.

E. SUÁREZ CALIMANO.

## LIBROS VARIOS

**La Decadencia de Occidente**, (Bosquejo de una morfología de la Historia Universal), por *Oswald Spengler*. Traducción de Manuel G. Morente. — Primera parte: Forma y Realidad — Volumen 1º — Biblioteca de Ideas del siglo XXI — "Calpe", Madrid, 1923.

DENTRO de la trasmutación de valores que se viene verificando desde fines del siglo último, la concepción de Oswald Spengler marca un punto culminante, análogo al de Comte, Spencer y Darwin; al de Rousseau, Montesquieu y Kant; al de Platón y Sócrates en lo antiguo: una entera modificación de las ideas, de los valores admitidos hasta lo presente, para abrir algo así como un mundo nuevo, de infinitas perspectivas, vírgenes y rebosantes de vida, a la atónita visión de los contempladores.

Resumir brevemente, en pocas palabras, toda una concepción tan vasta como la de Spengler, es tarea casi imposible, por la intrínseca complejidad de la teoría y de sus demostraciones, pero creemos poder indicar, por lo menos, sus puntos de vista generales, los grandes caminos por donde corre el cúmulo de ideas, los grandes lineamientos de la nueva arquitectura, para así mejor captar las nuevas y geniales concepciones de Oswald Spengler, y poder, en otros artículos, efectuar el estudio de algunos puntos especiales, a la luz de las nuevas ideas.

Antes de proseguir, diremos dos palabras acerca de Spengler y su obra. Nació en 1880 en Blankenburg, Alemania, y en 1911 concibió su teoría. En 1917 publicó el primer tomo de su obra, *La decadencia de Occidente* (Der untergang des Abendlandes), y en 1922 el segundo. Ha tenido gran difusión en Alemania y es menos conocida en el extranjero. Ha sido publicada en español por la editorial "Calpe", el año pasado, pero sólo el primer tomo, traducido por García Morente. Entre nosotros podemos casi afirmar que es desconocida, salvo una muy honrosa excepción hecha en el Dr. Ernesto Quesada, que publicó un curso integral sobre Spengler, en el año 1921. La obra de Quesada consta de una parte expositiva y de otra crítica. En la primera, expone la nueva filosofía, añadiendo algunas observaciones personales sobre el fenómeno sociológico americano, además del concepto básico de la cultura hindú, que Spengler — por lo menos en el tomo primero — no establece bien; además estudia el método comparativo homológico seguido por Spengler para la demostración de sus teorías y análisis de las culturas: método intuitivo y no científico, que permite la visión aquilina de las cosas. En su segunda parte, el Dr. Quesada pasa revista a la considerable crítica dirigida a Spengler, y demuestra cómo queda incólume su concepción; hace una síntesis rápida de la teoría einsteiniana, y llega a la conclusión de que es uno mismo el relativismo de Einstein y Spengler, a saber: la verdad no es absoluta, sino relativa; hay muchas verdades para una misma cosa, pues cada cosa presenta facetas múltiples, perspectivas distintas, puntos de vista diferentes, desde los cuales se las puede contemplar. (Véase en este sentido, *El alma de nuestro tiempo*, de Ortega y Gasset). En suma, la obra de Quesada es digna de todo encomio, por el es-

fuerzo que representa, el sano criterio que la dirige y la valia de algunas de sus observaciones.

Spengler establece una nueva filosofía: la filosofía del devenir, que es vida. Parte de la contraposición entre alma y mundo. Alma es el devenir, el producirse, lo que se va a realizar; mundo es lo ya producido, lo realizado, lo rígido, lo muerto; y vida es la realización del alma. Esta realización es lo presente, mientras que lo producirse es lo futuro, y lo producido, lo pasado. Concibe, por lo tanto, al cosmos como algo viviente, en perpetuo producirse y perecer. Llama *naturaleza* a lo ya realizado y muerto, e *historia* al devenir y al producirse.

De ahí surge la nueva concepción de la filosofía. Hegel definió a la filosofía como el *conocimiento reflexivo de las cosas*; pero estas cosas son ya realizadas y rígidas, forman la naturaleza, dentro de la denominación spengleriana. Y la definición de Hegel ha sido exacta hasta ahora, por cuanto no se pretendía con la filosofía más que conocer reflexivamente el mundo. ¿Pero el alma, el producirse, lo futuro, puede conocerse filosóficamente en el sentido hegeliano? No, por cuanto no puede reflexionarse sobre lo inexistente, sino intuirse; de modo que podríamos contraponer a la filosofía de la *naturaleza* así definida por Hegel, la de la *historia* concebida por Spengler como el *conocimiento intuitivo de la vida y del porvenir*.

Este nuevo concepto de la filosofía, abre inmensas perspectivas, grandes avenidas, ignorados puntos de mira, al espíritu contemplativo y vigilante. A su luz, Spengler trata de conocer el sentido último del hombre, y hunde su mirada en la entraña misma de los pueblos, en los restos de preteritas culturas, y contempla con su visión luminosa y viviente de profeta, todo un pasado nebuloso, mal conocido y muerto, para hallar la vida que palpita en las lejanas honduras del tiempo, para escrutar la íntima estructura de las sociedades, con el fin último de encontrar nuestro destino, de explicar el arcano de nuestro existir. Mundos nuevos y desconocidos, ni siquiera soñados, se desplazan ante las páginas palpitantes y vivificas del grandioso libro de Spengler, libro escrito con toda la impetuosidad de un Nietzsche, unida a la olímpica serenidad y al infinito amor y ciencia de un Goethe.

Hasta ahora no conocíamos más que dos métodos de investigación y demostración: el análisis y la síntesis; la deducción y la inducción. Mas estos son los métodos de la ciencia y de la filosofía de la naturaleza o científica, y Spengler señala otro método para su filosofía intuitiva o de la historia: la intuición. Ya Edgar Poe, el poderoso visionario del Norte, en su incomprendido libro *Eureka*, decía que "todos los caminos pueden conducir a la verdad, todos excepto los dos estrechos y torcidos (la inducción y la deducción), en los cuales la ignorante perversidad había querido confinar el alma, que no desea otra cosa que cernirse en esas regiones de la intuición sin límites, donde es absolutamente desconocido eso que se llama "rutas."

Con este método intuitivo quiere Spengler concebir la vida y la historia consideradas en sí mismas, y no como producidas por síntesis químicas y movimientos económicos (1). Levanta su visión de águila y contempla el panorama de los pueblos. Ve en lo pasado el fulgor recóndito de lejanos imperios y doradas civilizaciones, magníficos mundos casi estelares que desaparecen en la nebulosa del confín de nuestro horizonte. Aquí hubo vida, y magnífica, y hermosa, pero ¿por qué no consideramos más que la nuestra? ¿por qué nos creemos la cumbre, o por lo menos el escalón más alto a que la humanidad ha llegado en su ascensión indefinida? Esto es

(1) Todo lo que sigue en nuestro estudio, es la concepción de la historia. La de la vida queda para un próximo artículo.

falso, falso, completamente falso. ¿Hay acaso una sucesión histórica que vaya en progresiva escala desde la prehistoria hasta una edad antigua, media, moderna y contemporánea? Spengler destruye este marco arbitrario en que se cree encerrar a la humanidad. En primer lugar, la humanidad como un conglomerado inmenso, en una línea de progreso ilimitada, es tan falsa como el concepto ptolemáico de la forma de la tierra (1). Lo que hay son conjuntos de pueblos que forman determinadas culturas. Y así en este nuevo cuadro histórico, podemos incluir a la cultura maya, a la incásica, a la china y nipona, que antes no sabíamos colocar, si en la prehistoria o en la historia contemporánea.

Las culturas son organismos metafísicos, que al igual de los naturales, nacen, crecen y mueren; "como una planta, dice Spengler, que permanece adherida al suelo, florece una cultura, cuando un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infantilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero emerge de lo perenne e ilimitado". Y así, al igual de una planta que nace al sol de determinado suelo, con los caracteres de esa comarca, nace la cultura en un horizonte definido, con la caracterización del ambiente externo. Súbitamente brota en determinado país un nuevo sentimiento del mundo exterior, una nueva comprensión de la naturaleza, de lo ya realizado, de lo muerto, del espacio, que forma el símbolo primario de toda cultura. La idea de espacio es un símbolo por cuanto *representa* el carácter del alma a la cual pertenece; y decimos primario o protoplasmiático, por que condensa en sí la comprensión que un alma tiene del mundo, y se halla en todos los demás productos de esa alma cultural: en su arquitectura, en su matemática, en su filosofía, en toda su vida material y espiritual; de ahí que podamos decir que la cultura o la poesía griega fué euclidiana, y la nuestra, multidimensional (2).

No se sabe ni el cómo ni el por qué nace esta alma nueva (3); sólo concebimos que viene de lo infinito, como la vida y las cosas. Pero aparece con un carácter propio, el carácter de la comarca; y así el espacio euclidiano y limitado de los greco-latinos surgió entre las pequeñas islas jónicas, bajo el sol luminoso y palpable de la Hélade; el espacio infinito de Occidente, entre las nebulosidades y lejanías nórdicas; el espacio recto de los egipcios, en el largo camino del Nilo; la bóveda mágica, entre las doradas arenas y errantes espejismos del desierto.

Ha surgido la cultura, con su nuevo concepto de espacio, que informa su propio sentimiento de mundo, con un *aquí* y un *allí* subconscientes: el *aquí*, todo lo que se siente como propio e íntimo; y el *allí*, que es lo extraño y lo externo. Y el alma trata de comprender y explicar aquello extraño, de conocer la íntima esencia de las cosas, con la lejana esperanza de su felicidad (4). Y busca de realizarse, y trata de materializar sus múl-

(1) "Humanidad? Eso es una abstracción. Nunca ha habido más que hombres, ni habrá más que hombres" (Goethe a Luden, citado por Spengler). Demasiado restringido es el concepto de Goethe, porque es imposible desconocer la existencia de fenómenos sociales, independientes de los individuales (Durkheim), o la conciencia social, en la concepción de Puchta como una *entidad ideal* y una *unidad continua*.

(2) Fustel de Coulanges llegó en su *Ciudad Antigua* a una igual comprensión que Spengler, pero menos profunda, al concebir a todos los fenómenos de la cultura antigua como determinados por un fenómeno básico, constituido por la ignorancia acerca de la concepción de los seres (el nacer, contrapuesto al morir, de Spengler), y en la cultura de Occidente, la ignorancia de la creación universal.

(3) Edgar Poe, subrayó en *Eureba: En la unidad original del ser primero están contenidos la causa secundaria de todos los seres, y el germen de su inevitable destrucción*. La vida y la muerte eternas, como provenientes orgánicamente de una unidad.

(4) Ya Aristóteles dijo que el fin último de la actividad humana es la felicidad.

tiples ingentes posibilidades, igual que un hombre que se abre a la vida quiere realizar lo que en su recóndito interior presente (1). Empieza entonces la lucha continua e inacabable para vencer a la materia, inscribiendo en ella su honda sensación del mundo, tratando de expresar esta idea en formas materiales, cual el artifice que en el mármol o en el verso, modela un profundo sentir.

La cultura trata de realizarse, de materializar su futuro: y entonces brota aquel lenguaje sin palabras, que es el arte, en la piedra enorme domada por el hombre, símbolo primario de la intuición del mundo, primera adueñación de lo externo e ignorado. Y así aparece todo el arte y la ciencia de una cultura, como un lenguaje expresivo, hecho inconscientemente y para nadie, sin testigos y sin tesis, con el cual trátase *inconscientemente* de conquistar al cosmos; un lenguaje expresivo de toda una cultura, en un sentido amplísimo, y no en el corriente y restringido, formulado por Croce en su *Estética*.

Todas las producciones de una cultura — determinadas para hacer comprensible lo incomprensible — son análogas en la forma, porque forma es dirección, y dirección no es causa, sino destino, alma interior, cuyo símbolo básico de espacio dirige toda la vida de una cultura. Este lenguaje expresivo, inmenso y amplio, es lo que llama Spengler símbolos, definiendo al símbolo como "un rasgo de la realidad que, para un hombre con sus sentidos alerta, designa inmediata y evidentemente algo que no puede comunicarse por medio del intelecto", y todo el conjunto de símbolos forma el *macrocósmos*, o sea la imagen que de la realidad tiene un ciclo cultural. Todo lo existente, sea producido o natural, tiene un significado y es un símbolo.

Por lo tanto, si tomamos una determinada cultura en un momento dado, notaremos que todas sus manifestaciones externas son iguales: el cálculo infinitesimal, la música contrapuntística, el infinito rembrandtesco, la construcción barroca, la conquista de América, el Estado de Luis XIV, el derecho internacional, tienen todos el mismo carácter, la misma forma, son todos símbolos del sentimiento que tiene de mundo el hombre de Occidente. Y si tomamos otra cultura en determinada etapa, notaremos la íntima semejanza existente entre todas sus manifestaciones, y si comparamos dos culturas en períodos iguales, contemplaremos la elocuente analogía que hay entre sus símbolos; por ejemplo, la cultura apolínea (grecolatina), en que hallamos la geometría de Euclides, la estatua de Fidias, los frescos de Polignoto, el alcázar jónico, la agora ática, el *ius civilis*, dentro de la época "correspondiente" a la de los símbolos anteriormente mencionados de nuestra cultura. En éstos se esparce el sentimiento de infinito, que informa todo; en la apolínea, el espacio restringido y corpóreo.

La cultura, como el hombre, (2) una vez que ha vivido, una vez que ha conocido el cosmos, que ha realizado todas sus posibilidades internas, todo su futuro, acaba indefectiblemente. Como un árbol que brota, crece, se avejenta y muere, así vive una cultura. Y como ese árbol, puede también retoñar en otros, puede hundir su semilla en lejanas tierras; pero, haremos notar que, a diferencia del árbol y del hombre, que produ-

(1) "Soy conducido a un destino desconocido", decía Napoleón. "Tenía la conciencia de que voy a realizar algo grande", escribió Goethe. Hay, indudablemente, individualidades que no sienten este empuje desconocido, pero ello no obsta a la teoría.

(2) El término medio de la vida de una cultura es de 1000 años, como en el del hombre de 70. Nuestra cultura de Occidente nació en el año 1000 de nuestra era; (creencia en el fin del mundo, los Nibelungos, etc.). El período de Carlomagno y los merovingios, es nuevamente preparatorio, en que no hay cultura ni símbolo fundamental.

cen su semejante, la cultura que da origen a otra, nunca da a luz a una semejante. Tal la apolínea, la mágica y la fuística (greco-romana, cristiano-árabe, occidental, en la denominación de Spengler), aunque surgieron una de otra, no tuvieron ni parecido concepto protoplasmático de espacio.

‘Cuando el término ha sido alcanzado, cuando la idea, la muchedumbre de las posibilidades interiores se ha cumplido y realizado exteriormente, entonces, de pronto, la cultura se *anquilosa* y muere; su sangre se cuaja, sus fuerzas se agotan; se transforma en *civilización*. Esto es lo que sentimos y comprendemos en las palabras Egipticismo, Bizantinismo, Mandarinismo”. Dice Spengler, y agrega: “Y *cadaver* gigantesco, tronco resaca y sin savia, puede permanecer erecto en el bosque siglos y siglos, alzando sus ramas muertas al cielo. Tal es el caso de la China, de la India, del mundo del Islam”.

Y Spengler concluye su estudio expresando que la cultura de Occidente, nuestra cultura, se halla en el principio de su fin en el comienzo de su decadencia en el invierno de su vida, en lo que él llama *civilización*. ¿Cuáles son los signos de la *civilización*? En la arquitectura, lo gigantesco (Luxor, Pérgamo y Roma, Nueva York); en la música, lo enorme (Wagner, Liszt); en poesía, lo romántico (de Hugo a Dario) y el naturalismo (de Zola a Ibsen, Strindberg, Shaw); la pintura y escultura, a partir de Rembrandt y Miguel Ángel no existen; Watteau es un tardío y último retoño; el arte, por tanto, se convierte en *per-espiritualizado*, se quiere cubrir con lo grandioso en las formas, la vacuidad de espíritu; en vez de ser un lenguaje del alma para el alma, el símbolo de un sentimiento, se convierte en un lenguaje para testigos, para el intelecto, para nuestra sensibilidad puramente externa.

En cuanto a la ciencia, “se disolverá en un ingente sistema de afinidades morfológicas” en el cual se hallará como en un crisol alquímico, la física, la geometría, el álgebra, la química, la biología, la sociología; todas las ciencias no serán más que una, como en su estado primario, con un interno, último e indescifrable interrogante.

La ética, se convertirá en socialista movimiento análogo al estoicismo apolíneo. La democracia reducir se a un imperial absolutismo, como la Roma cesárea; o a una burocracia egipcia; ya sea viniendo de lo alto como el fascismo, o del proletariado, como el bolshevismo (1).

El último problema de la filosofía será el conocimiento reflexivo del *macrocosmos*, la morfología de la historia universal como simbolismo cosmológico, como expresión de la realidad de algo que vive y que muere.

Y por fin retornaremos a lo primario, con las mismas interrogaciones que nuestro espíritu se formulara en su edad primera en su soñante juventud; después de haber tratado de resolver las cuestiones milenarias, vuelve a su punto de partida, en una inmensa parábola, en que recorre todas sus posibilidades, notándose siempre que en el fondo hay algo irreducible e hipermetafísico, que conducirá a la religiosidad primera de las catedrales góticas, pero con el espíritu envejecido por una carga de diez siglos. Así encontramos en los pútreros pericados de Roma el culto de Isis, de una exagerada y ancianísima piedad.

Surgimos de lo insosdable, para realizar nuestra órbita — el círculo de Vico o nuestra parábola — y volver a lo infinito. “Sobre la superficie del mundo, dice Spengler, describen las grandes culturas sus círculos majestuosos. Emergen de pronto, extienden a lo lejos sus magníficas curvas, debilitanse luego, y desaparecen. Y el espejo del agua sigue terso, solitario, adormecido”.

(1) Lenin y Hugo Stinnes, son símbolos que representan una y misma cosa.

Tal es la vida, nacimiento, muerte de las culturas, según la concepción spengleriana. Tal es su concepto de la historia, que hasta hoy no era más que un conjunto de fenómenos políticos, económicos, militares, religiosos, y que en Spengler no es más que historia, o sea vida. "La investigación histórica se limita a estudiar el cuadro de lo que fué vivo y ahora es preterito, y a fijar su forma y su lógica internas". "La poesía y la investigación histórica — dice en otro pasaje Spengler — tienen entre sí un parentesco muy próximo. El s.s.emítico (causalista), ya sea físico, lógico, darwinista, o historiógrafo pragmático, conoce lo que ha sido, como algo muerto y causal. El alma de un artista, tal cual debe ser el historiador, contempla lo preterito como algo vivido, como la intuición de una *experiencia* íntima". He aquí el nuevo concepto del método en la investigación de la historia.

En resumen, Spengler traza una nueva filosofía — la filosofía de la historia, opuesta a la de la naturaleza—; un nuevo método — el intuitivo—; un último problema filosófico — la morfología universal (que no entra dentro de las tres direcciones filosóficas de Wundt, o de las dos divisiones fundamentales de Windelband)—; esto en cuanto a la parte pura de la obra de Spengler. En cuanto a la aplicación, tenemos el concepto de culturas — opuesto al de humanidad—; la vida y el destino orgánico de esas culturas — en contraposición a la causalidad darwinista y comtiana—; el estudio de todos los productos culturales como símbolos — y no como cosas, en sentido de Durkheim—, símbolos que representan el sentimiento del alma cultural y concepción de la realidad. Así se funda una nueva estética, una nueva ética, una nueva filosofía de la naturaleza o sea de las ciencias, una nueva historia, y en algún próximo artículo estableceremos también cómo se construye una nueva fisiología y una nueva psicología. Nos da un nuevo concepto de verdad en el sentido einsteiniano: "la verdad no es objetivamente absoluta, sino objetivamente relativa". (Nótese que no es el relativismo subjetivo de antes). Spengler niega la existencia de verdades generales, definitivas, inmortales, diciendo que la cultura determina el cristal con que se mira a la realidad; y lo que es el mundo para el hombre de una cultura, es muy diferente de lo que es para el de otra. Pero en cierto párrafo de su obra admite la existencia de valores eternos, al notar que hay algunos de una ampísima validez, y que son independientes, al parecer, por lo menos, de la cultura y del siglo a que pertenece el sujeto cognoscente; con lo cual creemos que vuelve a la sana doctrina, porque no es posible desconocer que el "hombre" siempre es el "hombre" y que existe y perdura algo idéntico e irreduciblemente humano.

La filosofía de Spengler significa la muerte del darwinismo — el principio de la evolución se reemplaza por la idea del destino—; se da como última y definitiva en el mundo de Occidente. No es metafísica, sino que estudia la vida en la realidad; ni p.s.mista pues anuncia la alborada de un nuevo mundo cultural. Es una concepción genial, expuesta con toda la fuerza divina del genio, con la cual se coloca Spengler a la altura irmarcesible de un Kant o de un Platón o Aristóteles, por la potencia de su pensamiento, por la audaz transvaloración que realizan, y por el estudio definitivo que hacen de la realidad, siendo sus obras la expresión de los puntos de vista de toda una cultura: Kant, el sistemático; Spengler, el intuitivo. Aristóteles, el realista; Platón, el idealista. Sistema y realidad; intuición e ideal.

ALBERTO M. ETKIN.

■ No Cuarto.

**Argentine Literature. A Bibliography of Literary Criticism, Biography, and Literary Controversy.** by Sturgis E. Leavitt, professor of Spanish. University of North Carolina Studies in Language and Literature. Number I. 1924.

El profesor de español de la Universidad de Carolina del Norte, señor Sturgis E. Leavitt, estuvo en Buenos Aires, hace dos o tres años, documentándose a fin de publicar en su país un trabajo bibliográfico sobre literatura argentina, lo más completo posible. Las principales fuentes de información fueron — él mismo nos lo dice —, la Biblioteca Nacional, la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras y las colecciones privadas de los doctores Estanislao S. Zeballos y Ernesto Quesada. Además examinó o llevó consigo las principales publicaciones literarias aparecidas en el país. Entre ellas ha puesto a contribución en primer término a la revista *Nosotros*, la que se encuentra mencionada en cada una de las páginas de este minucioso estudio bibliográfico. Así encontramos allí citadas todas las críticas publicadas en *Nosotros*, hasta 1922, por Nicolás Barros, Alfredo A. Bianchi, Arturo Cancela, Nicolás Coronado, Rafael de Diego, Roberto F. Giusti, Julio Irazusta, Samuel Linnig, Manuel G. Lugones, Alvaro Melián Lafinur, Julio Noé, Anibal Norberto Ponce, Luis Rodríguez Acasuso y demás escritores que publicaron en *Nosotros* trabajos bibliográficos. Indudablemente este folleto (primero de una serie) prestará innegables servicios a los estudiosos norteamericanos.—N.

**La Acción de Maipú.** Sainete gauchesco. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura Argentina. Director: Ricardo Rojas. Sección de Documentos. Tomo I, Nº 2. B. A., 1924.

El original del sainete de autor anónimo que el Instituto de Literatura Argentina publica en este opúsculo — págs. 21-56 del tomo I — se halla en la biblioteca nacional (Teatro americano, manuscritos, 14.763). Ha vigilado esta publicación Jorge Max Rohde, quien juzga en la noticia preliminar que "esta obra se caracteriza por su atmósfera rústica y por la frescura y espontaneidad de su diálogo". El editor supone que debió de ser compuesto hacia 1818.—N.

**La Libertad Civil.** Pieza en un acto (año 1816). Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Literatura Argentina. Director: Ricardo Rojas. Sección de Documentos. Tomo I, Nº 3. B. A., 1924.

La pieza dramática intitulada *La Libertad Civil* que hoy reedita el Instituto de Literatura Argentina en este opúsculo — págs. 57-72 del tomo I. — fué publicada en *La Lira Argentina* (Buenos Aires, 1824, páginas 98 a 111). Se trata de un *a propósito* patriótico de entonación pseudo-clásica, escrito en 1816, con motivo de la jura de la independencia y acaso representado en Buenos Aires. En la Noticia preliminar escribe Ricardo Rojas: "En mi ejemplar de *La Lira Argentina* que, según el anticuario que me lo vendió, pertenecía a Juan María Gutiérrez, una nota marginal, escrita a lápiz, ha puesto con interrogante el nombre de Esteban de Luca, sugiriendo el del probable autor de esta pieza. No me parece una atribución insostenible, si se tiene en cuenta que es de Esteban de Luca el himno intercalado en la pieza, y que el resto de los versos recuerda al autor de las odas".—N.

## Libros y folletos recibidos en el mes de Abril

*Desinflando Globos*: por Z. V. Arana. — Editorial Bayardo. — Reconquista N° 455, B. Aires.

*Viajes Sentimentales*: por Rafael Estrada. — Primera Serie — Imprenta Trejos Hnos., San José, C. R.

*El Médano Florecido*: por R. Francisco Mazzoni. — Novela — Cooperativa Editorial "Buenos Aires", Limitada. Rivadavia N° 1573. — Buenos Aires, 1924.

*Sus Mejores Poesías de la Adolescencia*: por Julio Garet Más. — Talleres Gráficos Ateneo — P. Libertad 1139 — Montevideo.

*Vida Virgen*: por Gilberto Beccari. — (La Novela del Gran Chaco). Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. — Traducción del Italiano por Andrés González Blanco.

*La Gloria del Corazón*: por Adela García Salaberry — (Novela) — Buenos Aires, 1924.

*Música Profana*: Poesías, por José Rotundo — Editorial "El Pensamiento". Superi N° 2572, Buenos Aires.

*Después del Naufragio*: por Antonio Moreno y Oviedo — Editorial "Cultura" — México.

*Oda Roja*: a la Memoria de Felipe Carrillo Puerto — Gobernador de Yucatán, por Rafael Cardona — Imprenta de Sánchez y De Guise — Guatemala, C. A.

*El Tormento de Vivir*: (Tristes Amores de una niña Ingénua) Novela por Arturo Montori. — Imprenta "La Propagandista" de Máximo Gómez, 87 y 89 — Habana, 1923.

*Caballitos de Ciudad*: por Angel Guido — Motivos de Exposición Rural — Rcsario — 1924.

*Nuestros poetas*: Antología Chilena Moderna. Recopilación, prólogo y notas de Armando Donoso — Editorial Nascimento — Ahuniada Número 125 — Santiago de Chile, 1924.

*La Visión de los Siglos*: por Alvaro Leonor Ochoa — Imprenta A. Román — Guadalajara, Jal. — 1924.

*Sed*: por C. Delgado Fito — Poemas — Imprenta Porter Hnos. E. Rics 1583-85. Buencs Aires.

*Chefs-D'Oeuvre*: de Adam Mickiewicz. — Traduits par lui-même et par ses fils, avec une notice sur la vie de l'auteur par Ladislas Mickiewicz. — Editions Bossard — 43, Rue Madame — Paris, 1924.

*Lettres a un Ami*: de Alexandre Ribot — Souvenirs de ma vie politique — Editions Bossard—43, Rue Madame—Paris, 1924.

*Reception des Signaux Horaires*: Renseignements météorologiques, sismologiques, etc. Transmis par les postes de telegraphie sans fil de la tour Eiffel, Lyon, Bordeaux, etc. Publiés par Le Bureau des Longitudes. Paris. 1924.

*Evolución de las Ciencias en la República Argentina*: IV — Las Matemáticas en la Argentina, por Claro Cornelio Dassen — Edición de la Sociedad Científica Argentina. Casa Editora "Coni", Perú 684 — Buenos Aires, 1924.

*Consideraciones sobre Laringectomía y Aparato de Fonación en los laringectomizados*: por el Dr. Jorge Leyro Díaz. — Prof. suplente de Clínica quirúrgica de la Facultad — Buencs Aires.

*Cronicon* — 1883-1886: por Benito Pérez Galdós. — Editorial Renacimiento — Madrid — Vol. VI.

*Nuestro Teatro*: por Benito Pérez Galdós. — Editorial Renacimiento. — Madrid.

*La pobre Mariucha*: Poema, por Raphael Romero y Cordero — Editorial "Philelia" Cuenca, Ecuador. Casilla 51.

*¿Cómo encontrar la felicidad en el matrimonio?*: por Adelia Di Carlo. — Imprenta López — Bolívar N° 535, Buenos Aires.

*Biblioteca de Libros Americanos*: Tomo II — Leyes y Ordenanzas Nuevamente Hechas para la Gobernación de las Indias — Editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

*La Sagrada Cripta de Pombo*: (Tomo II, aunque independiente del I, pudiendo leerse el II, sin contar con el I): por Ramón Gómez de la Serna. — Madrid — 1924.

*Anatole*: por Salvador Alfredo Gomis. — Versos — Editorial "Juventud", Buenos Aires.

*El Problema de la Originalidad de la Literatura Cubana*: Conferencia leída en el Ateneo de La Habana, por el Dr. Aurelio A. Boza Masvidal. — La Habana — Cuba, 1924.

*Fronda Otoñal*: por Agustín P. Rivero Astengo. — Poesías — Buenos Aires, 1924.

*Acerves del Surco*: por Alfredo C. Rossi Denevi — Poesías — Buenos Aires, 1924.

*Mensaje de Vasconcelos a los Estudiantes Peruanos*: editado por "Juventud" — Revista de los Estudiantes Renovadores de la Universidad de la Habana.

*La Familia primitiva*: por el Prof. Dr. Alfredo Castellanos. — Conferencia de extensión universitaria — Universidad Nacional del Litoral. — Facultad de Ciencias matemáticas, físico-químicas y naturales, aplicadas a la industria — Rosario — 1923.

## EL ARTE Y LAS LETRAS ARGENTINAS, JUZGADAS EN EL EXTRANJERO

**L**A *Revue de l'Amérique Latine*, la hermosa revista que dirige en París nuestro colaborador y amigo Ventura García Calderón, publica en su número de Abril, una interesante reseña sobre "El teatro argentino", escrita por Antonio Aita. Complicados la transcribimos:

Contamos ya con tres o cuatro dramaturgos europeos. La mejor manera de disminuir el valor de un artista es reduciendo la trascendencia al pueblo o región en que ha nacido o habite. Por eso, al decir europeo, quiero significar autores que han realizado una obra de arte que por su inquietud o su visión, pueda ser francesa en Francia, como italiana en Italia.

El regionalismo produce siempre obras efímeras. ¿Cuántos lectores tienen las novelas de Pereda con sus eternos temas locales y el mismo ambiente comarcano, comparado con las novelas de Pérez de Ayala, en cuyas páginas hay un fervor universal? Pérez de Ayala es tan interesante en París como en América. En cambio Pereda solo interesa en España, y a un público muy reducido. Eso mismo ha ocurrido con nuestro teatro.

Martín Coronado y Nicolás Granada, fueron los autores dramáticos del romanticismo, y los cultores del teatro regional. Coronado y Granada dieron expresión artística al lamento del gaucho desalojado de sus hábitos por la civilización. El circo bullanguero fué desalojado por ese teatro que empezaba a adquirir formas cultas. El gaucho fué el tema de toda esa generación de poetas y dramaturgos. El gaucho que solo fué un elemento de transición en nuestra evolución social, se convierte entonces en el arquetipo de nuestra raza, mezcla de héroe y bandido. Y lo más curioso es ver que todos celebrasen ese argumento, sin pensar que el gaucho en nuestro país fué el elemento retardatario por excelencia, el enemigo más encarnizado de la civilización. De manera que todos esos cantos a la leyenda gaucha, vendrían a convertirse en apología de la incultura.

El gaucho fué un espíritu sentimental, con una sensibilidad aguzada por la eterna contemplación del misterio en las vastas soledades de la pampa, como lo es el paisano de las estepas rusas. Fué un soldado lleno de arrojo y bravura, en nuestras guerras civiles, como antes lo había sido el indio. Y nada más.

Con Florencio Sánchez se incorpora a nuestro teatro la preocupación por los problemas universales. El teatro argentino va a entrar en la faz europeizante, abordando el estudio de las cosas humanas que forman la civilización. Abandona la preocupación por las cosas pequeñas y localistas, y va hacia lo fundamental y durable. Florencio Sánchez fué un dramaturgo de una visión intensa, con un sentido de la realidad de gran potencia evocadora, pero carecía de sensibilidad artística y de cultura. Espíritu

atento, observador perspicaz, constructor vigoroso de escenas y ambientes, puede escribir *M'hijo el doctor* o *Barranca Abajo*, dos modelos de equilibrio escénico y de fuerte intensidad humana como no han sido superadas en nuestro teatro. Son dos obras espontáneas escritas sin ninguna preocupación intelectual.

Florencio Sánchez fué un gran dramaturgo por el dominio de la acción escénica, por la aguda penetración para trasladar la realidad observada, y por la honda inquietud humana que hay en todas sus obras. Pero carecía de cultura para expresar con claridad su pensamiento y sus atrevidas ideologías, y de sentido artístico para saber traducir los diversos matices de la pasión humana. La obra de Sánchez será siempre estimada como una bella manifestación de un espíritu vigoroso, pero le falta armonía para poder ser considerada como una obra de arte.

Con Roberto J. Payró el teatro va a tomar otro aspecto. La inquietud social, la preocupación por los problemas políticos. Es la época de las agitaciones obreras, y de revisión del viejo concepto de moral social. Surgen entonces *Marcos Securi*, que recedita con muy pocas variantes el mismo conflicto ya planteado por Giacometti en su *Morte Civile*.

Lo que más interesa en Payró, es su honestidad intelectual, y el generoso idealismo que predomina en toda su producción intelectual. La obra en sí no interesa, carece de sentido artístico y de esa penetración intensa de los caracteres que ahonda magistralmente en el *Triunfo de los otros* y en *Sobre las ruinas*, la más acabada realización dramática de Payró.

El teatro de José León Pagano, es indiscutiblemente el más artístico. La expresión cuidada, el diálogo elegante, el análisis sutil de las almas y esos verdaderos dramas de caracteres, dan a sus obras un valor universal. Su primer ensayo dramático fué un drama filosófico con marcada influencia del procedimiento simbolista puesto en boga por los dramaturgos escandinavos, representado con mucho éxito en Europa. En sus obras verdaderamente dramáticas se ve la garra del observador y del psicólogo de primer orden, rudo, directo, que procura divisar en la vida, los conflictos de moral y de conciencia que atormentan a sus protagonistas, antes de fijarlos en su imaginación como simples fantoches o tipos pueriles. El teatro de Pagano es lleno de movimiento, y por la fuerza del concepto, la precisión del diálogo y la hondura de la observación, tiene en nuestra escena la misma significación que el de Henri Bernstein en Francia.

César Iglesias Paz fué un dramaturgo de una agudeza de observación muy intensa. Todas sus obras revelan una preocupación estética superior y un delicado sentido artístico. El teatro de Iglesias Paz, no tiene la fuerza del analista de la pasión, ni la penetración muy intensa del psicólogo, pero sus obras revelan una sensibilidad rica atormentada por el choque de fuertes emociones, y una honda inquietud moral.

Martínez Cuitiño es un dramaturgo un poco artificioso, por lo tanto los asuntos abordados en sus comedias carecen de interés permanente. A pesar de que su obra tiene valores desiguales es un autor de fuerza dramática y un espíritu alerta a toda preocupación de belleza.

Entre los jóvenes hay algunos espíritus interesantes como González Castillo y Guiburg, autor de una bella comedia *El Sendero en las tinieblas*. El teatro por sección ha industrializado la escena, haciendo malograr todo intento de obra bella. La preocupación artística, ha sido sustituida por el afán de enriquecerse.

Ultimamente algunos hombres de letras han iniciado sus actividades en el teatro, ofreciendo obras de diversos valores.

El gran crítico Paul Groussac estrenó *La Divina Punzó* un drama histórico de gran fuerza evocadora, construido con la seguridad y el estilo de un maestro. El éxito de ésta obra ha venido a demostrar una vez más,

qué útil es el teatro como instrumento de perfección espiritual, cuando en él hay emoción y belleza.

Arturo Cancela, con su comedia *El origen del hombre*, no ha estado a la altura del prestigio conquistado con sus *Tres Relatos Porteños*. La obra carece de esa aguda ironía y de la penetración psicológica de los personajes de que hizo gala en sus célebres relatos.

*La Luciérnaga*, de Enrique Larreta, es una comedia que no hace honor al talento del autor de *La Gloria de Don Ramiro*. Versificada pobremente, con ese gusto cursi a lo ampuloso que cultivaron los poetas románticos españoles y americanos. Versos de estilo oratorio, sonoros, sin esa fuerza interior que da la emoción. El asunto mismo de la comedia, ha sido tratado con recursos de melodrama, sin intensidad, ni psicología. La obra carece de armonía y de belleza poética.

El teatro argentino recién está formándose y su repertorio lo constituyen apenas diez o veinte obras. Esta manifestación asombrará a los que se enteran de que en nuestros teatros se estrena una obra casi diariamente. Pero es que hay industriales de la escena como los hay de zapatos. Y en este artículo he querido hablar únicamente del teatro argentino, que tiene expresión artística.

EN el N° 720 de "*Revista de Revistas*", de México, encontramos el siguiente juicio sobre el libro de nuestro amigo Carlos Obligado, "*De los grandes románticos*":

"Carlos Obligado, el joven y distinguido poeta argentino, nos ofrece una serie de traducciones en verso de los más bellos y vigorosos poemas de los grandes románticos franceses: Vigny, Lamartine, Hugo y Musset. Digna de encomio es la labor de Obligado que, además de ofrecernos en murrinas copas el exquisito vino añejo de los magnos románticos, renueva la meritoria labor de los Valencia, los González Blanco, los Diez Canedo y los González Martínez, a cuyo lado habrá de figurar dignamente en lo sucesivo. Dada la pureza de la traducción, lo delicado de las formas estróficas y la excelente presentación de la edición, el libro de que nos ocupamos obtendrá un lugar distinguido en nuestras bibliotecas".

## LAS REVISTAS

Azorin.

**M**ERCURIO PERUANO, ha publicado el siguiente artículo de Federico de Onís, director del Departamento Español y profesor de Literatura Castellana de la Universidad de Columbia:

Si hubiera que escoger entre los escritores españoles contemporáneos el más representativo del periodo, aquel en quien se encuentren reunidas y armonizadas las múltiples tendencias de la época, sería sin duda Azorin el escogido. Su obra literaria parece a primera vista muy sencilla y personal, y desprovista por lo tanto de la complejidad y valor representativo que acabamos de señalar. Pero al analizarla veremos cómo esa sencillez es sólo aparente y no nace de la pobreza y parcialidad de elementos sino de la perfección y unidad sintética, y cómo el carácter marcadamente individual de este autor está formado de los rasgos propios de esta época, que se encuentran esparcidos en los diversos autores.

Azorin es el más joven de la primera generación de los escritores contemporáneos, es decir, de aquel grupo de hombres profundamente originales que abrieron revolucionariamente los caminos de una nueva España y echaron las bases de una nueva época; y siendo el más joven fué, sin embargo, uno de los primeros en aparecer cuando apenas tenía diecinueve años, en 1893, fecha de publicación de su primera obra: un ensayo sobre Moratin, publicado bajo el pseudónimo de *Cándido*. Esta obra, así como otras once publicadas entre ese año y el de 1901, han sido repudiadas por su autor al no incluirlas en la lista de sus obras ni en su colección de *Obras completas*. Sólo una obra de ese periodo se ha salvado: *El alma castellana* (1900). Es muy natural que un autor rechace la paternidad de los frutos prematuros de su ingenio juvenil, que ordinariamente no llegan a alcanzar los honores de la publicación; pero estas obras de Azorin, aun teniendo todos los defectos de obras escritas en extrema juventud, ofrecen un interés excepcional por lo que nos ayudan para conocer los orígenes y formación — siempre oscuros y misteriosos — de un autor y de una época. Por eso, si sería injusto traer a este estudio dichas obras considerándolas productos genuinos y maduros de la verdadera personalidad del autor, no lo es que nos acerquemos a ellas para ver a través de qué vacilaciones y tropiezos llega un gran espíritu al descubrimiento y la afirmación de su originalidad, y a su incorporación en la época que le rodea y le sigue. Las vacilaciones y tropiezos son mayores y son más interesantes cuando se trata de un autor y una generación como éstos, cuyo espíritu se ha sentido en contradicción con lo constituido y en la necesidad por lo tanto de cambiar los fundamentos mismos de la vida espiritual. La juventud de José Martínez Ruiz (porque aun no existía Azorin, aunque existía ya desde su primera obra el gusto por el uso del pseudónimo, pasando en este detalle por las mismas vacilaciones

que en lo demás, hasta llegar al seudónimo definitivo) muestra con claridad este proceso; porque en esas obras condenadas al olvido y que hoy son rarezas bibliográficas, vemos las peripecias que durante diez años sufrió en su vida espiritual un escritor tan independiente y original que desde los diecinueve años se nos presenta emancipado del influjo del ambiente reinante y en pugna abierta con él; un escritor que por haber entrado tan joven en la batalla, que entonces sólo se iniciaba, pudo en los muchos años de juventud que le quedaban por delante, no sólo apurar y consolidar sus propias ideas y aspiraciones de renovación, sino enriquecerlas con la asimilación de las que traían los demás, muchos de ellos hombres más maduros y conscientes, que por entonces y poco después empezaron a surgir y a alinearse en la línea de batalla. De ahí que este autor sea, como al principio decíamos, el que mejor que ningún otro podría simbolizar esta época en la variedad de sus tendencias y aspiraciones.

Contribuye a ello su temperamento peculiar, que se caracteriza, como veremos más extensamente, por una cualidad rara en España y más rara aun en esta época: la discreción, la racionalidad, la reflexión y la mesura, que le permiten armonizar en una obra serena y equilibrada el mundo complejo y variado de las observaciones, los sentimientos y las ideas. En una época combatiente, en que la exageración y exclusivismo de lo individual se ha llevado al extremo, una obra como la de Azorín, sin dejar de participar del carácter dominante de la época, nos da la impresión, con su mesura, comprensión y tolerancia, de un terreno de paz y concordia donde todas las violencias sueltas, al encontrarse juntas, entran en suave acuerdo y armonía. Esta cualidad no está reñida con la audacia innovadora y paradójica de que ha dado tantas pruebas Azorín, a veces muy ruidosas: es tan individualista como el que más y su yo está siempre presente en su obra; pero su yo aparece en ella, no como una fuerza dinámica que arrolla y suplantando todo lo demás, sino de una manera contemplativa y estática, actuando, como un centro de atracción en torno al cual se organizan las cosas en movimiento centripeto. Mientras otros autores, como Baroja, tienden a la vaguedad y la dispersión, Azorín siente siempre una necesidad de concentración, y su procedimiento creador consiste en fijar sus ojos en una cosa sola y muy a menudo en un detalle pequeño y al parecer insignificante de aquella cosa, y sobre ese punto acumular el máximum de relaciones y sugerencias.

Nació José Martínez Ruiz en 1874, en Menóvar, pueblo de la provincia de Alicante, entre la costa mediterránea, y la Mancha castellana. El carácter peculiar de esta región, que por un lado se asoma a las blandas y exuberantes vegas levantinas y por el otro tiene a sus espaldas la árida estepa castellana gris, se refleja el carácter de Azorín que tiene la fuerza de la visión plástica de un levantino templada y espiritualizada por el intelectualismo y reconcentramiento del castellano. Azorín nos ha contado minuciosamente en algunas de sus obras, lo más íntimo de su vida en aquella tierra bella y triste durante su infancia y juventud, y sabemos cómo su alma de niño tímido y reconcentrado se amasó en la contemplación de la naturaleza bella y de la vida inerte de los pueblos dormidos. Este sedimento ha quedado en el alma de Azorín como el fondo de su temperamento, sin que los años que ha pasado en Madrid mezclado a la vida periodística, literaria y política lo hayan cambiado esencialmente.

Con este bagaje de timidez y melancolía, una sensación muy viva y dolorosa de la realidad de España, un atisbo del hervor espiritual que por entonces existía en el mundo y muchas inquietudes en la cabeza penetró el joven Martínez Ruiz en el Madrid de la Restauración donde toda ficción tenía su asiento. Famosa, antes que sus obras, fué la manera

la intimidación subjetiva del sentimiento, la preocupación por el pasado de España, en sus relaciones con el presente y la expresión sencilla, matizada, directa, antioratoria. Sobra en aquellos libros lo que hay en ellos, como en toda obra juvenil, de pegadizo e imitado, y sobre todo lo que hay de exagerado y cínico en algunos de los folletos de combate. Un librito como *Charivari*, cuya publicación cayó en los círculos literarios como una bomba, y que está formado por la anotación escueta, fría, implacable de los hechos y dichos de las gentes del mundo literario y periodístico madrileño, entre quienes se movió a su llegada a Madrid aquel joven provinciano, silencioso, tímido e incomprendido, tiene todos los caracteres exteriores de un libelo y se comprende que hombre tan delicado e impersonal como Azorín haya tratado más tarde de retirarlo de la circulación. Y sin embargo, es éste folleto un documento inapreciable para reconocer los orígenes de esta época y muestra bien en el fondo de los ataques personales una concepción de la vida, el arte y la sociedad que trata de imponerse.

Las influencias dominantes en toda la obra de Azorín se encuentran ya en este primer periodo. Son estas muchas y diversas, porque Azorín ha sido siempre hombre de libros, casi un erudito; pero en esto, como en todo, el temperamento de Azorín muestra una propensión extraordinaria al orden, a la continuidad y a la fijeza. Montaigne y Gracián son siempre los autores predilectos. Aparte de estos dos, se ve que la literatura moderna francesa y la clásica española son las que han contribuido más a formar su espíritu, que ofrece una rara mezcla de afrancesamiento y casticismo. La influencia de Flaubert es la más honda entre todas las extranjeras y quedó profundamente asimilada desde su juventud; pero además, en una o en otra forma, han dejado en él su huella otros autores franceses, especialmente Teófilo Gautier, Stendhal, Anatole France, Maeterlinck — cuya *Intrusa* tradujo en su juventud — Taine, Lemaitre, Barrés. Sufrió también alguna influencia de la ideología de Nietzsche, y se le encuentra semejanza con algunos escritores más distantes como Sterne y Turgueneff, que en el caso de este último puede ser mera coincidencia.

Siendo Azorín hombre de mucha lectura, sería demasiado prolijo tratar de reconstruir en detalle su formación espiritual. Lo importante es señalar que influencias tan diversas como las que hemos indicado, lo mismo que las secundarias, han sido fundidas y unificadas en la personalidad original de Azorín, no sólo todas ellas, sino además con la copiosa lectura de obras españolas de todos los tiempos. Ya veremos lo que Azorín ha escrito sobre la literatura y la vida españolas del pasado; señalemos aquí solamente que en la formación de su estilo y de sus ideas han predominado ciertas épocas y ciertos autores, a saber: los clásicos primitivos, como la *Celestina*; los tratadistas del siglo XVII, como Gracián y Saavedra Fajardo; los críticos del siglo XVIII, como Cadalso; en el romanticismo, Larra; y en su tiempo, no los más grandes escritores, contra los cuales reacciona, sino alguno excepcional como el escritor de historia y de política, Francisco Pi y Margall. Así vemos que selecciona a través de las distintas épocas aquellos autores, a veces de poca importancia, que coinciden con su temperamento, bien por la sencillez primitiva o rebuscada del estilo, bien por la comunidad de ideas y preocupaciones sobre todo acerca de la realidad española. En conjunto, por su buen gusto y mesura, su parquedad de pasiones, su curiosidad enciclopédica y hasta por su afrancesamiento, parece más que nada un hombre del siglo XVIII redivivo: pero con un elemento más: el lirismo ultrasensitivo, la viva sensación del yo, no a la manera apasionada y aparatosa de los románticos, sino a la pasiva, introspectiva y algo morbosa del neo-romanticismo de fines del siglo.

Cuando Martínez Ruiz se encuentra definitivamente a sí mismo, al escribir *La voluntad* (1902), escribe en ella, no la novela objetiva y social que llamamos naturalista, sino la novela de sí mismo, la historia sentimental de Antonio Azorín, un personaje cuya vida es toda interior, que no ha hecho más que dudar y contemplar, y que recogido en sí mismo, en el mundo de sus emociones y sus ideas, sin fuerza de voluntad que le ane al mundo de la acción se autoanaliza implacable y dolorosamente. Esta obra sin acción — que sólo podemos llamar novela dando mayor amplitud a este término —, este libro informe, ondulante, monótono, enfermo, es uno de los primeros jalones de esta época, una de las obras que crearon la nueva sensibilidad. En el alma de Antonio Azorín vibra toda el alma inquisitiva, atormentada, desorientada, de una juventud que nace en una época que se derrumba y en un pueblo agobiado por cansancio secular.

Ahondando más el alma de su personaje, es decir, en su propia alma y en la de su época, yendo más atrás a la adolescencia y a la infancia a buscar sus raíces profundas, escribe Martínez Ruiz a continuación otros dos libros: *Antonio Azorín (Pequeño libro en que se habla de la vida de este peregrino señor)* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904). Podrían titularse estos tres libros: la educación sentimental de Martínez Ruiz o de un joven español de fines del siglo XIX. Forman los tres una etapa bien definida en la obra de Azorín, caracterizada por el lirismo: en ellas tenemos su experiencia sentimental. Son, por lo tanto, las más puramente poéticas de sus obras.

Azorín, al analizar su mundo interior en estos libros, no escribe un diario semejante al de Aniel o al de Senancour, sintiéndose desligado del resto del mundo y analizando en el vacío el problema insoluble del sentido de la vida individual. Tampoco revive sus recuerdos de infancia como Renán o Anatole France, aunque se parezca al primero en la pureza sentimental y al segundo en la fina ironía; hay mucho más que la melancolía y el encanto del recuerdo en los recuerdos de Azorín. Sus recuerdos su alma toda, están hechos de materia española: son producto del ambiente moral de España. Y resultó que al buscar Azorín lo más íntimo y particular de su propio espíritu vino a encontrar un filón inagotable: la realidad española. Todos los españoles eran hechura de ella y los grandes artistas de todos los tiempos la habían interpretado cada uno a su manera; pero he aquí que Azorín inventa una manera nueva de verla y de interpretarla esencialmente, y la encuentra cuando trata de verse e interpretarse a sí mismo.

Resulta que todas las experiencias no tienen el interés de ser únicas o extraordinarias, sino de ser acostumbradas y comunes a todos; que todos hemos visto los mismos paisajes, las mismas ciudades, las mismas gentes, las mismas escenas que Azorín minuciosamente nos pinta. No sólo los hemos visto y nos son familiares sino que nos lo son en tal grado, que constituyen la trama del mundo habitual que nos envuelve a todas horas y en todas partes, y que por lo mismo no lo advertimos, como no advertimos la existencia de la atmósfera que nos hace y nos mantiene. Y por eso la lectura de las obras de Azorín, tejidas con todo lo que es vulgar e insignificante nos producen la impresión de máxima originalidad y de máxima emoción; la impresión de los grandes descubrimientos. Todo nuestro mundo se ilumina con una luz nueva y lo encontramos poblado de seres y cosas en que no hallamos parado nuestra atención y que sin embargo tienen una realidad mucho más profunda, duradera y significativa que las cosas y seres extraordinarios tras los que corren nuestra preocupación y nuestros afanes.

Es frecuente oír que Azorín carece de imaginación y de inventiva

porque no ha creado esos que llamamos caracteres, porque en sus obras no hay acción, porque la realidad que describe está formada de elementos de observación; y no se piensa que no hay imaginación más original y creadora que la que es capaz del esfuerzo supremo de ver lo que es a los ojos, Azorín ha abierto nuestros ojos a una nueva visión de los paisajes de Levante y de Castilla, de los pueblos y ciudades españolas, y de las gentes que en e los encontramos todos los días; y hemos tenido la sensación de que los veíamos por primera vez. Azorín ha enseñado a sentir la emoción íntima y sutil que hay en cosas que nos parecían faltas de toda poesía por ser vulgares, pequeñas, triviales y fugaces. Todo lo que Azorín ha tocado con sus manos se ha teñido como por encanto de poesía, de una poesía cuyas notas son la tristeza y la ironía.

Está hecho el mundo poético de Azorín de dos cosas que resultan coincidir esencialmente: su manera de ser subjetiva, la calidad de su temperamento original y la realidad circundante, la vida española. La psicología de Azorín — tal como aparece analizada en *La voluntad* y tal como es según lo que sabemos de su vida — es la de un hombre que posee en grado extraordinario todas las potencias del alma menos una: la voluntad; un hombre cuya fuerza intelectual y sentimental no han logrado resolverse en la acción. Azorín se siente a los veinte años sin fe y sin entusiasmo; de sus andanzas intelectuales ha cosechado tan sólo la inquietud y la duda, no ha llegado a identificar su espíritu con ninguna idea; de sus andanzas sentimentales le queda tan sólo el recuerdo de María Rosario, la muchachita contemplada calladamente en la adolescencia y casada con un hombre vulgar, y otros recuerdos aún más tenues y fugaces de mujeres vistas al pasar, en un tren, en una estación, en un hotel, en la calle, las mujeres que encantan un momento, con quienes no se cruza la palabra y a quienes no se volverá a ver. Ninguna creencia, ninguna pasión ha prestado al espíritu de Azorín la fuerza dinámica que lanza a otros hombres a la conquista de la vida. Y al fin, Azorín, pasada la irritabilidad neurótica que aún se encuentra en *La voluntad* y en *Antonio Azorín*, replegado sobre sí mismo, se resigna a contemplar el mundo en que no hay nada particular que tenga para él más interés que otra cosa cualquiera por haberlo hecho suyo, y lo contempla estático, impassible, como desde lejos y desde fuera, a la distancia infranqueable que entre el mundo y su alma han puesto el escepticismo y la falta de voluntad. Entonces escribe las páginas puras e intensas de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, libro de plenitud estética, libro armonioso y sencillo en el que todo, hasta los menores detalles, refleja la misma profunda originalidad.

Azorín, escéptico y desconfiado de todo lo grande, lo afirmativo y lo dinámico, se acoge a lo pequeño, lo inerte y lo pasivo. Sus ojos se convierten en un "maravilloso catalejo" por cuya lente no pasan los colores brillantes ni la luz con que a los ojos normales se esparce el mundo, y pasan en cambio los colores suaves y matizados que antes no nos dejaba percibir la luz cegadora. A esta luz se invierte la valoración emocional del mundo: lo oscuro, lo insignificante, lo diminuto adquiere relieve insospechado y pasa a la evidencia del primer plano. El catalejo de Azorín logra escudriñar la sombra gris que forma el fondo de todas las cosas, de todas las a mas, de toda la vida, y encuentra en él lo que no había encontrado en nada; la identidad y la permanencia. Todo pasa y acaba, la historia, los grandes hechos, las pasiones arrolladoras: sólo el fondo gris, el tejido oscuro de pequeñeces y vulgaridades que envuelve a lo grande y lo extraordinario, se repite constantemente igual; sólo lo fugitivo permanece y queda.

Esta es la sensación definitiva y esencial a que ha llegado Azorin a través de todas sus sensaciones, la que quedará para siempre como el tema central de toda su obra posterior: la sensación del tiempo, del pasar de todo lo que es el afán de nuestras vidas sobre el fondo de lo que dura más que nuestras vidas y nuestros afanes o de lo que dura siempre. ¿Se comprende ahora todo el sentido estético profundo que encierra esta tendencia de Azorin a ver en la realidad lo que nos parecía vulgar, mediocre, pasajero, insignificante, pero que lleva en sí misteriosa virtud de perduración? Sólo a la luz de este sentido trascendental y humano adquiere ese mundo el valor poético de que aparece animado en las páginas de Azorin.

No es Azorin, como suele decirse, una especie de miniatura u orfebre, que se deleita en una obra de detalles perfectos y acabados, que se encierra por limitación de espíritu en un mundo pequeño hecho de menudencias. No es tampoco — como ha demostrado Ortega y Gasset en el estudio más penetrante que sobre Azorin se ha escrito — un escritor de costumbres que se proponga describirnos minuciosa y exactamente mundos curiosos y pintorescos. Lo diminuto y lo vulgar no lo son en la obra de Azorin; tienen en ella un sentido profundo, poético y trascendental; están allí no por sí, sino en vista de lo grande, resultando de ellos una visión de la vida total, un modo de ver lo grande en lo pequeño. Pero teniendo lo pequeño y lo acostumbrado tal importancia en la obra de Azorin, es natural que para trasladarlo a ella use procedimientos que semejan a los de miniaturistas y costumbristas que semejan sobre todo a los pintores y escritores primitivos. Estos también, en su visión ingenua del mundo, querían dar realidad a sus obras mediante la acumulación de pormenores minuciosos. Y Azorin, no sólo por la importancia del detalle en su concepción poética, tan compleja y tan poco primitiva, sino por la necesidad de crearse un nuevo estilo capaz de expresar ese su modo nuevo de ver y de sentir, hubo de asemejarse a los primitivos en tono y procedimientos descriptivos, como han hecho tantos otros escritores cuando se han puesto ante la realidad como si éste fuera vista por primera vez. Por eso en estas tres obras a que nos referimos ahora, más especialmente, así como en las dos que siguen (*Los pueblos* y *La ruta de Don Quijote*) — obras en que Azorin encuentra su originalidad plena — se hallan en forma más exagerada que nunca antes ni después aquellos procedimientos de estilo, a que hemos aludido ya, chocantes y al parecer amanerados, pero que tienen sin embargo, profundo alcance e intención estética. Muchos de ellos parecían pueriles; pero en esta puerilidad reflexiva estriba su fuerza, porque los niños también como los primitivos tienen en su visión la frescura e ingenuidad de quien ve por primera vez. Cuando, por ejemplo, Azorin nos describe la luz eléctrica diciéndonos que las luces se apagan y encienden solas, es evidente que no es esa impresión directa y espontánea de la electricidad, sino una vuelta difícil y calculada a la visión espontánea de los niños o de los que ven la luz eléctrica por primera vez.

Por lo que hemos dicho se puede comprender cómo el uso al parecer insolente del adjetivo *pequeño* tiene en la estética de Azorin un significado mucho más importante que el de un simple e innecesario galicismo. Lo mismo diríamos del uso insistente del yo y de otros sujetos pronominales, que a veces da a sus relatos la apariencia de trabajos de composición escritos por un niño o por un extranjero, así como el uso de series consecutivas de sentencias cortas como si no existieran instrumentos gramaticales para la construcción del párrafo largo, compuesto y uno que nos legaron los grandes clásicos y que hoy es patrimonio de cualquiera persona vulgar que con el menor asomo de intención literaria se ponga a

escribir. Es evidente que hay en todo ello, no torpeza de escritor como la del niño, el primitivo o el extranjero, sino un deiberado y consciente propósito de producir una determinada impresión estética, de volver a la fuente de una sensación primera y espontánea de las mismas cosas de que tenemos una sensación ya formada, recibida y convencional. El uso de nombres vulgares a veces en retahilas y sin significación individual—don Pedro, don Juan, don Diego, etc.—, nombres de hombres o de ciudades de todos conocidos o que podemos aplicar a los hombres y ciudades que nosotros conocemos, pretende y logra darnos la sensación del mundo de personas y cosas vulgares que a todos en todas partes nos rodea. De la misma manera se encontraría la justificación estética de otros procedimientos de Azorin, que sólo son vacuos e innecesarios cuando han sido usados por otros formalmente y sin la intención poética con que él los usa: basten los señalados como ejemplo.

Ahora bien, decíamos que a través de esta psicología peculiar y de este modo de sentir y expresar la vida, Azorin había encontrado en el fondo mismo de sus sensaciones personales un modo nuevo de ver la realidad española: sus paisajes, sus tipos, sus pueblos y ciudades. Azorin se ha criado en un pueblo pequeño; ha pasado su adolescencia en Yecla, una vieja ciudad. Allí han transcurrido todas las cosas que nos cuenta en sus obras autobiográficas; allí ha almacenado todas sus impresiones que han quedado indelebles en su espíritu. Y el alma de Azorin, pasiva como un espejo, refleja la realidad de que ha estado rodeado, que le ha formado día tras día a su imagen y semejanza. El ambiente lírico de Azorin es la conciencia poética del ambiente real de España. Porque el carácter esencial de las cosas todas que existían en el horizonte limitado de las experiencias de Antonio Azorin no es local, sino que es el mismo que tienen las cosas que están más allá del horizonte las ciudades y pueblos de toda España y sobre todo del corazón de España, las Castillas.

Azorin, que es un mediterráneo, sabe darnos la visión impresionista de lo que entra por los ojos de esa realidad, por lo tanto, de lo local y lo presente: de ahí su arte de paisajista. Pero Azorin, castellano, busca el fondo universal y permanente de las emociones, el alma de las cosas. Y en el fondo de todas las cosas que le han rodeado en su infancia, descubre un mismo carácter, aquél que encontrábamos como unidad de su psicología individual y como tema de su lirismo: la sensación del tiempo.

No hay aspecto de la realidad española en que Azorin haya puesto sus ojos que no tenga un sentido espiritual y poético cuya raíz está en la presencia del pasado en el presente. Todo lo que hoy existe tiene su razón de ser en su pasado. En el fondo de la España de hoy está una España que ha sido, de la cual ésta es la decadencia y la petrificación. No trata Azorin de reconstruir el pasado a través de los restos que de él existen en el presente, sino de ver en la fisonomía de las cosas presentes la proyección de su realidad pasada que perdura misteriosamente en un modo peculiar de vida que consiste en vivir más allá de la muerte. Toda cosa española —personas, ciudades, paisajes— es una realidad que pasó y poderosa. La vieja ciudad de Yecla, todas las viejas ciudades de España, son la perduración de un pasado que fué vivo y cambiante y que hace siglos es inmóvil, inerte, cataléptico. No son ciudades muertas, como las que desentierran los arqueólogos bajo la lava de los volcanes, de las que todo latido de vida desapareció; son, por el contrario, ciudades cuya vida pasada ha adquirido una forma de fijeza muy semejante a la inmortalidad, que las libera del poder destructor del tiempo. Están pobladas de seres humanos en cuyas almas, gesto y acciones perduran también inmovibles a todo cambio e in-

fluencia los rasgos eternizados de las almas, gestos y acciones de sus antepasados.

Este modo de vida incambiable e impercedera, esta perduración de la muerte y del pasado, esta realidad superior al tiempo en la que pasado, presente y porvenir, son la misma cosa, es lo que nos hace Azorín sentir al pintarnos la realidad española. Y de esta multiplicidad de sentidos que hay en cada cosa nace su poesía. La cosa más pequeña en que se fija, y cuanto más pequeña mejor, muestra en su actitud fugaz e insignificante otra realidad escondida que la hace profundamente significativa y bella. Un hombre vulgar que va al Casino a jugar a las cartas, no es lo que parece: su realidad es múltiple; Azorín descubre que su gesto no es suyo, es el mismo de un hidago de los que poblaban la ciudad, de uno de sus antepasados. Menchirón, extraño individuo que no pasa de ser una curiosidad local, lleva escondida en su fisonomía el alma guerrera de sus antepasados, capitanes y soldados de los tercios de Flandes. La vieja o el labriego mansamente resignados tienen un gesto religioso en que alienta el espíritu de sus antepasados, los místicos, ascetas y fundadores. Toda la España inerte parece un país espectral, poblado de seres espectrales. Sobre todo lo existente pesa la inercia invencible del pasado; todo es una decadencia de otra cosa que ha perdido su energía creadora y vital, su poder de renovación y que ha quedado eternizada en las costumbres.

Nos hemos detenido a explicar los diversos elementos del mundo poético de Azorín tal como aparecen fundidos sobre todos en las *Confesiones* porque son los mismos que continúan intensificados y depurados en toda su obra posterior, y todo lo que hemos dicho puede aplicarse con mayor motivo a ella. El mundo de la emoción lírica, el de la realidad circundante y el de la historia son uno mismo e inseparable en Azorín. Al analizar sus sensaciones más íntimas encontró la identidad de su alma con el ambiente contemporáneo, y en el fondo de éste encontró siempre la huella del pasado. Puede ocurrir que en las obras posteriores predomine uno u otro de estos elementos; pero siempre están más o menos presentes los demás. Y en todo caso, el grado de armonía y equilibrio en la unidad de los tres indicará el valor e intensidad relativos de las diferentes obras.

En las tres a que nos hemos estado refiriendo hasta ahora más especialmente, predomina el elemento lírico. Vienen después *Los pueblos* (1905), obra en que predomina lo contemporáneo; el pequeño filósofo que encontró en su pueblo y en su vieja ciudad una interpretación de la realidad exterior va a aplicar a a los demás pueblos y ciudades tendidos al sol en las estepas castellanas. La emoción española se intensifica, pero no cambia. En todo lo que cae bajo su mirada, ve Azorín cada vez más definitivamente la permanencia del pasado. Un cuadro familiar presenciado en Esquivias se titula *La novia de Cervantes*. Se anuncia en él un libro que va a seguir inmediatamente: *La ruta de Don Quijote* (1905).

Aquí Azorín parte ya del pasado, de la literatura que nos ha conservado su trasunto, e invirtiendo su punto de vista, en vez de buscar lo que hay en el presente del pasado, busca lo que del presente hay en un pasado conocido y concreto. No trata de reconstruir como un arqueólogo o un erudito el mundo de Cervantes, en su totalidad objetiva, sino de volver a pasar por los mismos sitios donde Cervantes vivió, donde recogió las sensaciones de realidad que forman la trama de su libro inmortal y recoger a su vez la impresión lírica de esa realidad tal como hoy es. Esta impresión moderna no puede consistir sencillamente en la determinación de lo que queda en la realidad actual de la realidad que

el clásico vió y transcribió: esa sería obra intelectual y crítica, y la obra de Azorin es poética y creadora. La realidad en gran parte continúa siendo idéntica, no sólo la física, sino la humana, debido a esa nota de la vida española moderna, que la hace ser una petrificación y decadencia del pasado, sobre todo en sus formas rústicas y populares; pero aparte de la diferencia esencial que existe entre esas mismas formas de vida cuando eran creadas originalmente para satisfacer las necesidades de los hombres de una época y cuando son mantenidas pasivamente por la inercia de las costumbres, existe otra diferencia de trascendencia estética más honda, y es la de que para un espectador moderno, como Azorin, la impresión de la Mancha, es necesariamente el resultado complejo de la doble realidad física y poética que la Mancha tiene desde que Cervantes inspiró en ella el mundo de sus imaginaciones y sus sueños.

A partir de esta obra y tras un breve periodo de silencio, se inicia una época en la producción de Azorin, que es la culminación de su arte. La señalan, en progresión gradual de concentración e intensidad, *España* (1909), *Lecturas españolas* (1912) y *Castilla* (1912). Esta última obra, sobre todo, es la obra maestra de Azorin, la cumbre y síntesis de toda la larga labor anterior a través de caminos originales, aquella en que se logra con perfección y profundidad sólo concedida a los grandes clásicos, la armonía y unidad de los tres elementos que hemos venido analizando en la obra de Azorin: el lírico, el contemporáneo y el histórico.

Para llegar a la perfección suprema de esta obra han sido precisos ciertos cambios en la forma literaria que caracterizan a este principio que llamamos de plenitud. En una obra escrita al principio de él, *El político* (1908), hay un cambio, al parecer radical en el estilo. La obra es una de la serie en que en una u otra forma Azorin ha recogido su visión y experiencia del mundo de la política —ese mundo que siempre le ha atraído poderosamente buscando en él quizá llenar el vacío de acción que le atormentó en la juventud— mundo al que al principio se acercó como espectador irónico y del cual dió una visión nueva y poética al aplicarle su método de observar lo que pasa inadvertido, en sus impresiones parlamentarias, publicadas después en forma de libro, con el título *Parlamentarismo español, 1904-1916* (1916), y en el que ha tenido después una intervención activa que se ha reflejado en alguna de sus obras posteriores, que por tocar al campo enconado de las luchas políticas no han sido juzgadas con la debida serenidad y no se ha estimado a veces el valor literario y político que encierran.

El nuevo estilo que aparece en *El político* y continúa después, se caracteriza por la supresión de algunos procedimientos, ya indicados, que aunque lograsen un definido efecto estético, lo hacían a costa de la naturalidad y a veces de la contradicción con el carácter mismo del idioma. Suprimida la parte de afectación y violencia contradictorias con el espíritu de Azorin, queda de sus innovaciones depurado lo que es más verdaderamente suyo. El efecto inmediato es de una mayor tersura, concisión, precisión, limpieza de todo lo ornamental y llamativo, llegando a veces hasta la sequedad: la sencillez, en una palabra, que es la difícilmente lograda meta de un estilo.

Hay además en sus obras, a partir de *España* (1909), una tendencia creciente a la concentración que produce una forma literaria que participa más o menos de la naturaleza del cuento y del ensayo. *España* (*Hombres y paisajes*), *Lecturas españolas* y *Castilla*, son libros formados por varias obras de este género condensado, que culmina en alguno de los contenidos en *Castilla*. Cuando leemos *Las nubes* o *Una ciudad y un balcón* u otro de los cuentos-ensayos de *Castilla*, tenemos en breves páginas la síntesis de todo el mundo poético de Azorin. I:

repetición de un pequeño hecho casual y vulgar — la huída de un halcón—, la repetición constante del espectáculo más fugaz y cambiante de la naturaleza, las nubes, son el punto tenue, pero ligo y diamantino, en torno al cual giran las pasiones que, como en la tragedia ejemplar de la Celestina, arrebatan y consumen las vidas de los hombres. Un balcón en una ciudad y un hombre que desde él contempla con mirada meditadora y triste el espectáculo de la vida, son el punto fijo en torno al cual gira todo el torbellino de la historia. Una lucecita roja, una flauta en la noche, son el fondo perdurable sobre el que ruedan y pasan las vidas de los hombres.

Esta interpretación lírica y universal del sentido de la vida está toda hecha de elementos españoles, y la realidad pasada siempre presente en ella es la que fijaron en sus obras y nos transmitieron nuestros clásicos. Los personajes y las escenas de sus obras vuelven a vivir ante nosotros una vida nueva, sometidos a esta pregunta inquisitiva de Azorín, que pone a prueba su valor de eternidad, muy otro sin duda del que entraña su significación estética. No es Azorín en esta interpretación de los clásicos, un crítico, sino un poeta, y así no ha ayudado a conocerlos mejor pero sí a amarlos y sentirlos haciendo vivir ante el mundo contemporáneo a los personajes que ellos crearon con una nueva vida poética, además de nueva, moderna. Puede decirse que a él se le debe por esta razón nuestra literatura clásica más que a ninguno de los contemporáneos; nadie se ha acercado a ella con tanto amor, tanta constancia y tanto conocimiento. Y aunque su tratamiento de los clásicos sea, por lo que tiene de creador y poético, de naturaleza distinta del de un crítico y superior a él, no podría decirse con justeza que Azorín no sea también un crítico. En rigor es el mejor crítico impresionista que hay en España.

Ya en su juventud se sintió atraído por los clásicos e hizo una reconstrucción de la vida que ellos nos pintan, en su obra *El alma castellana* (1910). Y las obras todas que siguieron a *Castilla, Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1913), *Al margen de los clásicos* (1915), *El licenciado Vidriera* (1915), *Un pueblecito* (1916), *Rivas y Larra* (1916), *El paisaje de España visto por los españoles* (1917), es decir, casi toda su producción desde 1913, está constituida por ensayos y artículos de crítica literaria, sobre las obras clásicas y las contemporáneas. Su crítica es siempre personal y sugerente, y cuando se aplica a autores antiguos o modernos que coinciden con su temperamento es además penetrante y exacta. Autores olvidados o desconocidos han adquirido nueva vida gracias a su crítica simpática; igual ha ocurrido a veces con los grandes clásicos, más admirados que leídos.

De esta manera ha contribuido más que nadie a llevar a cabo lo que en este tiempo se ha llamado revisión de valores de nuestra literatura: la sustitución de la crítica convencional y recibida por una apreciación directa y sincera de los valores literarios consagrados. De esta revisión han salido ganando ciertos autores y ciertas tendencias — los que se acordaban mejor con el espíritu e ideales contemporáneos — y otros en cambio han salido perdiendo. Lo afirmativo de esta crítica de Azorín será sin duda lo más duradero de ella; no así lo negativo. El mismo Azorín en sus críticas más modernas rectifica juicios negativos anteriores y se observa un progreso constante hacia una mayor comprensión y objetividad.

Pero en todo caso el valor principal de la crítica de Azorín está en lo que de personal hay en ella. En las obras del último período que hemos citado y clasificado como críticas, por predominar en ellas el elemento intelectual, está sin embargo casi siempre mezclado con él el elemento poético que brillaba puro y sin mezcla en las páginas inmortales de *Castilla*.

Y cuando éste llega a ser predominante, como ocurre en *Al margen de los clásicos*, es decir, cuando Azorín mira a los clásicos con ojos de poeta más que de crítico, vuelve a escribir páginas que nunca morirán. La última obra de Azorín, *Don Juan* (1922), es una vuelta a lo mejor y más personal de su arte anterior, no sólo al de la etapa que culmina en Castilla, sino más atrás, a la etapa de *Los pueblos*.

Una personalidad literaria tan profundamente original como la que hemos tratado de analizar, en cuya obra se encuentran fundidos en un temperamento personal y en un estilo propio, una ideología que toca a los problemas esenciales del espíritu, una interpretación honda de la tradición española, una visión nueva de la realidad exterior y un sentimiento moderno y universal del arte, — es decir, una personalidad literaria completa — no ha podido menos que ejercer extraordinario y decisivo influjo en los espíritus y provocar todo género de acciones y reacciones a su alrededor. Tocando además su obra a lo más esencial de los problemas españoles, no hay español que no sienta que algo muy suyo se conmueve al leerla. De ahí que haya sido Azorín un escritor admirado y atacado sin tasa.

Su estilo ha sido imitado hasta el servilismo, por innumerables principiantes y ha sido objeto también de todo género de burlas, parodias, y críticas; sus ideas, sobre todo, acerca de España, han sido aceptadas por muchos como la verdadera interpretación del pasado y presente nacionales, mientras que otros las han denunciado como negativas de todo lo que España es y ha sido; sus cualidades de escritor ha sido igualmente exaltadas o empuqueñecidas, según quien las juzgara.

Lo positivo es que sólo un escritor de primer orden podría atraer de esa manera y en ese grado la atención de sus contemporáneos, y que la resultante de esas acciones y reacciones ha sido la incorporación definitiva al ambiente espiritual de España de lo que constituye la aportación original de este gran escritor. Sus ideas, sus emociones, su estilo, se encuentran ahora más o menos recónditos, no ya en sus imitadores, sino en mayor o menor grado en multitud de escritores jóvenes de todo el mundo que habla española, incluso en los que se dedican a los más modestos menesteres de la pluma, como periodistas y gacetilleros: han llegado a ser parte del fondo inconsciente que da carácter a toda una época.

He aquí cómo este escritor, cuyas innovaciones han sido siempre reputadas de antiespañolas por encontrarse en contradicción aparente con las formas recibidas y tradicionales del españolismo, resulta ser español en el más hondo sentido, por haber creado nuevas formas de sensibilidad que son parte esencial de la España de hoy y de mañana. La modernidad y el extranjerismo de Azorín no hubieran logrado esto si no fuera porque le han servido para profundizar más en las raíces de su espíritu y por lo tanto en las raíces de su casta. Castizo es Azorín por lo mismo que es original y moderno; español, por lo mismo que tiene de universal y extranjero. Su estilo y su lengua, hechos de arcaísmos y popularismos al mismo tiempo que de neologismos y extranjerismos, por el mismo procedimiento que usaron los clásicos, representa, como un espíritu, una fusión profunda de lo tradicional y lo moderno, una renovación legítima y fecunda de la lengua española. No hay camino del alma de Azorín por el que no se llegue a España, y uno de los modos de conocerla y sentirla será siempre acudir a sus obras: que es lo más que se podría decir de un escritor español.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### EL CONFINAMIENTO DE UNAMUNO

#### Algunos documentos

**R**AMÓN Gómez de la Serna nos ha dirigido la siguiente carta que publicamos complacidos:

*Señores directores de NOSOTROS.*

*Mis distinguidos amigos: me ha parecido que sería faltar a mis deberes de lealtad no escribirles unas líneas de protesta contra las injusticias cometidas por D. Miguel Unamuno, irritado con el momento actual.*

*Yo que como secretario del P. E. N. Club español preparé últimamente bajo la presidencia activa de Azorín, un banquete de respeto y de desagravio al desterrado y al espíritu grande en perpetua movilidad y en quijotesco desvarío perenne, puedo recusar esas insinuaciones sobre el diario El Sol, el más independiente de los diarios españoles, en cuyas páginas temperamentos contradictorios, a los que sólo se les pide originalidad, talento y solvencia moral, han gozado de toda la libertad apetecida.*

*No se puede decir nada que menoscabe ese gran diario vivificado por el admirable D. Nicolás M.<sup>a</sup> Urgoiti y dirigido por un espíritu tan diestro, tan liberal y tan honesto como el de D. Félix Lorenzo. ¿Cómo verter esas dudas que vierte Unamuno cuando es asiduo colaborador de El Sol D. José Ortega y Gasset, con Francisco Grandmontagne, Olariaga, García Vela, Andrenio, Adolfo Salazar, Pérez de Ayala, Díez Canedo, Luis Araquistain, Ramiro de Maeztu, Luis Bello, Fernando de los Ríos, Corpus Barga, Ricardo Baeza y el rebelde Bagaría?*

*Yo, como modesto escritor de todos los días en El Sol, tengo*

*que confesar que nunca consulté mis temas y que todos mis artículos aparecieron en plena libertad a la mañana siguiente, con todas las letras — tan buenos correctores hay — con que los deposité en el buzón de alcance durante la noche.*

*Admirador y asiduo lector de su revista, quisiera que figurase esta carta entre la documentación con que el lector lejano ha de situarse sin apasionamiento ni injusticia frente al momento actual del Marte español.*

*Quedo su devoto amigo,*

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

\*

El decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, ha recibido las siguientes notas de los profesores de las Universidades de Salamanca y Granada:

*"27-3-1924. — Sr. D. Alfredo L. Palacios. — Buenos Aires.*

*Distinguido señor nuestro: Como compañeros y amigos de D. Miguel de Unamuno, y como españoles que no nos podemos solidarizar con los tristes derroteros que sigue en la actualidad la gobernación de nuestro país, en manos de los más incapaces y corrompidos, sentimos la necesidad de felicitarle a usted muy vivamente y hacerle presente nuestro profundo agradecimiento por su ardorosa campaña de adhesión a aquel maestro ilustre que representa lo mejor y más noble de nuestro pueblo.*

*En esta hora sombría de persecuciones dictatoriales en que, dentro de la patria, se ahogan brutalmente todas las voces de protesta y rebeldía y se reprime como un delito cuanto signifique solidaridad con nuestro egregio compañero sojuzgado e infamado, tenemos que confiar en que los intelectuales del mundo entero, y sobre todo los de las naciones españolas de América, hagan oír su grito clamoroso de condenación a través de estas tinieblas de plomo que entierran al maestro.*

*La causa es universal: es la causa de la libertad, del espíritu y del Derecho.*

*A las nobles juventudes americanas y a sus dignos maestros.*

a los que nos ligan tantos lazos de gratitud y fraternidad, un saludo cordial y respetuoso, y para usted, ilustre compañero, nuestra estimación más profunda.

W. ROCOS. ENRIQUE RODRÍGUEZ MATA. A. FRÍAS."

\*

*"Honorable Sr. Dr. Alfredo L. Palacios, Decano de la Facultad de Derecho en la Universidad de Buenos Aires.*

*"Ilustre colega: He leído con emoción vivísima la noble protesta formulada por usted contra el acto safo y arbitrario de este desventurado Jefe de Gobierno que nuestra amada España padece. Veo, como esa su protesta ha nacido al calor de la emoción humana de que se alimenta la disciplina que profesamos. Sí, ilustre colega, los Derechos de la inteligencia al igual de los demás estatutos jurídicos de las minorías, hallan su eficacia máxima en la solidaridad intelectual de los hombres que ponen su desvelo, en hacer de la defensa de la personalidad el común divisor de sus idcarios.*

*"Los términos de su protesta coinciden con los someramente indicados por mí en la conferencia telegráfica que remiti al Jefe del Gobierno al tener noticia del atentado contra el Ateneo y contra el admirado Don Miguel. Esa conferencia, que a título de curiosidad se la incluyo, ha determinado mi procesamiento; esto no me conturba porque hay una tradición gloriosa en mi familia: fué lo que aconteció a mi inolvidable tío y maestro D. Francisco Giner de los Ríos.*

*Me he permitido enviarle en paquete certificado algunos de mis trabajos; acéptelos Sr. Decano como testimonio de mi homenaje cordial.*

*Tendrá un honor en cultivar su relación personal su S. S.*

FERNANDO DE LOS RÍOS.

Granada, 24 Marzo 1924.

\*

La conferencia telegráfica a que se refiere Fernando de los Ríos en su carta transcrita, fué la siguiente:

Granada, 21, febrero.

*Presidente Directorio Militar, General Primo de Rivera.*

*Sin extrañeza, pero con amargura, leo la resolución del Directorio contra el Ateneo, y el acto arbitrario realizado en la personalidad gloriosa de D. Miguel Unamuno. Como Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid, solidarizome de modo absoluto con la conducta de dicho Centro al no recatar a la discusión pública problemas políticos actuales no obstante conminaciones autoridad. En cuanto Catedrático, protesto, porque se sustrae a la Universidad el conocer de la exactitud o inexactitud de las faltas de asistencia que se imputan al Sr. Unamuno, de igual modo que se niega a tribunales de justicia discernir si hay o no motivos de sanción en las otras razones que se aducen para justificar la medida que se adopta. El poder puede impedir el ejercicio de los derechos que son patrimonio universal de los pueblos cultos, pero jamás conseguirá acallar la protesta contra ese su proceder mientras se mantenga viva la conciencia de la dignidad de la persona.*

FERNANDO DE LOS RÍOS.

\*

Romain Rolland ha publicado la siguiente alocución que firman con él un grupo de ilustres escritores y profesores:

POETAS: RAUL AUERNHEIMER, LEONARD FRANCK, MÁXIMO GORKI, HUGO VON HOFMANNSTHAL, ARNO HOLZ, HANS MÜLLER, ROBERT MÜLLER, ARTURO SCHNITZLER, FRANZ WERFEL, STEFEN ZWEIG.

PROFESORES: ALBERT EINSTEIN, SIGMUND FREUD, CARL GRÜNBER, DR. JULIUS TANDLER, RICHARD METTSTEIN; ALFREDO L. PALACIOS, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, HONORIO DELGADO, de la Universidad Mayor de San Marco (Lima), DR. ALFREDO ADLER, fundador de la escuela psicológica individual, RODOLFO GOLDSCHIED, DR. FRIEDRICH HERTZ, del Ministerio de Relaciones Exteriores, DR. WILHELM KIENZL, compositor., ALMA MARÍA MAHLER, esposa del compositor fallecido, ALEXANDER MOISSI, el actor

más renombrado del teatro alemán, ROBERT MUSIL, ISO BRANTE SCHWEIDE, DR. ADOLF WETTER, presidente del teatro del Estado, DR. EDMUND WENGRAF, presidente de la asociación de escritores "Concordia".

*No sin protesta vehemente permitiremos que se consuma la indignidad de que acaba de hacerse culpable el Directorio militar de España deportando a Miguel de Unamuno.*

*Miguel de Unamuno es la más alta gloria, no solamente de España, sino de todos los países de lengua ibérica. Es una irrisión vergonzosa ver a un gobierno que se dice patriota, despojar a la patria del más preciado florón de su diadema; y es lamentable que un rey, que tiene el sentimiento de la grandeza de su raza, se preste a esta abdicación.*

*Miguel de Unamuno es un héroe del espíritu, el pensador trágico y apasionado que por primera vez después de los desastres de la guerra hispano-americana ha levantado su pueblo a los ojos del mundo, ha despertado el genio de España y ha obligado a sus hermanas latinas, Francia e Italia, a inclinarse ante su prestigio.*

*Desde hace ya treinta años, su Quijotismo heroico rompe lanzas contra todas las injusticias y bajezas sociales. Su luz ardiente y sombría desgarrar las pesadas tinieblas en que se ahoga el pueblo español. El es el último caballero de la tierra caballeresca. Su ingrato rey acaba de proscribirlo. Que le juzgue el Mundo.*

*Nosotros, heraldos del pensamiento de Europa, clamamos nuestra indignación.*

### Federico García Godoy

**H**A muerto repentinamente, junto a la mesa de trabajo. Era cubano de nacimiento y dominicano de adopción, pero su espíritu, como el de otros tantos hispano-americanos ilustres, fué continental.

Crítico, novelista, periodista, dió a las prensas diez o doce volúmenes que lo acreditaron como escritor excelente. No era un novelista en la estricta acepción de la palabra: sus inclinaciones y sus estudios le llevaban hacia la crítica y la filosofía. Sus novelas, como *Rufinito* y *Alma dominicana*, aunque el autor así las titulara, no son tales, pues dominan en ellas las disposiciones de carácter

político y patriótico. Gran propagandista de la noble idea de desenvolver la personalidad colectiva, el alma hispano-americana, mediante la literatura, contra la absorbente raza sajona, hizo de esta preocupación el norte de su vida y de su obra. Fué el alma del movimiento nacionalista dominicano, comenzado en La Vega, donde vivía, con la fundación de la sociedad *Patria* y que continuó fervorosamente en periódicos, folletos, libros y conferencias; pero en todo momento mantuvo despierto su interés por las cosas, los hombres y los libros de toda América, y no son pocos los escritores argentinos que le debieron palabras de simpatía y de aliento. De NOSOTROS fué, casi desde la fecha de su fundación, cordialísimo amigo, y en esta revista publicó, a través de los años, numerosos trabajos literarios.

Entre sus libros recordamos: *Recuerdos y opiniones* (1907), *La hora que pasa*, *Rufinito*, *Alma dominicana* (1912), *Páginas efímeras*, reimpresas por la "Biblioteca Andrés Bello" con el título *La literatura americana de nuestros días* (Madrid, 1915), *Guaruma* (novela, 1915), *De aquí y de allá, notas críticas* (1916), y *Americanismo literario* (1917).

### El Concurso Literario Municipal

**E**L Jurado se ha expedido sobre los libros en prosa presentados al Concurso literario municipal. Ha correspondido el primer premio a Arturo Capdevila, por su libro *Del libre albedrío*; el segundo a Alejandro Castiñeiras, por *El alma de Rusia*, y el tercero a Elías Castelnuovo por el volumen de cuentos, *Tinieblas*.

*Del libre albedrío*, obtuvo el premio por los votos de Rafael Alberto Arrieta, Atilio Chiappori, Ricardo Gutiérrez y José A. Oria. Votaron por *La vida victoriosa*, de Carlos Alberto Leumann, los miembros del jurado Horacio Casco y Roberto F. Giusti; y por *Tinieblas*, de Elías Castelnuovo, el jurado Juan Torrendell.

Para el segundo premio votaron por *El alma de Rusia*, Casco, Chiappori, Giusti, Gutiérrez, Oria y Torrendell. Votó por *Los egoístas y otros cuentos*, de Guillermo Estrella, el jurado Arrieta.

Para el tercer premio se produjeron dos votaciones. En la primera empataron por tres votos, cada uno, *Tinieblas*, de Elías Castelnuovo, y *El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito*, de Arturo Lagorio. El jurado Giusti votó por *Los egoístas*, de Guillermo Estrella. Obligado a desempatar, lo hizo por *Tinieblas*.

Votaron por *Tinieblas*, en segunda votación, Arrieta, Giusti, Oría y Torrendell. Votaron por *El traje maravilloso*, Casco, Chiappori y Gutiérrez.

### Arturo Capdevila

**H**A partido para Europa, Arturo Capdevila, quien lleva el propósito de editar sus obras en España y de vincular estrechamente la admirable empresa *Calpe* a las letras y escritores americanos.

Hacemos votos por que nuestro amigo, uno de los talentos más privilegiados de la actual generación, logre para su obra en España el éxito y la admiración que ha alcanzado en la Argentina, y pueda realizar su propósito utilísimo de difundir nuestros libros en la península.

NOSOTROS.

# NOSOTROS

## AÑO XVIII — TOMO XLVI

---

### ÍNDICE

		Pág.
<b>A</b>		
Alvarez Juan .....	Joaquín V. González.....	169
Arrieta Rafael Alberto .....	Los dos caminos.....	235
Arslan Emir Emin .....	Jorquin V. González, íntimo...	200
<b>B</b>		
Battistessa Angel J. ....	Dos palabras.....	280
»    »    » .....	Un autógrafo de Anatole France	501
Bérard Carol .....	Las tendencias de la música francesa contemporánea.....	52
Berisso Luis .....	Angel de Estrada.....	270
Blanco Marcos M. ....	Joaquín V. González: Su obra educacional .....	219
Bonet Carmelo M. ....	La obra de Angel de Estrada..	273
Burghi Juan .....	El temor a la muerte (versos)	505
<b>C</b>		
Canter Juan (h.) .....	Bibliografía histórica .....	415
Carrizo César .....	Joaquín V. González.....	215
Contardo Luis Felipe .....	Misterium Sacrum (poesía) ...	341
Contreras Francisco .....	Tarde en el hospital. — Las cri- santemas (poesías) .....	340
Cruchaga Santa María Angel.	Cuando cierro los ojos (poesía)	355
<b>D</b>		
De Diego Rafael .....	Letras Argentinas: Verso ....	106
»    »    » .....	Alberto Mendioroz.....	292
De la Mota Arturo .....	Joaquín V. González.....	230
De la Vega Daniel .....	Las palabras (poesía).....	349
Domingo Marcelino .....	Poéticos en el destierro: La posición de D. Santiago Alba	380
Donoso Armando .....	La Poesía Chilena Moderna...	303
Dublé Urrutia Diego .....	La estrella desconocida (poesía)	338

	<b>E</b>	Pág
Estrada Angel de .....	Algunas páginas.....	282
<b>G</b>		
Gálvez Manuel .....	Las ideas estéticas de Angel de Estrada .....	261
González Joaquín V. ....	De la "Sinfonía de la Calandria" (versos).....	148
» » » .....	La urna vacía (soneto).....	151
González Pedro Antonio ....	Trinitaria (poesía).....	333
González Martínez Enrique ..	Poesías .....	23
Guillot Víctor Juan .....	El paralítico (cuento) .....	490
Guzmán Ernesto .....	Las malas palabras (poesía)...	344
Guzmán Cruchaga Juan .....	Canción (poesía).....	356
<b>H</b>		
Herrero Ducloux Enrique ....	Joaquín V. González.....	173
Hübner Jorge .....	Prólogo — El árbol (poesías).	356
Huidobro Vicente .....	El espejo de agua — Hijo (poesías) .....	358
<b>I</b>		
Irigoyen A. Salvador .....	Los hijos (cuento).....	69
<b>J</b>		
Jara Max .....	Tonada sin gracia (poesía)...	350
Jordán Luis María .....	Oración fúnebre — En la muerte de Joaquín V. González (poesía) .....	178
» » » .....	Estrada: El Maestro y el amigo	267
<b>L</b>		
Lagorio Arturo .....	Sadhana en Joaquín V. González .....	210
Lenzoni Marcos .....	Transparencias (poesía) .....	535
Levene Armando .....	El espíritu de Yago .....	395
López Merino Francisco ....	Breve responso. — A Joaquín V. González (poesía) .....	234
<b>M</b>		
Magallanes Moure Manuel ...	Madre mía — Apaisement (poesías) .....	342
Maglione Eduardo F. ....	El asunto del Arzobispado y la opinión independiente.....	530
Marquina Rafael .....	El Nacionalismo Catalán ....	507
Mendioroz Alberto .....	Joaquín V. González .....	207
Millé y Giménez Juan .....	Estebanillo González, hombre de buen humor.....	373
Mistral Gabriela .....	Poesías .....	352
Mondaca Pedro R. ....	Elegía (versos) .....	346
Mcenner Sans Ricardo .....	Soliloquio de Segismundo.....	27

	Pág.
Montero Belisario J. ....	Conversaciones sobre Filosofía y Arte ..... 474
Monvel María .....	Y para amarte así — Yo miré las horas (poesías)..... 362
Murga Romeo .....	Morena (poesía)..... 367
<b>N</b>	
Nelson Ernesto .....	Joaquín V. González, educador 182
Neruda Pablo .....	Un hombre anda bajo la luna (poesía) ..... 364
"Nosotros" .....	Notas y Comentarios, 143, 295, ..... 575
» .....	La Dirección de "Nosotros".... 301
<b>O</b>	
Orzábal Quintana Arturo ....	Kant y la Paz Perpétua ..... 441
Oyuela Calixto .....	A la memoria de Angel de Estrada (soneto)..... 255
<b>P</b>	
Paul Jean .....	Joaquín V. González..... 180
» .....	Angel de Estrada..... 265
Pérez Valiente Antonio .....	El ritmo del agua (versos).... 79
Pezóá Velis Carlos .....	Nada (poesía)..... 340
Picón Salas Mariano .....	Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias ..... 84
Pedro Prado .....	Palabras del relato del hermano errante (versos)..... 345
» .....	Poemas en prosa..... 369
<b>Q</b>	
Quesada Ernesto .....	El alma de Joaquín..... 152
<b>R</b>	
Redacción La .....	Bibliografía ..... 129, 420, 550
» .....	Las Revistas ..... 562
» .....	El arte y las letras argentinas juzgadas en el extranjero, 135, ..... 426, 559
» .....	Ecos y Noticias ..... 435
» .....	Noticia biobibliográfica sobre Joaquín V. González ..... 146
» .....	Noticia biobibliográfica sobre Angel de Estrada ..... 238
Reissig Luis .....	Notas de Actualidad ..... 94, 537
Reyes Salvador .....	Puerto (poesía) ..... 366
Ricard Robert .....	Semblanza de España por un escritor francés ..... 37
Rohde Jorge Max .....	Angel de Estrada..... 239
Rojas Manuel .....	Balada de la primavera (versos) 366
Romero Francisco .....	Las tendencias de la filosofía alemana contemporánea ..... 458

	<b>S</b>	<u>Pág.</u>
Silva Víctor Domingo .....	Balada del violín (versos).....	344
Silva Valdés Fernán .....	Poemas Nativos.....	50
Soto y Calvo Francisco .....	El Asceta (a Angel de Estrada) (soneto) .....	279
Suárez Calimano E. ....	Letras Hispano-Americanas, 119 .....	410, 546
<b>T</b>		
Torres Bodet Jaime .....	Poesías .....	471
Torres Rioseco Arturo .....	Broadway (poesía) .....	359
<b>V</b>		
Vasconcelos José .....	Carta abierta a los Estudiantes de Trujillo.....	384
Vicuña Cifuentes Julio .....	Noche de vigilia (versos).....	335
<b>X</b>		
X. X. X. ....	La dictadura en España.....	5
» » » .....	Cartas de España: La cuestión militar .....	525
<b>Z</b>		
Zubilaga Juan Antonio .....	Angel de Estrada .....	256